JUAN XXIII

JOSE JIMENEZ LOZANO

BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS



JUAN XXIII

BIBLIOTECA SALVAT DE
GRANDES BIOGRAFIAS

JUAN XXIII

JOSE JIMENEZ LOZANO

SALVAT

Las ilustraciones cuya fuente no se indica proceden del Archivo Salvat o de Ediciones Destino.



ISBN: 84-345-8145-0 (obra completa).
ISBN: 84-345-8181-7.
Depósito legal: NA-414-1985
Publicado por Salvat Editores, S.A., Mallorca 41-49 - Barcelona.
Impreso por Gráficas Estella. Estella (Navarra), 1985.
Printed in Spain

Indice



Juan XXIII (1881-1963)

Angelo Giuseppe Roncalli, que con el nombre de Juan XXIII habría de convertirse en uno de los papas más universalmente admirados de la historia moderna de la Iglesia católica, nació en una pequeña aldea italiana próxima a Bérgamo, ciudad en cuyo seminario inició sus estudios eclesiásticos que más tarde completaría en Roma, hasta ordenarse sacerdote en 1904. Fue profesor en el seminario romano y estuvo como capellán en el ejército italiano durante la I Guerra Mundial. Ocupó posteriormente diversos puestos en el Vaticano y en 1925, año de su consagración como obispo, se trasladó como visitador apostólico a Bulgaria, pasando después a desempeñar misiones similares en Estambul. Como nuncio en París, a partir de 1944, tuvo que afrontar los problemas de colaboracionismo entre la Iglesia y el Estado y las situaciones planteadas por los sacerdotes obreros. En 1953 se traslada a Venecia como cardenal-patriarca y cinco años más tarde, tras la muerte de Pío XII, es elegido papa. El hecho más importante de su pontificado fue la celebración del Concilio Vaticano II, del que saldrían las directrices para adecuar la situación de la Iglesia a los nuevos tiempos. Juan XXIII se distinguió por sus nuevos planteamientos ecuménicos y mantuvo una constante preocupación por los problemas sociales y la paz del mundo, tal como se refleja en sus principales encíclicas, *Ad Petri Cathedram* (1959), *Mater et Magistra* (1961) y *Pacem in terris* (1963). Asimismo, contribuyó a mejorar las relaciones del Vaticano con los países del Este y el propio Kruschev elogió sus esfuerzos por la paz mundial. Su muerte, en junio de 1963, fue internacionalmente sentida como la desaparición de un hombre bueno y sencillo que supo dar un rostro nuevo a la Iglesia católica.

◀ *Angelo Giuseppe Roncalli, ya convertido en el papa Juan XXIII.*

Nota del autor

Escribir una biografía del papa Juan XXIII exige seguramente algunas explicaciones. Y más, por la manera en que la he llevado a cabo.

Porque, en realidad, no se presenta en estas páginas una biografía que pudiéramos llamar científica, hecha con las concreciones, los contrastes, los métodos inquisitivos y críticos que exige este peculiar género histórico. Tampoco se trata de un análisis de la psicología roncalliana, y el lector no debe esperar, desde luego, ninguna información inédita y llamativa, ni ninguna interpretación revolucionaria de esta figura.

Para realizar lo primero —una biografía científica— han de pasar algunos lustros, abrirse muchos archivos, recogerse muchos documentos esparcidos, ordenarse y autentificarse muchos recuerdos personales. E intentar lo segundo —una especie de psicoanálisis—, con ser tarea de especialistas e importante, sin duda, pienso que al fin y al cabo resulta una actitud parcial y muy imponente para explicar todo lo que ha sido Juan XXIII, lo que ha hecho y lo que ha significado en la Iglesia y en el mundo de nuestro tiempo.

En las páginas que siguen, sin embargo —y como es lógico—, se ha procurado encuadrar a Juan XXIII en un tiempo y en un espacio determinados, los suyos, y, a través de sus palabras y de sus gestos, adivinar su personalidad. De otro modo, evidentemente, esto no sería una biografía. Pero es, sobre todo, la narración del «milagro» y del «misterio» Roncalli lo que he pretendido aquí.

Todavía están maravillados nuestros ojos y nuestros corazones de una tan alta figura, y constantemente he tenido miedo de estar escribiendo una hagiografía, un panegírico.

Ello no ha sido obstáculo, sin embargo, para ver en cada instante y hacer ver al lector que, de todos modos, es un hombre y no un superhombre el protagonista de estas páginas, resaltando para ello sus propias limitaciones humanas.

Resultará, pues, en todo caso, no una hagiografía o panegírico cortesano, sino una hagiografía de aquellas que escribieron, por ejemplo, los discípulos del Pobrecillo de Asís y que, a la postre de muchas investigaciones históricas, son las que nos han dado el retrato más exacto del biografiado. Porque sucede ciertamente que si esos primeros franciscanos quedaron deslumbrados por la figura de Francisco, es que esta figura despedía, desde luego, luz cegadora, una luz que luego puede perderse, matizarse o quedar refractada y deshecha en otros mil colores que los primitivos y reales.

Esto ocurrió de hecho con Francisco de Asís y ha ocurrido también, ya a este corto plazo de su muerte, con el papa Roncalli. Apenas muerto el Pobrecillo, efectivamente, se tratan de borrar los rostros más comprometidos de su figura y se ordena destruir todos los recuerdos escritos de sus primeros compañeros, encomendando una biografía oficial, matizada y «seria», al hermano Buenaventura. La operación surte efecto. Los documentos más auténticos sobre el verdadero rostro espiritual de San Francisco no serán hallados más que en la segunda mitad del siglo XIX, ocultos en los conventos femeninos de la Orden, a los que lo fieles discípulos del Pobrecillo supusieron, con lógica y éxito, que no llegaría la persecución de que ellos eran objeto. Mientras tanto, prevaleció la imagen lírica de un Pobrecillo hombre de Dios, lleno de poéticos sentimientos hacia los pobres y los animales. Ahora sabemos, sin embargo, la tremenda aventura de aquella vida comprometida: su amistad con los herejes de la época hasta el punto de que se ha definido a Francisco, con alguna razón, como «un cátaro que obedecía a los obispos de la Iglesia», su amor por los enemigos del cristianismo: los árabes, cuyas matanzas, en los movimientos de Cruzada, contemplaba con horror; sus tremendos latigazos a la cara de los grandes y poderosos señores eclesiásticos; su tarea pacificadora, en fin, entre clases sociales y banderías políticas que se odian a muerte y, sin embargo, pretenden llamarse cristianas y de la que es un símbolo, sobrecogedor y extremo, la tremenda anécdota del lobo de Gubbio, más hermano que los hombres, más evangélico que los cristianos. Por todo ello, porque este hombre, Francisco, resultaba demasiado encarnado y comprometido en los problemas de su tiempo, demasiado concreto y «partidista», se procedió a un retoque de su figura que lo hiciese angelical y etéreo.

Apenas expirado el papa Juan XXIII, se tuvo también la misma embarazosa sensación. El funcionario curial que se dirigía a los cardenales reunidos en cónclave para encontrar un sucesor

al papa Roncalli, esbozó un retrato muy vivo de las cualidades que deberían adornar a aquél y de las actitudes que debería adoptar, pero tan en contraste con la silueta del fallecido pontífice, que se vio muy claramente el lúcido interés por deshacerse de su personalidad tan comprometida y comprometedora y de disolverla en un recuerdo lírico y piadoso. Porque Juan XXIII había significado, efectivamente, en múltiples aspectos, una mutación tan radical y violenta de una trayectoria de siglos y de viejas y cómodas cosmovisiones y un testimonio tan luminoso de lo cristiano, que indudablemente resultaba molesto. Era preciso suavizar los tonos y crear una leyenda áurea en la que al papa Roncalli no se le regatease santidad, pero que, a la vez, invalidase su espíritu.

Esta leyenda había nacido ya en vida misma del pontífice. Según ella, se trataba de un santo varón, un hombre bonachón, una especie de abuelo célibe, quizás no siempre con la cabeza en su sitio —si es que en realidad era inteligente— y cuya bonachonería y ausencia de principios seguros y sabiduría política le habían hecho cómplice incluso de las potencias del mal de nuestros días. Los «canes» de la ortodoxia iban más allá y le acusaban directamente de ser el responsable consciente de mil desastres políticos e históricos, mientras muchos precipitados entusiastas, a quienes por vez primera en su pontificado se les retiró la mordaza de la boca, le saludaron como un espíritu revolucionario y de avanzada política incluso. Muchos de estos últimos, recién muerto el pontífice y vueltas las cosas necesariamente a un ritmo distinto en un nuevo pontificado, se apresuraron luego a tomar distancias de aquellas «espontaneidades» roncallianas, de aquellos «excesos» simpáticos, pero vacuos por lo visto, y reforzaron de esta manera la leyenda del papa Juan, ni siquiera negra, sino gris y desvaída como el canijo corazón de los que la lanzaron.

¿Cuánto se nos ha escamoteado también del papa Roncalli, como de Francisco de Asís, para que un retrato oficial prevaleciera? ¿Cuánto se nos ha deformado su rostro auténtico en esta tirantez polémica? El tiempo lo irá diciendo, pero creo que una simple meditación sobre su vida ya puede darnos una imagen de él bastante exacta.

La parte documental de este libro está basada sobre unas cuantas fuentes concretas. De manera preeminente sobre el *Diario del alma* que comenzó a redactar el joven seminarista Roncalli y que se concluye unos días antes de la muerte del Pontífice. También sobre la lectura de los documentos que autorizó

con su firma. Luego, sobre unos cuantos ensayos biográficos y artículos, entre los que debo citar:

1) La muy bien documentada, ponderada y seria biografía de monseñor Leone Algisi, *Juan XXIII*, escrita en vida aún del papa Juan, pero totalmente alejada de todo espíritu cortesano.

2) El espléndido, apasionado y apasionante libro de Ernesto Balducci, *Papa Giovanni*. No es estrictamente una biografía, pero es mucho más que una biografía. Es un buceo profundo en el alma del papa Roncalli, en sus ideas, sentimientos y actitudes.

3) El libro de monseñor Loris Cappovilla, *El papa Juan visto por su secretario*, quizás demasiado discreto.

4) El breve pero fabuloso artículo del jesuita Robert Rouquette, «Le Mystère Roncalli» en la revista *Études* de julio-agosto de 1963. Artículo realmente revelador de la gran complejidad humana de la figura de Juan XXIII.

5) Otros varios artículos y discursos de importantes personalidades como los cardenales Lercaro, de Bolonia; Heenan, de Westminster, y Suenens, de Malinas-Bruselas; o de periodistas, teólogos o políticos.

6) Noticias o juicios de valor, esparcidos en varios libros de toda clase y cuya enumeración me parece un alarde innecesario.

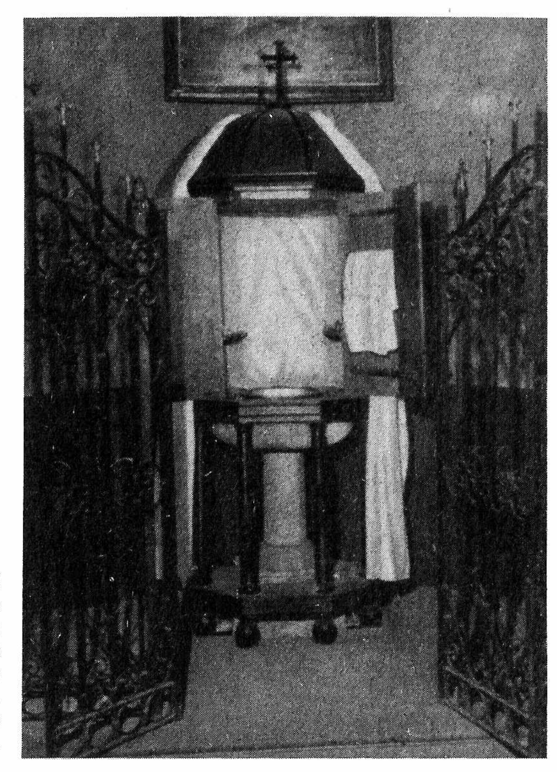
7) Algunas de las anécdotas referidas en las páginas que siguen están tomadas literalmente del delicioso libro de Henri Fesquet, *Las florecillas del papa Juan*. Lo he hecho así por comodidad expositiva. Las anécdotas corrieron de boca en boca durante la vida del papa Roncalli y sobre todo en la Roma conciliar, después de su muerte; y quien esto escribe ha podido escuchar dos o tres variantes de muchas de ellas. No es posible saber hasta qué punto son todas auténticas en el sentido material, pero basta la atribución de unas anécdotas aun apócrifas a una figura para que se nos revele su auténtica historia y su «intrahistoria», que decía don Miguel de Unamuno.

Cuando la noticia sobre un hecho o una fecha o una personalidad ha resultado contradictoria según diversas fuentes, he preferido la aportada por monseñor Cappovilla en sus introducciones, epílogos y notas al *Diario del alma*, que tiene un cierto carácter oficioso.

El material fotográfico es, por lo demás, en este libro, por sus características peculiares, tan importante o más que su parte literaria. De la conjunción de literatura e imagen se ha pretendido precisamente que resulte como palpable y familiar la hondura de un espíritu, la silueta exacta de un hombre. En este caso, la del tan llorado pontífice Juan XXIII.

1. Un profeta en el siglo XX

Cuando al anochecer del martes 28 de octubre de 1958 el cardenal decano del Sacro Colegio, monseñor Canali, anunciaba al mundo católico, desde el balcón central de la basílica vaticana, que había sido elegido un nuevo papa para suceder al fallecido Pío XII, en la persona del cardenal-arzobispo de Venecia, monseñor Angelo Giuseppe Roncalli, y que éste había tomado el nom-



La pila bautismal de la iglesia de Santa Maria donde fue bautizado Angelo Giuseppe Roncalli, el 25 de noviembre de 1881.

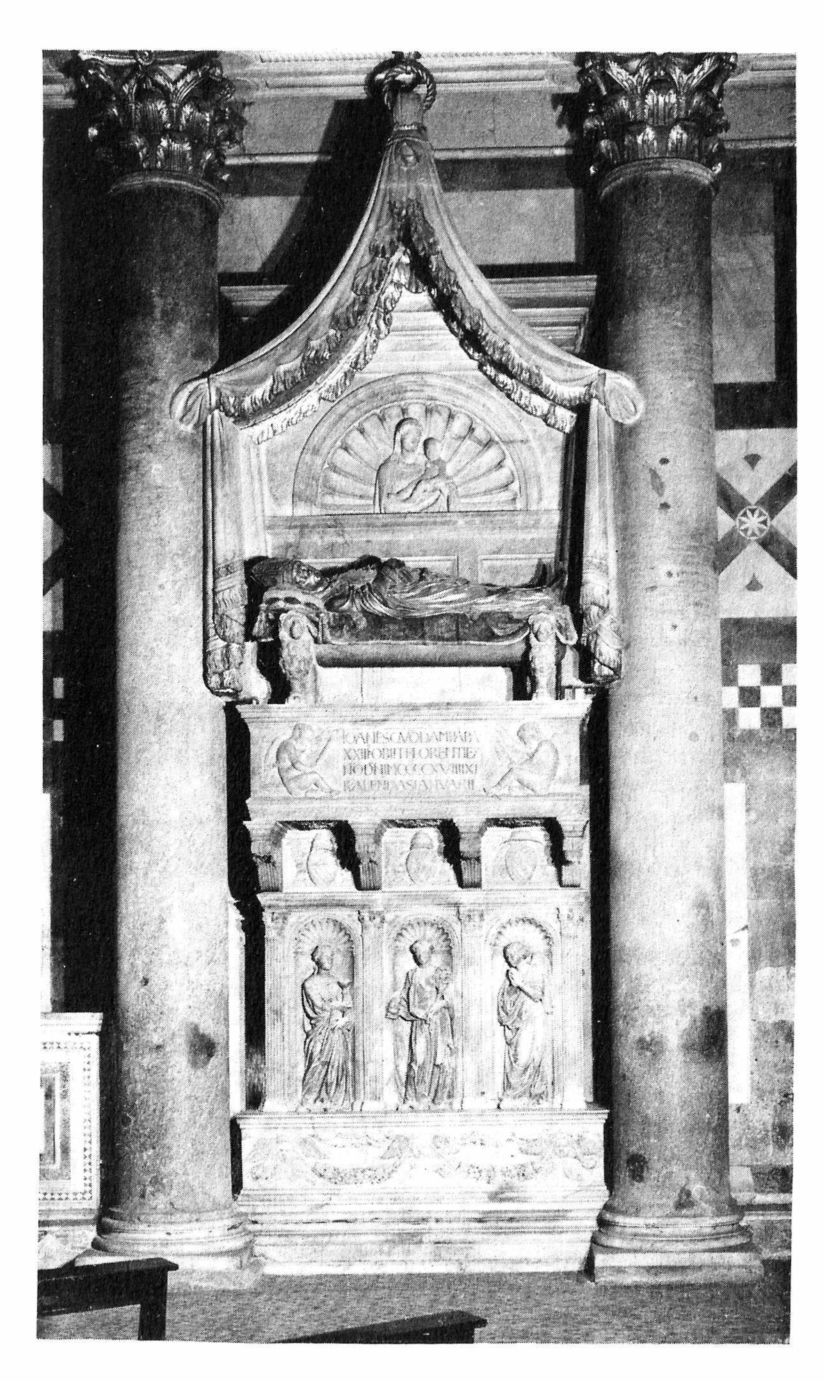
bre de Juan XXIII, se percibió en todo el mundo un gesto de extrañeza. Y es que, en efecto, hacía más de quinientos años que un papa no llevaba ese nombre común y como paradigma de lo cotidiano y vulgar; y los oídos cristianos se habían acostumbrado, por lo menos en los últimos lustros, a una serie de patronímicos papales de carácter sacral y como angélico o de imponente solemnidad (León, Benedicto, Pío...); y ahora el nombre de Juan resultaba como una especie de «profanación», de invasión de un nombre harto vulgar en ese ámbito ilustre y sagrado. Quizás nadie se dio cuenta de lo simbólico que tal nombre resultaría, de la puerta que en la Iglesia se abría entonces con la reincorporación de ese nombre de la calle a la lista de los papas, de que muchas cosas iban a ser trastocadas, iluminadas y rejuvenecidas al conjuro de ese solo vocablo y referidas a este nombre: Juan.

El pontífice mismo quizá había sorprendido idéntico gesto de extrañeza en la Capilla Sixtina sobre el rostro de los cardenales electores y había dado una prolija explicación del porqué de este nombre. «Este nombre nos es dulce —dijo— por ser el nombre de nuestro padre, nos es suave por ser el titular de la humilde parroquia en que recibimos el bautismo; es nombre solemne de innumerables catedrales, esparcidas por todo el mundo, y en primer lugar, de la sacrosanta basílica lateranense, nuestra catedral.

»Es nombre —añadió— que, en la larguísima serie de romanos pontífices, goza de una supremacía numérica. En efecto, se cuentan veintidós sumos pontífices de legitimidad indiscutible con el nombre de Juan. Casi todos tuvieron un pontificado breve. Hemos preferido ocultar la pequeñez de nuestro nombre dentro de esta magnífica sucesión de romanos pontífices.» Pero la sorpresa debió de subir de punto en los eminentísimos purpurados al acordarse inevitablemente del antipapa Juan XXIII, de tan triste memoria, que ahora, sin embargo, parecía querer asumir monseñor Roncalli. Será preciso volver la vista atrás para medir ese asombro.

De los tres últimos pontífices llamados Juan, el portugués Juan XXI (1277) tuvo un pontificado de seis días, pues murió aplastado por el techo de su apartamento. Juan XXII, «cautivo en Aviñón», como solían decir las piadosas historias de la Iglesia,

Monumento funerario del antipapa Juan XXIII realizado por Donatello. ▶
Baptisterio de San Giovanni, Florencia.



reinó, sin embargo, dieciocho años (1316-1334), y de su pontificado ha quedado recuerdo, sobre todo del floreciente estado de la «caja» pontificia a su muerte (unos 700.000 florines) y de sus empresas políticas y guerreras en Italia, que nos muestran evidentemente su voluntad irrenunciable de volver allí, a la Roma papal. Si examinamos su presupuesto, por otra parte, hallaremos estas partidas, como curioso y vivo documento de una época en la historia de la Iglesia tremendamente oscura: guerra: 63,7 %; personal de la corte pontificia: 12,7 %; limosnas: 7,16 %; vestidos: 3,35 %; edificios: 2,9 %; cocina y bodega: 2,5 %; compra de tierras: 0,4 %; cuadras: 0,33 %; bellas artes: 0,17 %; biblioteca: 0,16 %. El otro recuerdo que nos queda es su condena de los «espirituales» o franciscanos de izquierda, que, en nombre del Cristo Pobre, negaban al papado y a la clerecía entera su derecho a poseer bienes de este mundo. O su lucha contra Marsilio de Padua y Guillermo de Ockam, que defendían la independencia de los poderes temporales frente a la Iglesia. Quizás también su increíble delgadez y pobre figura anatómica que parecían impotentes para sostener aquella tremenda energía suya.

La figura, empero, del antipapa Juan XXIII resulta aún más coloreada. Para comenzar se decía de él que había sido pirata, aunque, a todas luces, ésta era una falsa acusación de sus enemigos. Mas no hay por qué ocultar, sin embargo, que era un hombre sin mayores escrúpulos, tan preocupado por la política como despreocupado de las cuestiones religiosas. Había sucedido a Alejandro V, elegido en el Concilio de Pisa (1409), frente a los papas de Aviñón y de Roma, y acudió al Concilio de Constanza (1414-1418), convocado con el propósito de acabar con ese triple cisma, con un acompañamiento de seiscientos cortesanos. Allí le fueron mal las cosas y fue acusado públicamente de incestuoso, simoníaco, sodomita, fornicario y asesino de Alejandro V: el pobre hombre quedó interiormente destruido. Con toda humildad, firmó de su puño y letra su propia condenación, poniendo su solo nombre de pila: Baltasar. Es una figura que inspira simpatía por este rasgo, tan alejado de toda soberbia. Martín V, el papa elegido en Constanza, le llamó al colegio de cardenales y Donatello labró para él, en el baptisterio de Florencia, un sepulcro realmente papal y de una belleza cautivadora que hace olvidar la dureza con que la historia le ha tratado.

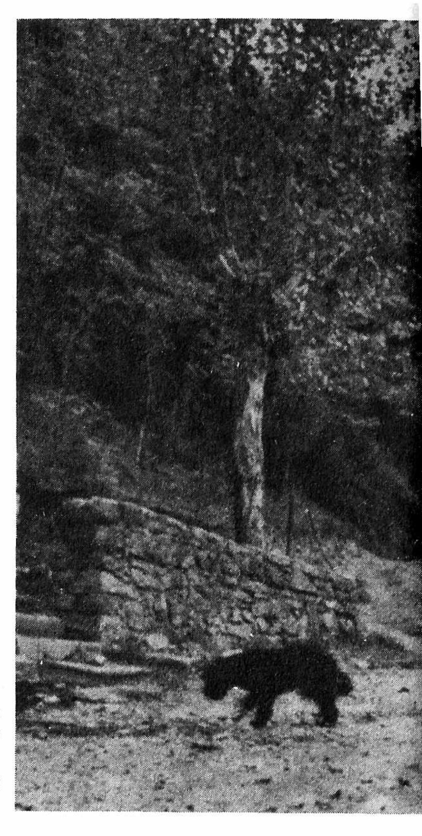
Quizás en monseñor Roncalli influyeron más otros motivos en la elección de este nombre Juan, como él mismo dijo en aquella solemne ocasión: su devoción personal a la figura y a la obra de Juan Bautista, el precursor del Mesías, y a la de Juan Evan-

gelista, el discípulo preferido de Cristo; pero comprobamos que fue consciente de las resonancias que el nombre de Juan XXIII produciría en los espíritus, y quizás en ésta su primera lección de eclesiología: el querer asumir la memoria de un tiempo ingrato para la Iglesia de Dios, como lo fue el del cisma de Aviñón y del triple cisma, en que el rostro de esa Iglesia apareció cubierto y deformado por las hipotecas de la política, del dinero, de la corrupción, del olvido del Evangelio. Porque no hay otra Iglesia; y una vez sacudido ese polvo de siglos, como diría más tarde el propio Juan XXIII, y levantadas esas hipótesis históricas, la Iglesia iba a ser de nuevo, y de manera comprensible para las gentes de nuestro tiempo, lo que en realidad no había dejado de ser en su esencia: un signo vivo e inquietante, luminoso entre las naciones y las gentes.

Monseñor Roncalli contaba numerosos amigos alejados del universo cristiano y conocía muy bien el muro de separación que había entre la Iglesia y el mundo que tenía que salvar. Tras uno de los más brillantes pontificados de la historia moderna, el de Pío XII, la crisis se había agravado indeciblemente. Porque se trataba en realidad de una crisis; no hay por qué disimular las palabras.

El mundo moderno, presente y acuciante con toda su complejidad en ese 1958, había nacido de espaldas a la Iglesia en el mejor de los casos, cuando no frente a ella, y ésta parecía haber optado, durante el siglo XIX sobre todo, por permanecer simplemente a la defensiva o por lanzar amplios anatemas contra ese mundo. Pero ni siquiera la palabra «anatema» y su contenido espiritual podían ya ser comprendidos por ese mundo, ni le afectaban en absoluto. La Iglesia estaba hablando un lenguaje ininteligible para las gentes. Seguía anclada en unas estructuras medievales en muchos aspectos y en el pensamiento y la sensibilidad de la Contrarreforma y del catolicismo barroco. Parecía no haberse dado cuenta aún de la transformación ideológica que las revoluciones del siglo XVIII y del XIX habían operado en el mundo y se venía defendiendo de sus ataques, habiendo unido su suerte a la de los tronos y las clases adineradas, atacados a su vez. Desde León XIII, las cosas habían cambiado, desde luego, pero a un ritmo excesivamente lento y que parecía poco convincente, puramente táctico o forzado por las circunstancias.

Por otra parte, existía en la Iglesia una psicosis de miedo, y ante cada teoría científica o político-sociológica renovadora o enteramente nueva, se mostraba una recelosa prudencia o se hacía una clara desautorización. El pontificado de Pío XII precisamen-



En la ermita de Sotto il Monte, su pueblo natal, rezaba el cardenal Roncalli sus oraciones de primera hora de la mañana, después de haber celebrado misa en la iglesia de la aldea.

te había significado un cierto acercamiento al mundo científico y técnico por el que personalmente el papa Pacelli sentía una gran atracción y hasta como una mal disimulada nostalgia; pero las condiciones objetivas para un pensamiento liberal cristiano estaban casi totalmente ausentes en la Iglesia, gracias a la vigilancia realmente inquisitorial de la Congregación del Santo Oficio, y en estas condiciones no era posible un diálogo con ese mundo. Como no era posible un acercamiento al mundo obrero, tan alejado de la Iglesia y que tenía puestos los ojos en la revolución socialista. El pueblo cristiano mismo miraba al papado con una mezcla de respeto y miedo; como se mira a los grandes de la tierra.

Otrora las carrozas papales llevaban al pontífice a los jardines del Pincio o por las doradas ensoñadoras callejuelas romanas en las que un Pío IX, por ejemplo, charlaba en «romanaccio» —en castizo lenguaje romano— con las buenas gentes del pue-



blo que, sin embargo, aun queriéndole, no comprendían en absoluto su carácter sagrado y ni siquiera el peso de sus responsabilidades humanas, y repetían muy convencidamente, cuando a alguien le iban bien las cosas, que vivía «como un papa». Había que ir ahora, en efecto, más allá del Pincio, hasta los problemas de un mundo moderno que no era un jardín precisamente. Aceptar sus cambios, compartir sus esperanzas.

El papa Pío XII, que había muerto el 9 de octubre de 1958, había sido una personalidad gigantesca y extraña: un hombre bueno, de corazón recto, de piedad conmovedora, de talento nada ordinario, de increíble capacidad de trabajo, de salud frágil, de temperamento nervioso, de aristocrática e imponente figura. Giacomo Manzú, el escultor bergamasco que Juan XXIII llevaría luego a trabajar al Vaticano, nos ha dejado del papa Pacelli, y en la misma basílica vaticana, una estatua que pasma, admira y so-

brecoge por su hieratismo religioso, pero que seguramente no incita al amor. Fue un hombre solitario que manejaba personalmente los asuntos de la Iglesia y tendía al autoritarismo. De nacimiento, gustos y educación aristocráticos y de profunda formación jurídica, parecía vivir una espiritualidad atormentada, agustiniana o pascaliana. Según la legendaria profecía de San Malaquías, se le llamó «Pastor Angélico», y en realidad asemejábase a un ser puramente espiritual, sin ninguna de nuestras debilidades que nos hacen humanos. Los jardines vaticanos se cerraban para que el Padre Santo no encontrase a nadie durante sus paseos, y cuando hablaba en latín a los fieles reunidos en la plaza de San Pedro, para aclamarle, o cuando tomaba continuamente ácido cítrico por temor al contagio en las audiencias colectivas, se nos revela como lo que en realidad fue: un hombre que se despojaba de su profunda humanidad para servir su función pontifical, un servidor celosísimo de la Iglesia, aprisionado por la etiqueta y las costumbres ancestrales de la corte pontificia, que no le permitían un momento realizar su vida personal. Y que le robaron hasta su muerte, profanada por la publicidad. Y tanto más pareció profanada cuanto que al pueblo cristiano se le habían hurtado las debilidades incluso físicas de su condición humana hasta extremos increíbles: un periodista, por ejemplo, fue increpado por los funcionarios curiales por haber preguntado cuántas horas dormía el papa. «El papa no duerme, pasa la noche en oración», vino a advertírsele.

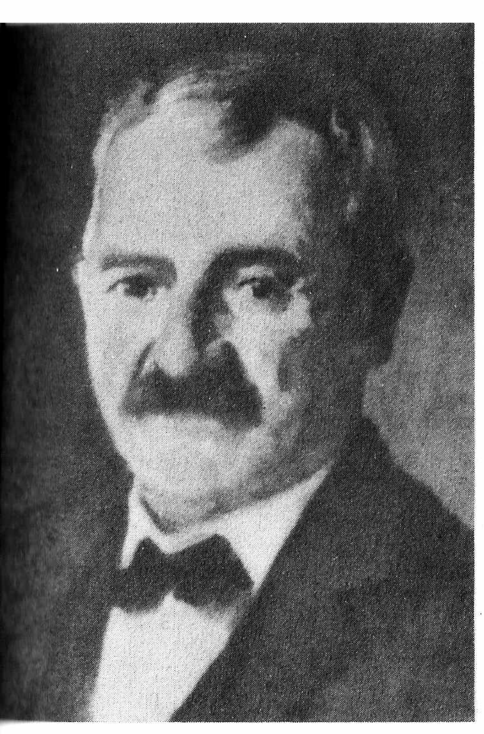
Al Cónclave de 1958, con tan graves problemas planteados en la Iglesia y para suceder a una personalidad tan fuera de lo común, se dirigieron apesadumbrados e inquietos los cardenales electores. En realidad, desde hacía cuatro años, en 1954, en que el Santo Padre había padecido una grave enfermedad, los asuntos de la Iglesia eran llevados por la Curia, y los grupos de Iglesia más inquietos y vivos planteaban continuamente sus exigencias. Exigencias de una revitalización de la teología, exigencias de una nueva formulación de la doctrina eclesiástica, exigencias de una encarnación nueva del cristianismo en el mundo, exigencias de una nueva pastoral y un diálogo con este mundo del siglo XX y sus diversos humanismos. La Curia Romana había respondido a toda esa problemática tratando de yugularla, y de hecho habría frenado esas exigencias, erigiéndose, por una comprensible pero sin duda abusiva identificación con la persona del pontífice, en implacable rectora de la Iglesia. Pero ahora apenas lo lograba. Y la tensión era tan tremenda a la altura misma del colegio cardenalicio, algunos de cuyos componentes no disimu-

laban ya sus quejas contra tal autoritarismo, centralismo y autocracia espiritual, que, iniciado seguramente un tanteo en los primeros momentos del Cónclave, se debió de pensar en seguida en buscar un candidato no sólo de compromiso, sino de alivio, lo que en lenguaje político se llama «un papa de transición». Un hombre anciano, de presumiblemente corto pontificado por lo tanto, sin marcadas convicciones teológicas, conformista, gris, devoto y buen pastor. Esto es, un «abuelo» de la Iglesia en vez de un padre de la misma, y el arzobispo de Venecia, cardenal Roncalli, debió de parecer providencial entonces al Cónclave en este sentido.

¿Quién era, en efecto, este monseñor Roncalli? ¿Qué cabía esperar de este hombre piadoso y conformista, sino ese paréntesis de transición que el Cónclave buscaba? Apenas podía decirse de él, realmente, otra cosa sino que había sido nuncio en París por razones muy especiales y al final se le había otorgado el cardenalato, según costumbre de Pío XII con los ex nuncios papales. Recién elegido, los funcionarios curiales estaban entusiasmados con los primeros gestos de humor del nuevo pontífice, cuyo contenido explosivo ninguno de nosotros pudo adivinar, y hablaban de un nuevo Pío IX o un nuevo Pío X con su encantadora y humilde familia de campesinos bergamascos. Era como una imagen de estampa popular, entre sentimental y edificante. Sólo que bastarían cuatro años de pontificado para que esa bella imagen, tan ingenua, quedase hecha trizas y bajo ella se dibujase la auténtica y arrolladora personalidad del papa Roncalli.

2. Años de formación

Angelo Giuseppe Roncalli nació en Sotto il Monte, pequeña aldea de la Alta Italia, junto a Bérgamo, el 25 de noviembre de 1881, como tercer hijo del matrimonio de Giambattista Roncalli y Mariana Mazzola, que tuvieron trece. El padre era arrendatario o mediero de un aristócrata, el conde Montani, y la infancia del pequeño Angelo transcurrió en la austera pobreza de tal medio familiar. Con estrecheces y apuros frecuentes, y en el que el pan es doblemente sabroso y sagrado, porque se sabe lo que cuesta conseguir el más pequeño de sus trozos . En los ambientes rurales, además, la infancia es doblemente infancia, y el espectáculo de la naturaleza, los animales campestres o caseros, las faenas agrícolas o de arreglo de la casa, las olorosas mañanas de primavera, las tardes alegres del verano a la vuelta del trabajo son cosas que jamás debieron de apartarse del corazón y la memoria del futuro pontífice. Un día, recién llegado a la Silla de Pedro, Juan XXIII dedicó unas palabras irónicas a la silla gestatoria, llamándola butaca incómoda y relacionándola con todo lo que él no quería ser: un rey o un sátrapa oriental; y recordó, con los ojos enrojecidos, aquellas vueltas del campo de su infancia, a caballo sobre los hombros de su padre. Mientras, de su madre, de toda aquella su parentela de excelentes campesinos cristianos, guardaría para siempre un sentido muy vivo, realmente genial, de lo mejor y más bello del catolicismo popular. De ellos incluso aprendió a morir, según propia confesión, aunque no le fue concedido el poder cerrar los ojos a su madre, muerta en febrero de 1939, durante su estancia en Estambul. Su tío Xaverio, hermano del abuelo paterno, que permaneció soltero y mantuvo contacto continuo con el pequeño Roncalli durante toda su infancia, influyó, por otra parte, no poco en su religiosidad infantil, después de la madre, tan piadosa. Xaverio Roncalli leía, en efecto, con cierta preferencia al español P. La Puente, y sería interesante saber hasta qué punto el pequeño Angelo Giuseppe aprendió ya de él, antes de someterse al tratamiento ascético del semina-




Giambattista Roncalli y Mariana Mazzola, padres del que después sería Juan XXIII. Angelo era el tercer hermano de un total de trece.

rio tan influido por la escuela jesuítica, el camino del propio conocimiento para instalarse en la propia humildad y aun desprecio de sí mismo y en la convicción de que Dios lo es todo.

Parece que fue un niño taciturno, aunque alegre, dado a soledades y lecturas. Pronto mostró su deseo de ser sacerdote, guiado por el párroco don Francesco Rebuzzini, y de momento se le envió a prepararse en latín con el viejo cura del vecino pueblo de Carvico, don Pietro Bolis, que le enseñó las declinaciones y un poco de análisis gramatical, un tanto atropelladamente. Más adelante, el latín del papa Roncalli, que publicó una encíclica sobre su utilísimo estudio en los seminarios, nunca sería muy bueno, y la verdad es que, en una ocasión, mientras recomendaba este mismo estudio y hablando en esa lengua, se paró de pronto y prosiguió hablando en italiano con una sonrisa en los labios y aquella infantil, cándida ironía de sus ojos.



Uno de los rincones de la sencilla casa de campo que el papa Juan XXIII poseía en Sotto il Monte, su aldea natal. Sobre la chimenea, los retratos de sus padres.

Sin embargo, antes de ingresar en el seminario, cuya pensión, con ser tan módica, resultaba tan costosa para la economía de su familia, Roncalli sería alumno del colegio de Celaria, al que se dirigía diariamente a pie —unos seis kilómetros—, desde Cá de Rizzi, un arrabal de Pontida, donde vivía con unos parientes para estar más cercano. Otras veces, subía a la tartana del médico rural que visitaba aquellos villorrios. No adelantó gran cosa en los estudios en aquel liceo rural, pero recibió sus primeras dos bofetadas injustas. Y se calló. Es lo que haría toda la vida. Por eso nadie podía conocerle.

A los doce años ingresaba por fin en el seminario de Bérgamo, famoso entonces por la piedad de los sacerdotes que formaba, más que por su brillantez; pero, aun en este orden de la piedad y la vida espiritual, fue el seminario un tanto duro para él. Basta abrir su *Diario del alma* para percatarse de ello. Los maestros espirituales de la época formulaban una especie de recetas de ascesis rigurosa, mostraban un modelo de santidad sobre el que había que vaciar el edificio de la santidad de cada uno, a base de un mimetismo que podía costar sangre a un talante tan espontáneo y a una vitalidad biológica como los de Roncalli.

El joven Angelo Giuseppe comenzó, pues, por este camino para adaptarse al modelo propuesto: Luis Gonzaga, Estanislao de Kostka o Juan Berchmans, hasta que adivinó un día —y en su diario nos queda constancia de ello, el 16 de enero de 1903, estando ya en Roma y en vísperas de su ordenación sacerdotal— que él era Roncalli y no Gonzaga: «San Luis, si fuese como yo soy, se hubiera santificado de una manera distinta de la que utilizó.» Tenía poco más de veinte años al escribir esto, pero su actitud espiritual será en este ámbito, como en todos los demás, completamente personal en adelante.

Había vuelto ya del servicio militar y la experiencia no parecía haberle agradado. A ese tiempo le llamará «la cautividad de Babilonia». Sin embargo, quizá fuese por el brusco choque con un mundo de vivencias y apetitos que desconocía; pero, al fin, ése era el mundo de los hombres que llegará a conocer muy bien y a amar de todo corazón. Ahora, en estos años también, comienza a gustar ciertas amarguras e incomprensiones que le hieren demasiado: problemas económicos de su familia, interpretaciones quisquillosas de su actitud por parte de algunos parientes o de compañeros de seminario o sacerdotes que frecuenta: todo ese roce cotidiano, en fin, tan mezquino cuanto doloroso para sensibilidades muy aguzadas. Y hasta su muerte le acompañaría este cortejo de mezquindades.

Por lo demás, en el aspecto intelectual pasó sin llamar demasiado la atención. Sin brillantez, pero haciéndose conocer lo suficiente como para que, en 1900, fuera enviado a Roma, al colegio Cerasola, fundación de un viejo canónigo bergamasco, Flaminio Cerasoli, que había dejado, allá por 1640, todos sus bienes para los clérigos de su diócesis que, entre los mejor dotados, desearan perfeccionar sus estudios y llenarse también de un espíritu más amplio que el que puede incubar un horizonte limitado de provincia: autosuficiente y dogmático. Desde el Cerasola, el seminarista Roncalli asiste a las clases del Apollinare.

Pero si durante su estancia en el seminario de Bérgamo había sentido conmoverse a la diócesis por cierta renovación de ideas y posturas entre los católicos con respecto a la política italiana, hasta el Apollinare llegará la marea del modernismo en el alba del siglo. Monseñor Guindani, obispo de Bérgamo, había apoyado la decisión del líder católico Nicola Rezzara de participar en las elecciones italianas, contrariando las ideas e incluso consignas vaticanas de no participar en la vida pública italiana como silenciosa protesta por la pérdida de los Estados Pontificios durante el reinado de Pío IX. «Nada de política»: *Non expedit*, «no conviene», se decía; pero el seminario de Bérgamo se puso junto a su obispo, sosteniendo la postura contraria que acabaría por triunfar, llevando al Parlamento italiano al primer diputado católico en 1904. El seminarista Roncalli debió de afianzar entonces sus propias convicciones sobre la vida pública, el *ghetto* político en que se había encerrado voluntariamente la Iglesia y el sentido disciplinario eclesial, el sentido de profunda obediencia a Roma, la esperanza contra toda esperanza: el no dar a una negativa o a unas circunstancias adversas un valor definitivo.

Pero la problemática espiritual del Apollinare era más importante y, a la vez, más incitante. Allí mismo, en sus aulas, estudiaba el que había de ser el padre del modernismo italiano, Ernesto Buonaiutti. El modernismo, en último término, era una postura teológica que consistió en reelaborar la formulación de la fe para presentarla de acuerdo con las exigencias del pensar moderno; en renunciar a lo sobrenatural, racionalizándolo. El problema de acercarse al mundo moderno con el mensaje de salvación evangélica había estado sin duda a la raíz de la preocupación de los hombres que se movían en ambientes modernistas, pero el camino emprendido por éstos llevaba a veces a la negación del mundo sobrenatural. Roma tuvo que intervenir; pero

Angelo Roncalli (sentado) por la época en que era estudiante de Teología. ▶



lo hizo, desde luego, en un clima de psicosis defensiva que iba a paralizar por mucho tiempo toda posibilidad de pensamiento libre y personal dentro de la ortodoxia, entre los teólogos católicos.

Buonaiutti defendía ya allí, en el Apollinare, al modernista Loisy, y estas defensas corrían en ciclostilo de mano en mano. Se asegura que Roncalli se negó siempre a leerlas de la manera más amable: pero parece una afirmación aventurada e innecesaria. En todo caso, Roncalli debía de saber ya muy bien a qué atenerse ante estas cuestiones y, desde luego, su fe sencilla rechazaba por instinto ciertos planteamientos intelectuales de la misma y mucho más si no llevaban el marchamo de tradicionales y controlados. No era el tipo del intelectual ávido de ideas y problemática este joven Roncalli; ni lo fue nunca. Sólo Dios sabe por qué caminos este hombre, lo más opuesto a un talante revolucionario en todos los sentidos, resultaría un día el papa más profundamente revolucionario de la historia moderna de la Iglesia.

Andando el tiempo, Ernesto Buonaiutti alardeaba de su amistad con Roncalli, a quien apadrinaría en su ordenación de sacerdote incluso; pero el nuncio en París, monseñor Roncalli, deploraba muy claramente la actitud de Buonaiutti cuando en 1947 leyó su brillante y atormentado libro *Pío XII:* «He leído en estos días —escribía— el volumen *Pío XII*, de E. Buonaiutti. Un libro injusto y malvado. ¿Que desde Urbano VIII a esta parte todo el gobierno de la Iglesia católica ha ido por caminos falsos, incluso con estos últimos papas de nuestra vida sacerdotal, desde León XIII a Pío XII? ¡Pobre Buonaiutti! ¡Mi compañero de estudios en Roma, extraviado desde que la autosuficiencia le oscureció primero y más tarde apagó completamente la luz de la fe! ¡Qué fin, pobrecito! ¡Y pensar que fue él precisamente quien me asistió en mi ordenación sacerdotal!»

También iban algunos a recordarle esa amistad durante las primeras semanas del Vaticano II, tras el fabuloso discurso inaugural del mismo y sus gestos posteriores de aliento a la renovación de la Iglesia. Así la psicosis inmovilista antimodernista se desquitaba, todavía al cabo de tantos años en que había permanecido intacta, acusando de modernista a un hombre como el papa Juan, que ni había tocado con un solo dedo de su mano el viejo fuego modernista de fines del siglo XIX y principios del XX, pero que, sin embargo, había comprendido seguramente qué brasa evangélica puede descubrirse en el fondo del peor de los errores, cegada luego a causa de la flaqueza y de las pasiones humanas, por las que tenía gran piedad.

Por esos años, no obstante, lo que debió de preocupar a Roncalli fue sobre todo su sacerdocio; pero es muy curioso observar que con frecuencia se sorprende a sí mismo con una curiosidad intelectual y unos deseos de brillar en este aspecto que le parecen malsanos, por lo menos algo muy secundario: «el ojo izquierdo», dice él, siendo el derecho la santidad y bondad sacerdotales. Pero cuando al final de su vida hemos comprobado qué perfecta obra de santidad y bondad hizo de toda ella, tenemos derecho a preguntarnos qué hubiera hecho con una inteligencia tan poderosa y libre como la suya de haber encauzado sus esfuerzos en esa dirección intelectual. Sólo que, contrariando siempre sus más queridas preferencias de todo tipo, se preparaba a su inimaginable misión.

En estos mismos días de ejercicios preparatorios a su ordenación sacerdotal, ocurre una anécdota que nos conmueve. El director de los ejercicios ha encomendado al seminarista Roncalli que «haga compañía a un joven protestante que fue recibido para prepararle a la abjuración». Y Roncalli escribe: «¡Pobre joven, qué pena me da! Es bueno, pero en los nueve mejores años de su vida —ahora tiene dieciocho— fue completamente imbuido por la instrucción que tan bien saben, a su modo, impartir los protestantes. No hay prejuicio contra la Iglesia católica que él no conozca, no hay artículo del cuerpo doctrinal herético que ignore. Para mí, su compañía, si bien me proporciona algo de distracción, no deja de hacerme bien, mientras toco con la mano otro gran peligro que padece nuestra fe en Italia, amenazada por las sectas. ¡Lástima que los hijos de las tinieblas sean más prudentes que los hijos de la luz!» ¿Cómo podría adivinar lo que años después significaría él mismo como piedra fundamental en el camino ecuménico, en la transformación misma de esa vieja mentalidad católica?

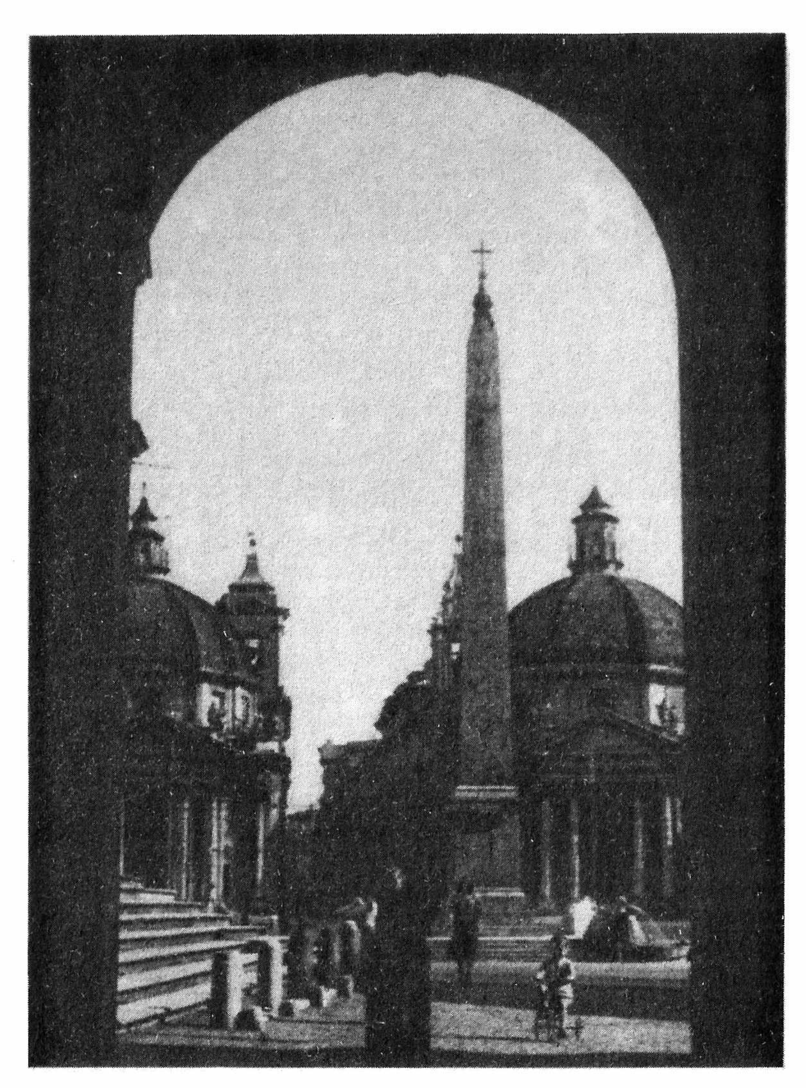
3. Un camino de sencillez hacia el obispado

El 10 de agosto de 1903, en la iglesia romana de Santa Maria in Monte, en la deliciosa Piazza del Popolo, Angelo Giuseppe Roncalli fue ordenado sacerdote y, al día siguiente, celebró su primera misa en la basílica de San Pedro. Este mismo día pudo cruzar unas palabras, durante una audiencia papal, con el papa Pío X, quien le invitó a ser fiel a su sacerdocio recién estrenado y luego le habló —prisionero como lo era, tan a pesar suyo, de la etiqueta vaticana y su universo de prohibiciones— de la alegría con que las campanas de Sotto il Monte tocarían en la primera misa que Roncalli iba a celebrar entre su familia para el 15 de ese mes, festividad de la Asunción de Nuestra Señora.

Para el curso que se avecinaba, Angelo Giuseppe Roncalli se matriculó en la facultad de Derecho del Apollinare, pero ese curso no llegaría a hacerlo. En octubre mismo moría el obispo de Bérgamo, monseñor Guindani, y, un día de diciembre, su amigo Garozzi había comunicado a Roncalli que ya tenían un nuevo obispo en la persona de monseñor Radini Tedeschi, distinguido canónigo vaticano que Roncalli mismo había conocido, de manera que pudiéramos llamar casual, en 1899. Ambos amigos, pues, Garozzi y Roncalli, fueron a dar la enhorabuena al nuevo prelado, y ambos debieron de agradar a monseñor Radini, que se decidió a escoger, entre ellos, su secretario: «Si buscara a un secretario simpático escogería a Garozzi, pero prefiero a Roncalli, que es más equilibrado», dijo el obispo, valorando por cierto sustancialmente el carácter del joven presbítero Roncalli. Y así comenzó un decenio de estrecha colaboración material y espiritual entre ellos, de identificación hasta el máximo de espíritu con espíritu. A la muerte del obispo, su secretario, Roncalli, escribirá su biografía con el llanto en los ojos; y el recuerdo de aquella muerte de un hombre justo le acompañará siempre, será incluso como el espejo de su propia muerte.

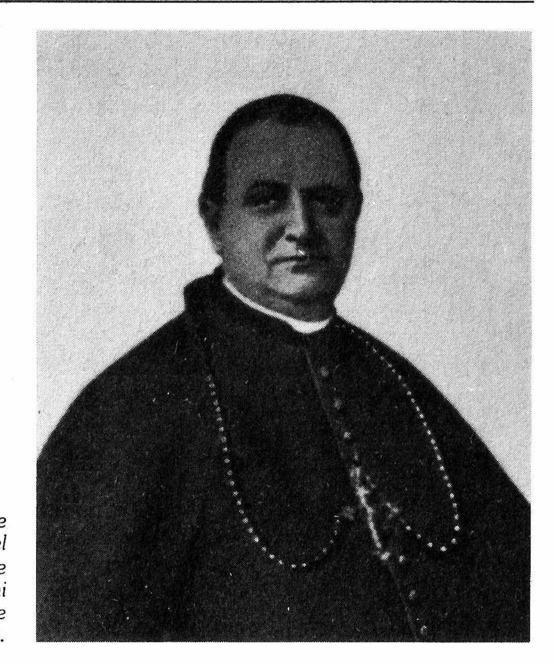
Roncalli el 10 de agosto de 1904, día de su ordenación sacerdotal. ▶





Este monseñor Radini, cuando recibió la mitra de manos de Pío X, que se había opuesto a concedérsela en otras ocasiones, había pasado ya por una experiencia harto dolorosa, cuando tuvo que dimitir, juntamente con Grosoli y Meda, con quienes formaba el ala progresista de la Obra Católica de los Congresos, y ésta fue incluso suprimida. Pero monseñor Radini era lo suficientemente cristiano como para no quedar condenado a una inacción

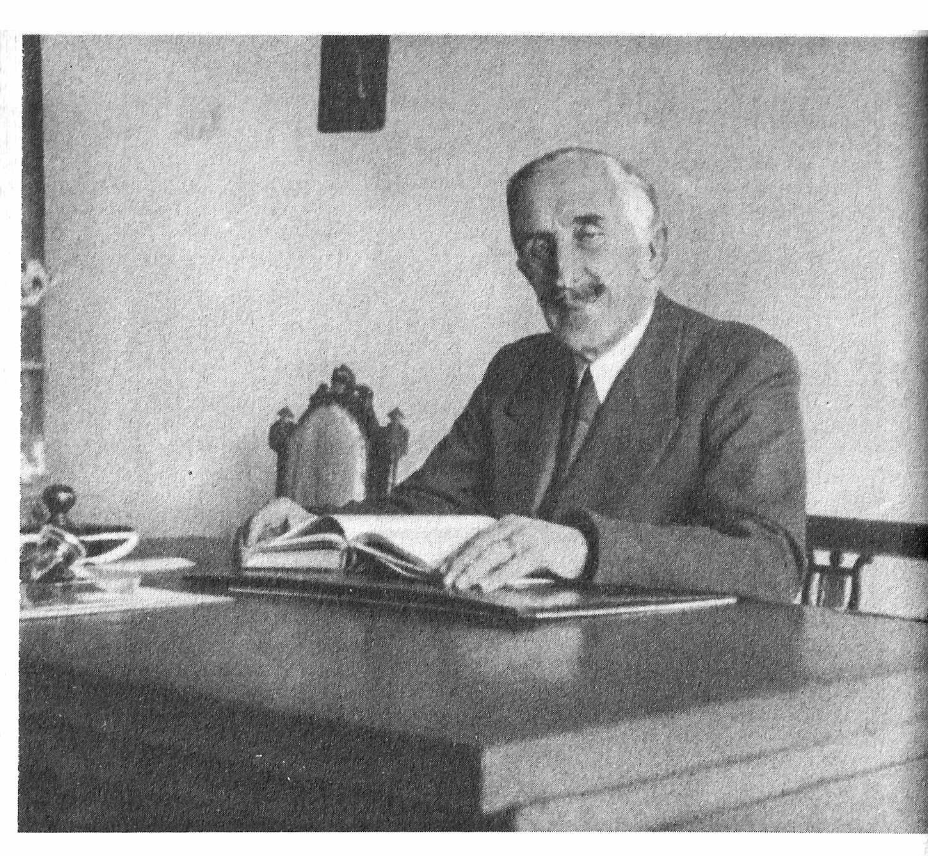
◀ *Vista de la Piazza del Popolo, de Roma, con sus dos iglesias gemelas. En la de la izquierda, la llamada de Santa Maria in Monte Santo, fue ordenado sacerdote Angelo Roncalli.*



Roncalli sería durante nueve años el secretario de monseñor Radini Tedeschi, obispo de Bérgamo.

de por vida por una desautorización romana a esas sus posturas sociales. Durante su pontificado en Bérgamo se le iban a presentar ocasiones que requerirían de él tomas de postura más arriesgadas y no iba a dudar en asumirlas con toda serenidad.

Su secretario, Roncalli, que le apoyó constantemente, nos ha narrado muy a lo vivo la postura del obispo de Bérgamo, que es la suya propia, ante la huelga de Ranica en 1909. Esta narración compromete y delinea, en efecto, el espíritu del narrador. «Cuando en el otoño de 1909 —escribe— se declaró la huelga de Ranica, de la que tanto se habló aquí y fuera de aquí, la firma del obispo apareció entre los primeros y más generosos suscriptores de la colecta destinada a dar pan a los obreros que se habían cruzado de brazos. Se gritó de muchas partes hasta el escándalo. Informes nada elogiosos fueron enviados a los de arriba. Aun entre la gente honrada hubo quien defendió que una causa pierde todo derecho de defensa si en el empleo de los medios adecuados se puede correr el riesgo de cometer algún exceso.» Monseñor Radini no compartía esta manera de filosofar. El problema de Ranica no era un juego sobre cuestiones particulares de salarios o de personas, sino un principio, el principio funda-

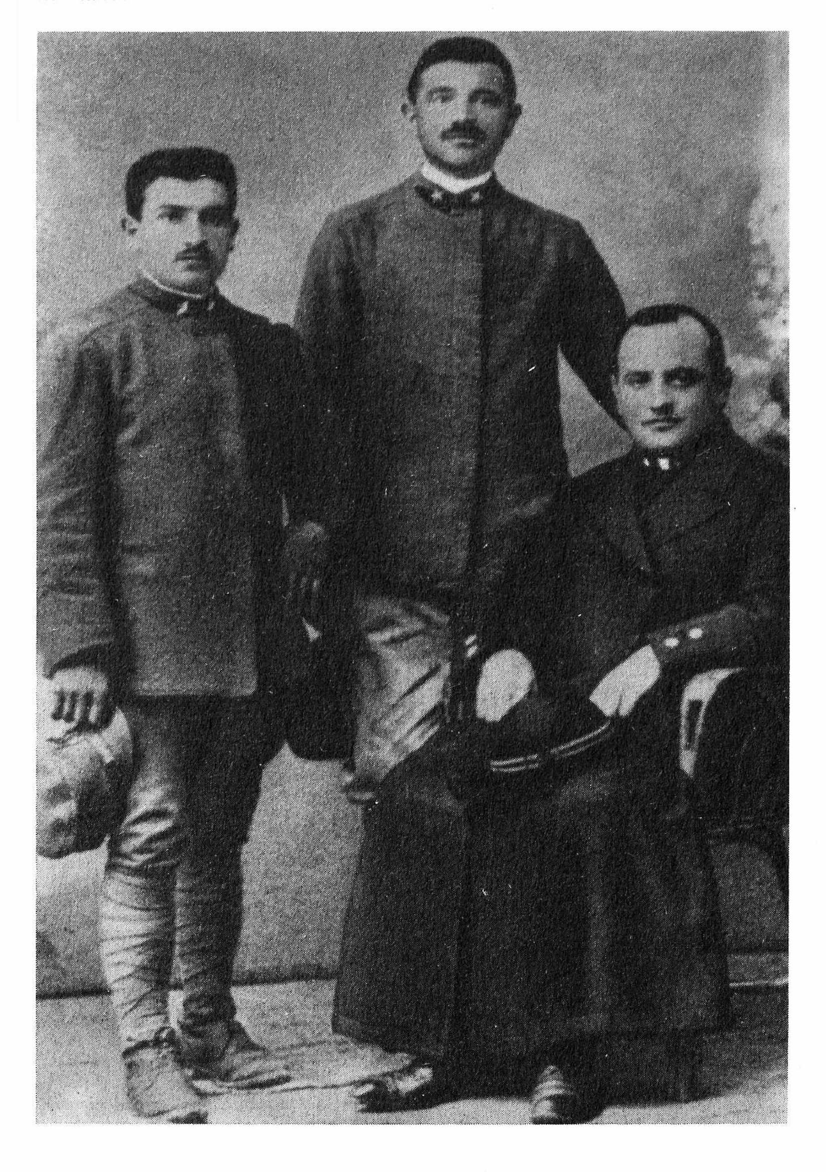


mental de la libertad en la organización cristiana del trabajo frente a la potente organización del capital. Dejó, pues, gritar y continuó en su norma de interesarse vivamente por los huelguistas... Poco después, sedimentado ya el polvo de la tormenta, el mismo Santo Padre Pío X le escribió una carta de su puño y letra, como de costumbre, fechada el 20 de octubre, en que le declaraba «no poder desaprobar cuanto él prudentemente había creído se debía hacer en pleno conocimiento del lugar, personas y circunstancias».

Pero no sucedería así en 1913, con ocasión del apoyo de monseñor Radini a una candidatura de preocupaciones sociales y populares. El candidato de los conservadores, el conde de Medolago-Albani, contaba con grandes aldabas en el Vaticano y hasta con la amistad de Pío X, y no contaría esta vez monseñor Radini con la comprensión de «los de arriba», ni siquiera con la del

◀ *Durante la época en que Roncalli vivió en Bérgamo, trabó una estrecha amistad con el profesor Donizetti que mantendría a lo largo de cincuenta años.*

El teniente capellán Roncalli (sentado) fotografiado junto a dos de sus hermanos.

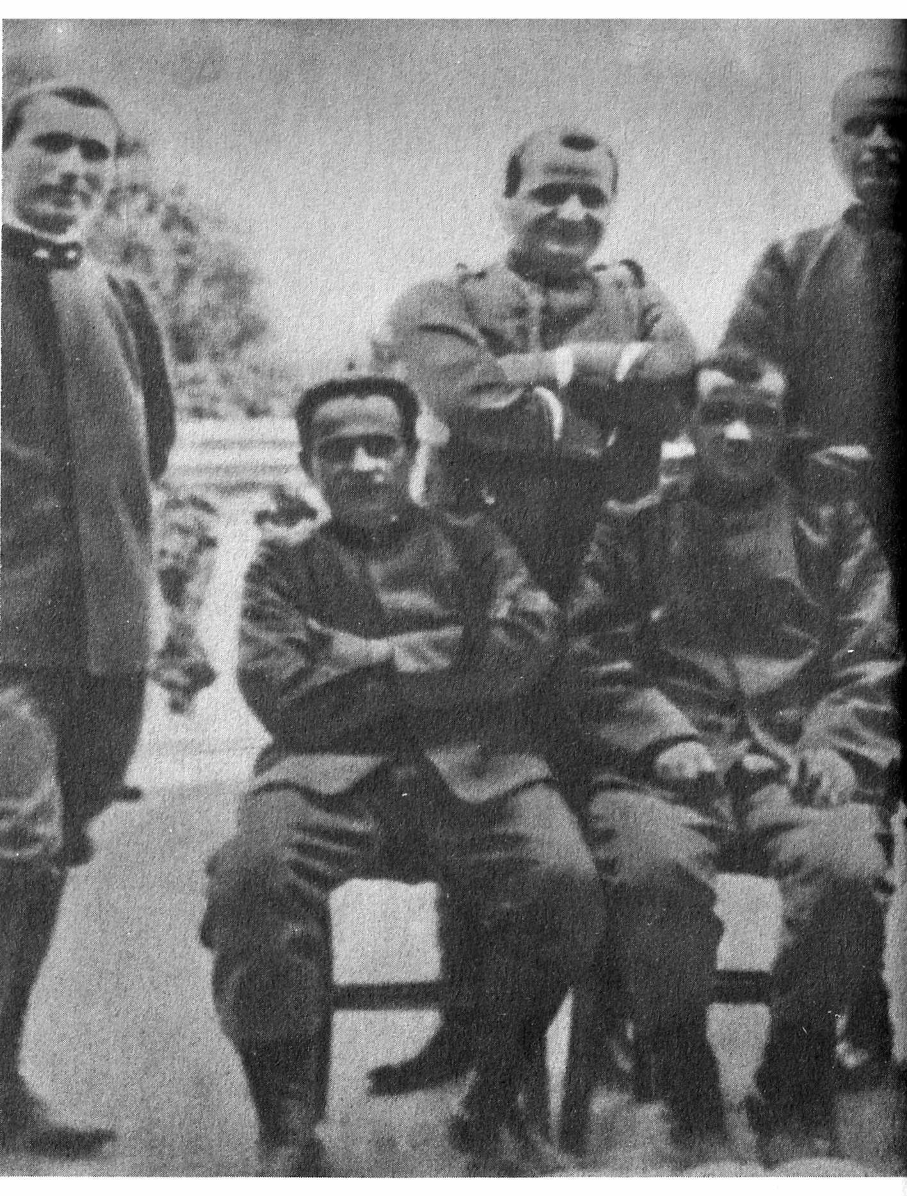


Santo Padre, y es también Roncalli quien nos describe el sufrimiento de su obispo por esa incomprensión papal. Un sufrimiento este de la incomprensión y los malentendidos en la Iglesia que Juan XXIII iba a experimentar luego hasta el final de sus días, y que resulta tanto más intenso cuanto es más lúcido, tal y como nos lo presentan estas líneas: «Existía, además, otra tribulación —escribía Roncalli—, una espina aguda que monseñor Radini llevaba clavada en el corazón y le estaba haciendo gotear sangre; un sangrar silencioso y escondido, pero no por ello menos vivo y doloroso. Este prelado, que había visto siempre en Roma y en el papa el centro de sus ideales más puros... Este obispo que difícilmente tiene otro igual en su adhesión y en su amor a las directrices de la Sede Apostólica y en hacer participantes a otros de estos sentimientos, incluso imponiéndose a veces con la violencia moral de todas sus energías, se encontró en ocasiones, especialmente en estos últimos años, en la incertidumbre, en la duda angustiosa de no merecer ya más la entera confianza del Santo Padre. Fue ésta la máxima prueba de su virtud; y a costa de ser todavía hoy un punto delicado, no se puede silenciar en absoluto sin pecar gravemente contra la verdad y la justicia.» El propio secretario Roncalli quedaba marcado por la sospecha y la censura de las altas esferas eclesiásticas. Y aun siendo papa seguiría, como digo, gustando esta ceniza de la incomprensión de sus más profundos gestos eclesiales. Lleno de amargura, llamaría un día al Santo Oficio «mi corona de espinas», y en la primavera de 1963, al final de su existencia terrena y al borde de esa amargura, escribiría a uno de sus más decididos adversarios en la propia Curia Romana: «Venerable hermano, sentimos un dolor vivo y continuo al comprobar la constancia con que organizáis vuestra vida y vuestro trabajo para manteneros en una oposición absoluta a nuestros deseos más queridos, y no podemos menos de pedir a Dios, Padre de todos, para que haga su luz en nuestro corazón o nos ahorre el sufrimiento de estar en conflicto con vos.»

Siempre pesaron mucho los conflictos en su corazón y procuró ser un bálsamo en todos ellos, aun a costa suya. En el seminario de Bérgamo dicta por entonces dos clases: Apologética e Historia eclesiástica, y comparte esta actividad con la investi-

Angelo Roncalli vistiendo el uniforme de sargento de Sanidad del ejército ▶ italiano durante la I Guerra Mundial.





El teniente capellán Roncalli (tercero de la izquierda) fotografiado junto a otros oficiales en 1915.



gación histórica y la consiliaría de la Acción Católica de mujeres. Monseñor Leone Algisi, que ha estudiado las explicaciones de cátedra de Roncalli, es para este periodo de su vida un testigo de excepción. Son años de gran interés. Prosigue en la Iglesia la psicosis antimodernista, y las disciplinas que explica el joven secretario del obispo tocan en carne viva los problemas discutidos y vidriosos. Un gran amigo suyo, Giuseppe Moioli, tiene que abandonar su cátedra de Sagrada Escritura acusado de modernista, y no faltan voces ni ciegos rencores contra su ausencia de fanatismo que señalan a Roncalli con el dedo. Y eso que sus lecciones, como escribe Algisi, no contienen nada de imprudente. Por el contrario, «contienen una ciencia tradicional y sobria. Es a todas luces evidente el respeto riguroso al pensamiento de la Iglesia, el esfuerzo por considerar las más modernas concepciones teológicas a la luz del magisterio eclesiástico. Esto no quiere decir que aflore en ellas la timidez; reflejan una intencionalidad de no levantar inútiles polvaredas de dudas y son al mismo tiempo leales, serenas, honestas. El profesor conocía evidentemente los puntos de más encendida discusión; nunca rehuía, cuando se presentaba la ocasión, el planteamiento crítico de los problemas; dejaba la puerta abierta, mientras era posible, a soluciones más avanzadas, aun cuando su simpatía se inclinaba por la más segura ortodoxia».

Mas monseñor Radini iba a morir y Roncalli iba a ser devorado ahora por otras funciones y otros servicios a la Iglesia, muy distintos, renunciando de nuevo a sus preferencias, a su yo, a su propia personalidad en aras de la obediencia y del amor a esa Iglesia. Atravesando por lo pronto por los dolores de la guerra de 1914-1918, en la que se vio enrolado como sargento de Sanidad en el ejército italiano. Su obispo, monseñor Radini, había muerto con la palabra paz en la boca y ofreciendo su propia vida por la pacificación entre los pueblos y la guerra ahora debió de revelar a su joven y amado secretario, Roncalli, que se sentía como huérfano después de esa muerte, su tremenda y radical maldad.

Acabada ésta, vuelve a sus tareas en el seminario bergamasco y a otras tareas pedagógicas, ya que comienzan a preocuparle mucho, por estas fechas, problemas como los de la instrucción femenina y la educación popular. En 1914 había desarrollado ya un ciclo de conferencias de enunciados tan incitantes como «La Iglesia y el pensamiento científico moderno» o «Los verda-

El papa Benedicto XV llamó a Roncalli para que se hiciera cargo de la Congregación de Propaganda Fide en Roma. ▶





El papa Pío XI en el acto de inauguración de la emisora de radio del Vaticano, en el momento en que Marconi (primero por la izquierda) pronuncia un discurso. La radio favoreció notablemente la labor de Propaganda Fide.

deros orígenes de la escuela popular moderna». Sin entrar en su contenido, la simple elección de estos temas dice mucho de por sí. Y también lo dicen sus métodos de tolerancia y espíritu de libertad para con los estudiantes, que son comentados con cierta ironía en toda Italia y le valen ser tachado de ingenuo.

Posiblemente lo era. Conservaba al niño que la mayoría de los hombres mata en su corazón «al madurar», pero todos le amaban quizás por esto, y él estaba contento con su tarea. Tanto, que, cuando a principios de 1921 recibe un oficio del cardenal se-



cretario de la Congregación de Propaganda Fide para hacerse cargo en Roma de la obra de propagación de la fe, duda en aceptar y cede solamente a instancias del cardenal de Milán, monseñor Ferrari, que le señala ese nombramiento como el camino de la obediencia. Nombrado en seguida prelado doméstico de Su Santidad Benedicto XV, en abril de ese año, se dedica por entero a congresos, conferencias y viajes relacionados con su trabajo misional, y en 1924 se ve hecho obispo de un antiguo arzobispado en tierras de Palestina: Areópolis.

4. Embajador del Evangelio en Oriente

Para el lema de su escudo episcopal, monseñor Roncalli eligió las palabras «obediencia y paz», cuyo significado le inspiró a través de su vida variadas reflexiones y que hizo carne de su carne y sangre de su sangre, obedeciendo en los momentos más difíciles hasta dar la imagen del conformista más desprovisto de propio juicio y conservando la paz y aquella su alegría incomparable, que tantas veces juzgó como inconsciencia, en medio de los tremendos dramas espirituales que le tocó vivir. El mismo nos ha dicho en una conferencia de 1907 de dónde le vino la inspiración de esas palabras que para él llevaban siendo una liberación, hacía ya algunos años: una liberación de aquellas luchas que hemos visto sostenía contra su talante espontáneo y libre y su cuerpo robusto y sano, rebelde al clásico tratamiento ascético. «En Roma —dijo entonces—, hacia la hora de vísperas, durante un largo número de años, se veía todos los días a un pobre sacerdote atravesar el puente de Santangelo y dirigirse grave y pensativo hacia la basílica vaticana. Los pequeños mendigos que estaban a la puerta del templo, al verlo de lejos —cuenta Arrighi—, alegrándose decían: "Ya está aquí el cura zapatones, ya viene", aludiendo a los grandes zapatos que llevaba. Llegaba el sacerdote y daba un ochavo a cada uno de aquellos golfillos que se ponían de rodillas en torno suyo; después, entrando con reverencia en la basílica, se dirigía directamente hacia la imagen de San Pedro y, besando el pie del Apóstol, pronunciaba siempre estas dos palabras: *Obedientia et pax*. Era Baronio.» El cardenal Cesare Baronio, eminente figura del periodo barroco, fogoso luchador eclesiástico, humilde como un niño, de la congregación del Oratorio de San Felipe Neri, el santo tan amado por Roncalli y con el que muy agudamente se le ha comparado.

Felipe Neri fue un aristócrata florentino del *cinquecento*, de un finísimo temperamento y una cabeza bien puesta, que supo disimular los más espantosos dramas espirituales y hasta el universo de sus penas y desilusiones eclesiales bajo un comporta-

miento extraño que le hacía aparecer ante los propios ojos del cardenal Borromeo, y desde luego ante los de gentes menos avisadas, como un cura glotón, dicharachero y de bromas pesadas. Porque en realidad se necesitaría toda la agudeza mental de un Newman y hasta su exquisita sensibilidad para apreciar en Felipe Neri su ser profundo, como en Juan XXIII su profunda personalidad, que permanecería hasta su muerte prácticamente desconocida por todos nosotros. «También él pertenecía —escribe el P. Ernesto Balducci— a la familia espiritual de los cristianos que no saben tomarse en serio», y que la misma Iglesia no parece tomar en serio hasta que, ordinariamente muy tarde, comprueba cómo ha sido «tocada» por ellos y enmienda la plana, llevándolos a los altares o proclamando de todas maneras su grandeza. Pero, durante la vida, suele emplearlos como «cobayas» de docilidad y riesgo, allí donde los demás cristianos perecerían. Y eso le ocurrió a Roncalli.

Con la mitra, Pío XII, que le conocía desde hacía tiempo por haberse encontrado ambos con frecuencia en la Biblioteca Ambrosiana, le dio otra gran sorpresa: una misión delicada en la Bulgaria del rey Boris y del metropolitano Esteban, jefe de aquella Iglesia y del que se decía que deseaba unirse a Roma. Monseñor Tisserant y el P. Cirilo Kovolewski habían precedido a Roncalli en una misión de sondeo, y la misión concreta de éste parecía ser la de una vigilancia, sobre el terreno, de la evolución de aquella situación político-religiosa búlgara, compleja hasta más no poder y que, de antemano, parecía escogida para probar al mejor diplomático, o para inutilizarlo más bien. El 25 de abril de ese 1924 se hallaba ya monseñor Roncalli en la capital búlgara, y el piso, elegante y pequeñito, que le asignan para sede de la misión diplomática vaticana es en realidad solamente el disfraz de una trampa. Bulgaria es un mosaico de sentimientos religiosos encontrados y donde un representante del papa de Roma, después de mil años de ruptura, es, como poco, un ser extraño y sospechoso, a quien se espía en sus palabras y gestos con cierta desconfianza, no exenta de algunas razones.

León XIII se había mostrado muy duro e intransigente con el zar Fernando, padre del entonces rey Boris, y hasta con el arzobispo católico de Sofía, monseñor Manini, que habían ido a Roma no con muchas razones, sin duda, pero sí llenos de buena voluntad y bastantes esperanzas. El resultado de aquella entrevista aciaga había sido fatal, y el rey Boris, que tenía dos hermanas católicas, profesaba la fe ortodoxa por compromiso oficial de su padre ante el país entero y como un desquite por la intran-

sigencia romana. Los católicos de rito oriental eran llamados allí con el despreciativo nombre de *uniatas* por su condición de estar unidos a Roma, que se consideraba como una traición al espíritu de la ortodoxia oriental y aun al país, y componían una minoría bastante menesterosa en todos los sentidos.

Entre las ocupaciones del visitador Roncalli estaba, además, la de interesarse por la suerte de cuatrocientos mil refugiados de Macedonia y Tracia, cualquiera que fuese su religión; y, desde luego, tampoco podía andar allí con la teología y el derecho canónico en la mano, aun entre los mismos católicos y clérigos. Aquélla era una tierra fronteriza, espiritúalmente hablando, donde el hombre y su buena fe importaban más que cualquier otra cosa. El propio metropolitano, Esteban, no estaba muy al tanto de la teología de Roma y sus exigencias, cuando hablaba de unirse a ella, pero se entendió muy bien con monseñor Roncalli, a quien importaba más el espíritu de caridad cristiana que las formulaciones teológicas.

El arzobispo Roncalli visitó el país a caballo o en barcaza, cuando fue preciso; y su piedad sencilla, besando innumerables iconos populares con toda devoción y compenetrándose con el aparato escénico rutilante de todo aquel cristianismo popular de la ortodoxia, conmovía a las gentes, mientras a él le conmovía sobre todo la miseria del pueblo y su propia fe. Por primera vez oyó hablar de los turcos que por allá habían pasado, dejando un rastro de sangre y lágrimas entre los cristianos; pero monseñor Roncalli veía también la otra cara del espejo y, como confesaba a un periodista por entonces, «también he observado con interés a los turcos cuando celebraban sus ritos religiosos, haciendo sus inclinaciones delante de Dios. Debo, pues, declarar que he sido testigo de la tolerancia más completa del pueblo búlgaro para con todas las minorías étnicas y religiosas». Y el periodista anotaba por su cuenta que monseñor Roncalli se iluminaba «de una alegría sincera cuando habla de nuestra patria, de nuestros conciudadanos sencillos y pacíficos»; y los búlgaros admiraban esa sinceridad.

Al poco tiempo, elegía como obispo y para ir cimentando una jerarquía católica nativa, a un humilde sacerdote de treinta y cinco años que le había acompañado largo tiempo: era hijo de ortodoxos, y un día había sido admitido a estudiar en los Padres Asuncionistas, ordenándose sacerdote en la Iglesia católica sin

El 3 de marzo de 1925, Angelo Roncalli fue nombrado arzobispo titular de Aerópolis, arzobispado perteneciente a la antigua Arabia Pétrea. ▶



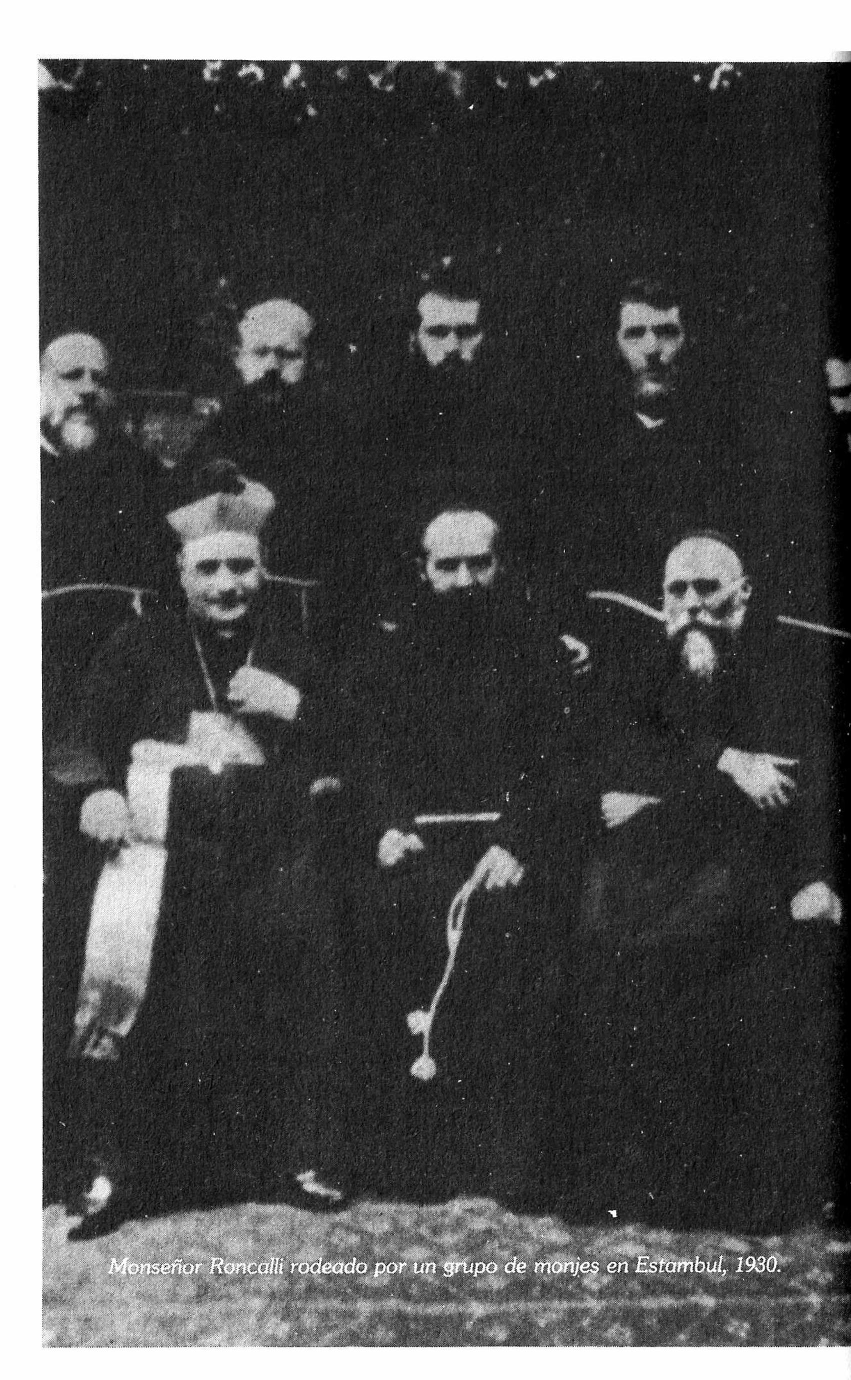


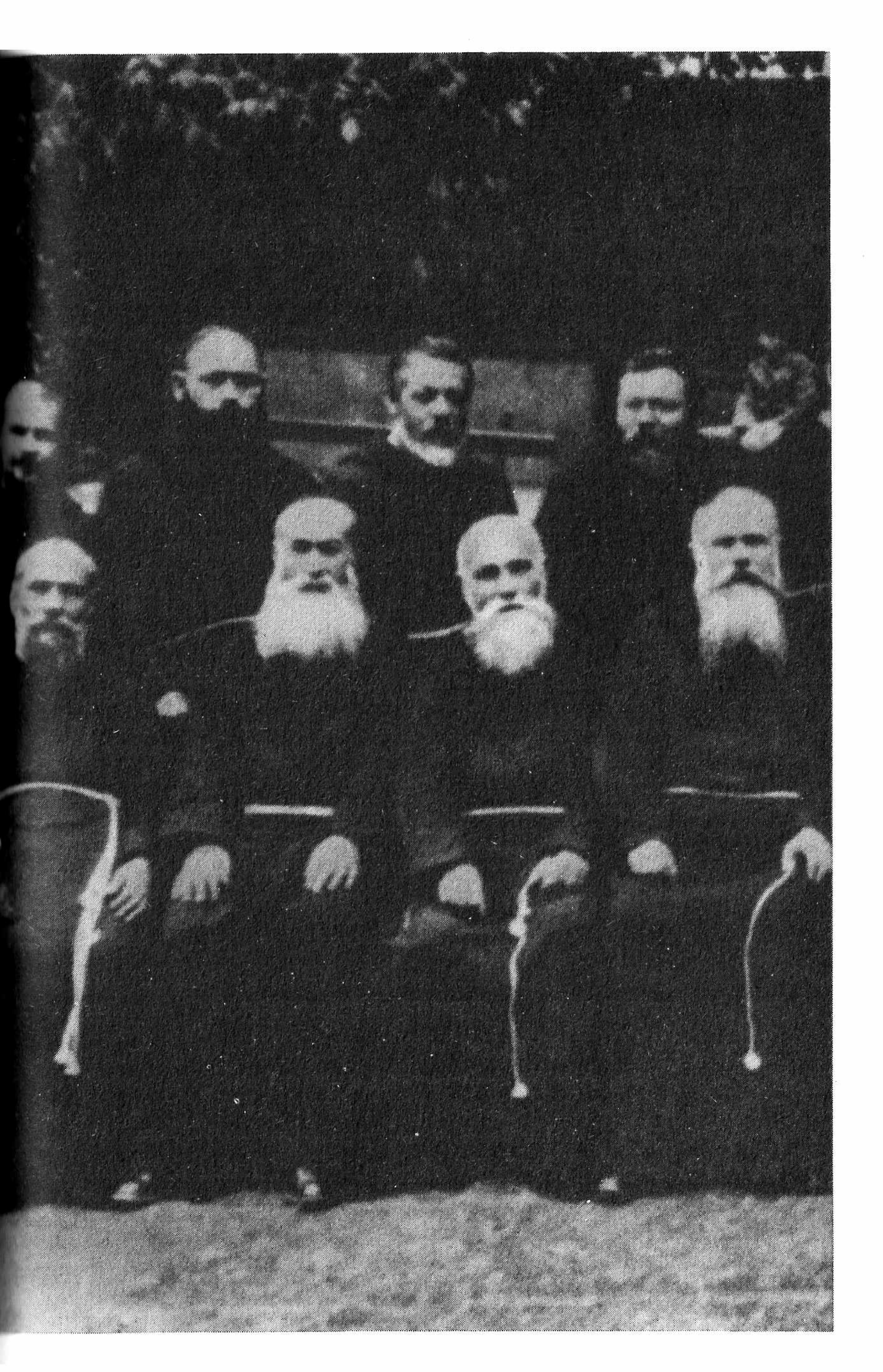
Una de las misiones del visitador apostólico Roncalli en Bulgaria se relacionaba con la boda del rey Boris, monarca de ese país.

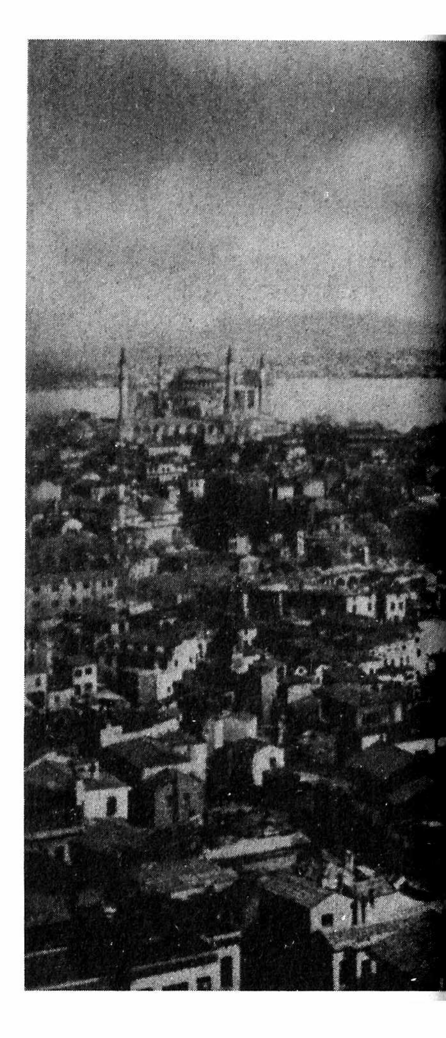
mayores dificultades: Esteban Kurtev. El tiempo demostraría que este «hijo mío», como le llamaba Roncalli, había de tener un temple de acero y mostrar una fidelidad absoluta a la Iglesia frente a las presiones y violencias de toda clase que los comunistas iban a ejercer sobre él. Y monseñor Roncalli, testigo de la humildad evangélica y hasta del éxito cristiano con que el nuevo obispo comenzó su pontificado, debió de aprender muchas cosas sobre los hombres y sobre las propias fronteras de la fe y de la fidelidad cristianas, que no siempre coinciden con ciertas manifestaciones externas, educaciones o tradiciones.

Bulgaria, en fin, le llegó al alma a monseñor Roncalli y se fue de allí con la tristeza de no haber tenido tiempo de aprender el búlgaro. Sólo con esta tristeza y con la de abandonar aquel pueblo, pero sin experimentar malestar alguno por lo que pudiera llamarse su fracaso diplomático, cuando el rey Boris, a quien el arzobispo Roncalli encontró siempre muy bien informado de toda clase de cuestiones, sobre todo religiosas, y que le había dado su palabra de celebrar católicamente su matrimonio con una hija de Víctor Manuel III de Italia, según las exigencias de la Santa Sede para autorizar los matrimonios mixtos, faltó a su promesa, ya que apenas vuelta la regia pareja a Sofía desde Asís, donde se había celebrado ese matrimonio católico, se hizo bendecir de nuevo según el rito ortodoxo, y más tarde bautizarían en él a sus hijos. «Me ha engañado», dijo entonces simplemente Roncalli a un amigo, pero midiendo quizás también los complicados aspectos del problema de esas bodas y comprendiendo esa misma infidelidad del rey Boris a esa promesa, porque tampoco se hizo nunca monseñor Roncalli demasiadas ilusiones sobre la grandeza de los grandes de este mundo.

De todos modos, cuando él marchó de Bulgaria quedaron allí cimentadas muchas cosas de infinito mayor valor y trascendencia que esas bodas reales. Al marcharse en 1934, pronunció unas palabras hermosas que luego resultaron proféticas y espejo de la realidad de un pontificado que hizo la Iglesia acogedora para todos. «Según una vieja tradición de la Irlanda católica —dijo—, en todas las casas se pone en el poyo de la ventana, la víspera de Navidad, una candela encendida que simboliza a San José y a la Virgen María que buscan refugio en la santa noche, y que en el interior, junto al rincón del fuego y con la mesa servida por la gracia de Dios, una familia les espera. Dondequiera que yo esté, aunque sea en el fin del mundo, si un búlgaro alejado de su patria pasa ante mi casa, encontrará en mi ventana la candela encendida, sea católico u ortodoxo; es un hermano


Monseñor Roncalli rodeado por un grupo de monjes en Estambul, 1930.

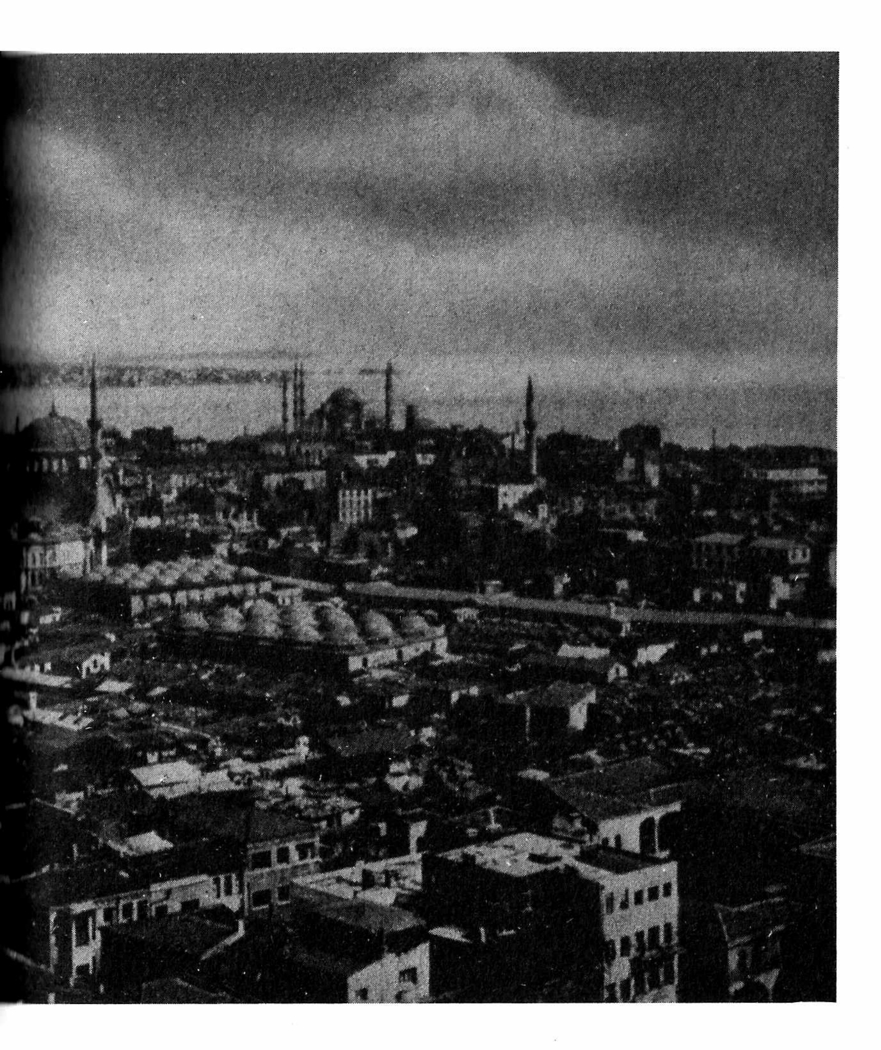




Roncalli desempeñó durante nueve años el cargo de delegado apostólico en Estambul.

de Bulgaria y puede entrar y encontrar en la casa la más calurosa y afectuosa hospitalidad.»

Monseñor Roncalli iba ahora a servir en una delegación apostólica en Turquía —lo que no era un ascenso precisamente, sino todo lo contrario, vistas las cosas desde el punto de vista de una carrera brillante—, a echar los cimientos de un nuevo edificio en otra parte. Realmente la vida de este gran mesurado será la de un abridor de brechas en espesas murallas, de ventanas en ambientes sobrecargados, de puertas hacia el futuro. Y ello con



el aspecto no solamente de quien no hace nada y como un Moisés a quien en el último momento se le niega ver el fruto de su trabajo, la tierra prometida, sino, además, haciendo ese trabajo incluso contra sus personales convicciones y su personal sensibilidad.

Será en Turquía precisamente donde se le escapará aquella lamentación de un corazón cristiano que ve que se derrumba todo el universo de valores que él ha amado y al que se encontraba vinculado en cuerpo y alma. Le queda en el corazón sola-

mente la fe; pero ésta basta y sobra para llenarle de alegría y para compenetrarle con el nuevo orden de cosas. «Y de mí, ¿qué decir? —escribe a un amigo desde Estambul, donde ha entrado oficialmente en los primeros días de 1935—; que estoy muy contento. Mucha gente de las dos costas de Europa y Asia me compadece y me llama desafortunado. Yo no comprendo por qué. Cumplo la obediencia que se quiere de mí. Nada más. Yo ciertamente me entristezco ante el lento y fatal derrumbamiento de muchas cosas que eran hasta ahora el arnés del catolicismo de otros tiempos. Quizá me están reservados días difíciles y penosas situaciones. Pero no ceso de mirar más alto y más lejano.»

Cuando esos días llegaron, monseñor Roncalli dio muestras, por lo pronto, de no poseer en ninguna medida esa hipersensibilidad clerical a las persecuciones, tan clásica. Quizás porque nunca admiró a los héroes y tuvo siempre miedo de esa cierta tiesura de espíritu que puede esconderse en la humildad y de cierto orgullo arropado en las mismas humillaciones. Impávido, soportó la ofensiva de Ataturk contra escuelas, iglesias y comunidades religiosas cristianas, y se vistió tranquilamente con el traje civil cuando el hábito religioso, de cualquier confesión que fuese, no fue tolerado. Por cosas así —y nadie podría asegurar que no fueran graves y significativas— monseñor Roncalli no iba a levantar la voz, convocando a una cruzada o predicando el fin de los tiempos como un nuevo Savonarola. No hacía tampoco como el patriarca ortodoxo de Estambul, que amenazó con recluirse para siempre en el Fanar, o como los frailes y monjas que salían precipitadamente del país, abandonando en el fondo y muy cómodamente su verdadera tarea: la de seguir siendo testigos de Cristo. Con hábito o sin él, con iglesias o sin iglesias, con escuelas o sin escuelas.

Monseñor Roncalli convocó al clero católico el 13 de junio de 1935, fiesta de San Antonio de Padua, en la iglesia que llevaba su nombre, sita en una calle central de Estambul, y allí se dio a ese despojo del traje talar un cierto símbolo de protesta, «pero pacífica y no retadora contra el gobierno: un profundo sentido religioso de sacrificio», escribe Algisi. El delegado apostólico iba allí, a la cabeza de aquella manifestación, sonriente y como un crío con zapatos nuevos, al estrenar en realidad la primera chaqueta de su vida; y dejó que cada uno vistiera como quisiera, sin imponer ahora otro uniforme. No iba a hacer depender su tarea o disgustar a una política más o menos racional y aun a todo un pueblo con fiebre nacionalista por cosas como éstas, por amadas y tradicionales que fueran. Se trataba solamente del traje



Reunión de cardenales antes de iniciarse el Cónclave de 1939. Eugenio Pacelli, que saldría elegido papa y reinaría con el nombre de Pío XII, está sentado en las gradas del altar, el tercero por la izquierda.

eclesiástico en apariencia; pero se tratase de lo que se tratase, siempre pensó monseñor Roncalli que si alguien tenía que perder o ceder un poco, no deberían ser ciertamente «los otros». Esta sería su política, como la sinceridad su diplomacia. Esto puede resultar extraño a los políticos y a los diplomáticos, pero Juan XXIII nunca se valió de otras armas que de este realismo

evangélico y de su profundo amor a los hombres. Y triunfó siempre. También en Turquía. En plena guerra de 1939-1945, el humilde delegado apostólico en este país fue el centro de atención de los embajadores de las grandes potencias beligerantes, y no solamente por lo que entonces podía significar la Iglesia, que cada partido en conflicto buscaba como aliada suya, sin que monseñor Roncalli llegase a comprometerla jamás, sino porque todos encontraban que en la profundidad de su corazón y de su inteligencia estaba solamente comprometido, pero enteramente comprometido, con la causa del hombre y de la paz, y en él hallaban una luz y una esperanza.

Para pedir al cielo que librase a Estambul de los horrores de la guerra compuso entonces una oración que concluía: «Esto que es bueno para nosotros lo pedimos con la misma pureza de intención para todos los que viven con nosotros bajo el mismo cielo, todos igualmente hermanos, aunque nos diferenciemos por motivos de religión, de origen étnico, de tradición histórica o de posición social.» Y a un sacerdote francés, colaborador suyo, que le pidió apoyase el movimiento gaullista contra la colaboración francesa con los alemanes, le respondió: «Leo en la Biblia que también el patriarca Jacob tuvo dos hijos en desacuerdo. Pero el padre consideraba la cuestión en silencio.» Ocasiones se le presentarían más adelante de practicar este gesto, y ésta fue su más profunda revolucionaria actitud al frente de la Iglesia en plena guerra fría, que solamente los sectarios de uno u otro color no han podido comprender. En la misma Grecia de Metaxas, donde durante su residencia en Estambul era también delegado apostólico, iba a necesitar mostrar a diario ese su permanecer en el corazón de los conflictos, estando por encima de su contingencia y abrazando a los hombres que en ellos se hallaban envueltos.

La guerra no perdonó a Grecia, como había perdonado a Turquía, y el representante de la Santa Sede tuvo que ser allí ante todo un paño de lágrimas y, en medio de mil viejos rencores religiosos, tratar de superarlos con la amistad y la cortesía personales. Ya para entrar en el país se le pusieron dificultades y condiciones que otro cualquiera que no fuese monseñor Roncalli hubiese encontrado humillantes: ocho días de estancia en él y en calidad de turista como máxima concesión. Pero a Roncalli no le pareció esto cosa del otro mundo, ni ofensiva en absoluto. Más tarde, los griegos nunca supieron deshacerse de él.

En Turquía su lema había sido: «La gota de agua horada la piedra», y «ofreceré mi frente a los que me hieren». En Grecia, estas otras palabras del papa San Gregorio Magno: «Ver todo,

disimular mucho, corregir poco.» De esta manera siguió abriendo brechas de comprensión en el corazón de los ortodoxos, para quienes, por lo menos este obispo católico, el arzobispo Roncalli, no era un enemigo, ni un astuto diplomático, ni un imperialista espiritual como habían pensado en principio y según sus prejuicios y amargas experiencias. El mundo de la cultura, por otra parte, no supo hasta mucho después que si Atenas no fue bombardeada y todo su fabuloso legado artístico y cultural destruido lo debió a este insignificante nuncio, amable y expansivo, a quien no parecían interesar mayormente estas cosas.

5. Signo de contradicción en la nunciatura de París

Corría el año 1944 y estaba escrito que en los últimos días del año los Reyes se adelantaran con algún regalo imprevisto para este legado pontificio, gordo y muy bien anclado, como si fuese en su tierra, dondequiera que se hallase en servicio de la Iglesia: el regalo de levar anclas de nuevo y, esta vez, hacia Francia. Para monseñor Roncalli pareció ser esta separación un verdadero sacrificio y su espontaneidad se desbordó un tanto en Roma, en esos finales de diciembre de 1944, con el funcionario de la Secretaría de Estado que le recibió y a quien preguntó con bastante energía por el responsable de la estúpida idea de sacarle a él, Roncalli, de Grecia-Turquía. Pero esa idea se le había ocurrido nada menos que al propio Pío XII, y éste así se lo confirmó el día 29, rogándole que preparase sus maletas para estar en París para el año nuevo. Porque, en efecto, el día 1 de enero el general De Gaulle recibiría al cuerpo diplomático y éste le expresaría sus augurios precisamente por boca del nuncio de la Santa Sede. En su ausencia, el decano del cuerpo, el embajador de la Unión Soviética, ya tenía preparado su discurso y a Roma no parecía agradarle esta situación. Así que monseñor Roncalli llegó a París con el tiempo contado, pero suficiente, para hacerse cargo de esta tarea. Visitó al diplomático ruso el día 30, estudió el discurso preparado por éste y le propuso leerlo simplemente en su nombre ante el general De Gaulle: «No veo nada —dijo monseñor— que haya que cambiar en este texto, Excelencia, aparte de una pequeña alusión a la Providencia. Estoy seguro de que no hallará usted inconveniente alguno en que lo lea en su lugar. Será un excelente comienzo para nuestra colaboración diplomática.» Y el ruso estuvo de acuerdo. Probablemente era el primer obispo que no le había considerado ni un apestado, ni tan alejado de un sentir humano y cristiano de la vida.

Ya estaba en París el nuncio Roncalli y él mismo confesó que jamás lo hubiera soñado. Tenía incluso un poco de miedo de hacer mal papel en aquel centro de la mundanidad y la ele-

gancia del vestir y de las ideas. Aquella nunciatura, en efecto, era tradicionalmente algo así como el monopolio natural de esos eclesiásticos brillantes y mundanos, aristocráticos y finísimos malabaristas en el arte de la diplomacia, a la vez que agudos intelectuales al tanto de la última aventura de la cultura profana y del último esfuerzo de la cultura católica. De esos eclesiásticos, con frecuencia un poco dieciochescos y versallescos, que se fabricaban en el colegio Capranica. Y Roncalli no era nada de esto. Se ha pensado que su nombramiento tuvo bastante que ver con un gesto muy claro de despecho vaticano hacia el general De Gaulle, que prácticamente había metido los pasaportes en el bolsillo al antiguo nuncio ante el gobierno Pétain, monseñor Valerio Valeri, a quien tenía por una especie de colaboracionista con el régimen de Vichy. Se le enviaba ahora, por eso, a aquel campesino bergamasco, perdido en puestos de segunda importancia en las fronteras del mundo cristiano y del que, hablando un lenguaje puramente mundano y político, se podía decir que no había cosechado grandes éxitos para la diplomacia vaticana. París al menos, incluso el aristocrático París católico de las elites espirituales e intelectuales, tuvo esa impresión desde el principio y hasta el fin de la misión de monseñor Roncalli en tierras de la inquieta Francia, hija mayor de la Iglesia.

En realidad, monseñor Roncalli era enviado una vez más a un avispero. El choque entre el gobierno del general De Gaulle y el grueso de la Iglesia francesa era un hecho. La mayoría del episcopado, efectivamente, había mirado con los mejores ojos al gobierno de Pétain y disfrutado de su influencia política. Parece que el nuncio Valeri había frenado un poco este entusiasmo colaboracionista del episcopado, pero era innegable. La radio y los periódicos de la Francia liberada de los alemanes se lo reprochaban, y se lo reprochaban los mismos católicos e incluso algunos clérigos y hasta algún obispo. En Roma, Pío XII no estaba dispuesto a tolerar estas críticas a la jerarquía francesa, y aunque aceptó la remisión del nuncio monseñor Valeri, de muy mala gana seguramente, envió allí a monseñor Roncalli a soportar una situación incómoda en extremo. Por lo pronto fue recibido con abierta hostilidad y hasta se le hizo esperar «antecámara». Pocos lo hubieran soportado, y el propio nuncio confesó un día a algunos amigos franceses, después que pasó todo, el sacrificio personal que le había costado: «Cuando llegué aquí tuve como una inspiración del Espíritu Santo: Angelito, dadas las circunstancias no tienes más que un medio de salir airoso, aunque este medio no halague a tu amor propio; hazte el imbécil, Angelo, hazte el



El día de Año Nuevo de 1945, Roncalli presentó sus cartas credenciales al general De Gaulle como nuevo nuncio del Vaticano. Roncalli fue también el encargado de leer el mensaje de felicitación del cuerpo diplomático.

imbécil.» Tan exactamente iba a cumplir su propósito y representar el papel, que todos dudarían si no se lo había asimilado perfecta y definitivamente.

Desde luego, Roncalli era la expresión viva de un catolicismo de cuño popular y barroco, aunque de una expresión muy singular y personal —es preciso advertirlo— e iba a hundirse en Francia en el universo católico más aristocrático y más movido



de la Iglesia, desde siglos. Los clérigos y laicos franceses seguían, en efecto, agitando continuamente las aguas del pensamiento y la acción católicos de una manera que sólo podía intranquilizar en Roma, tan amiga del *quieta non movere*. La guerra de 1939-1945 tuvo en el pueblo francés católico —y culturalmente al menos lo seguía siendo en su gran mayoría— un cierto carácter de «guerra santa». La República y la Iglesia, «las dos purezas

de nuestra infancia», que dijera Péguy, el amor a la libertad y el amor al hombre de cualquier clase, raza o religión, habían constituido la mística de la lucha contra el nazismo, y esa lucha se había llevado a cabo codo a codo incluso con los hombres tradicionalmente enemigos de la Iglesia, constituyendo una experiencia nueva cuyo fermento tumultuoso, ahora en la paz, daba origen a toda una amplia problemática religiosa. Pero, a la vez, los católicos de ese país tomaban cada día conciencia angustiosa, pascaliana, de la tremenda descristianización y progresiva paganización del cuerpo social francés y sobre todo de sus clases populares, largamente explotadas y ahora esperanzadas en la revolución marxista. Así pues, desde los enfoques intelectuales de la fe cristiana en aquel mundo cartesiano y nunca satisfecho en su afán de claridad y razón, incluso en el universo del misterio, hasta las salidas desesperadas en el plano de lo misional y pastoral, todo era efervescencia espiritual en esta posguerra francesa. Aún no se habían apagado los últimos destellos de la empresa teológica más o menos modernista y ya estaban planteándose los primeros tanteos para explicarse y apresar la realidad de un mundo nuevo que nacía y en el que las filosofías existencialista o marxista contaban largamente.

Probablemente, sin embargo, había algo en el nuevo nuncio que lo hacía simpático a todo este mundo: su propia vitalidad, su gran amor a la vida, porque esas preocupaciones intelectuales y pastorales eran vida, y vida rebosante y poderosa, aunque, a la vez, una vida demasiado cargada de problemática y de angustia para una fe tan sencilla y sin complicaciones como la de monseñor Roncalli.

Pero, además, era Roma la que miraba a ese mundo católico con toda desconfianza y hasta el propio pontífice, Pío XII, no pareció mostrarse muy de acuerdo, por ejemplo, con la importante carta pastoral de su personal amigo, el arzobispo de París, cardenal Suhard: *Essor ou déclin de l'Eglisse*, que en realidad trastornaba no pocos aspectos tenidos por intocables en la concepción de la Iglesia, de la misión apostólica y del sacerdocio. Y Roncalli estaba en París para servir a los puntos de vista de Roma. Sus propios puntos de vista nadie los pudo adivinar jamás.

El jesuita P. Rouquette nos ha trazado con fortuna un retrato velazqueño del nuncio Roncalli bajo cuyo aspecto bona-

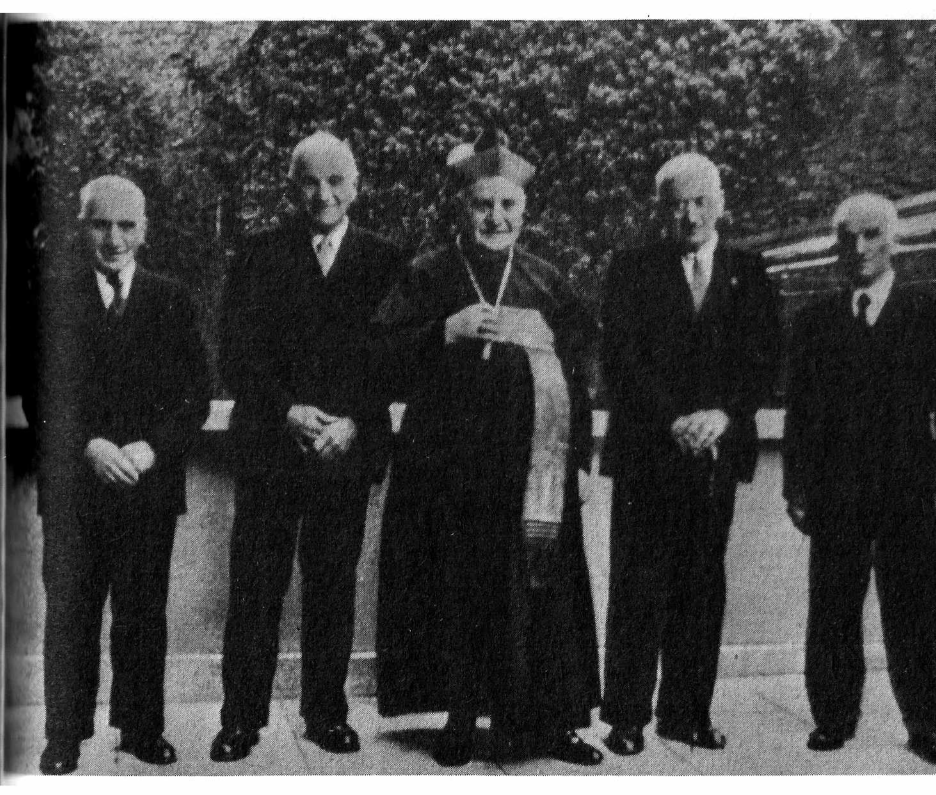
El nuncio Roncalli charlando con el presidente francés Vincent Auriol. Ambos llegaron a conseguir un buen entendimiento. ▶



chón y un poco vulgar la aristocracia del catolicismo francés no llegó a adivinar nada, absolutamente nada. Mantuvo, sin embargo, excelentes relaciones con hombres políticos, sobre todo de izquierdas, y esto era casi todo lo que algunos ponían en su haber, aunque, como luego sucedería, muchos otros pensasen que era su supuesta ingenuidad lo que le hacía con esas amistades inconvenientes. Su amistad con el socialista Auriol, por ejemplo, era bien conocida y el regalo del famoso libro de Giovanni Guareschi, *Don Camilo,* que le hizo Roncalli con esta dedicatoria: «Para su distracción y regalo espiritual. A. Roncalli, nuncio», figura en todos los anecdotarios roncallianos, así como su amistad con el viejo león anticlerical Edouard Herriot, aunque luego esta amistad pierda mucho de su sabor picaresco al informarnos, como lo ha hecho la monja benedictina Marie Yvonne, vieja amiga del presidente, de la tremenda preocupación religiosa y hasta mística de éste, de su franca admiración por la Iglesia y por el papa, de su correspondencia con monseñor Montini, de su oración y de sus ocultos socorros a los apuros económicos de muchos conventos de religiosas.

A gentes de menor talla intelectual, empero, parecía monseñor Roncalli una especie de párroco rural, inclinado al arbitraje, que arreglaba las cosas más inverosímiles por las buenas. Cierta alta dama, la esposa de un presidente de Consejo de Ministros concretamente, que había sido testigo de cómo monseñor Roncalli había solucionado a conformidad de todos un difícil pleito económico en que se hallaban mezcladas gentes de Iglesia, llegó a sugerirle que anulase el matrimonio de su hija divorciada para que pudiera casarse con otro hombre divorciado y gozar a la vez de las complacientes bendiciones de la Iglesia, tan útiles en su ambiente social. La pura bondad del nuncio era así interpretada como pura tontería, y su apertura humana como una especie de inconsciencia, dispuesta a cualquier cambalache y componenda. Y monseñor Roncalli no hacía nada por dar una impresión distinta.

Fue él quien dijo al P. Rouquette aquella frase que corrió por el «todo París» selecto como exponente de una cierta patanería eclesiástica: «Este Teilhard... ¿es que no podía contentarse con enseñar el catecismo y la doctrina social de la Iglesia en lugar de suscitar todos estos problemas?» Y decía: Teilhard de «Chapardin» como un perfecto ignorante, desconocedor de tan ilustre apellido. No sabemos qué ironía podía haber en este gesto, pero sospecho que mucha. Se trata seguramente de una típica jugada campesina para con espíritus demasiado selectos y



Algunos de los hermanos Roncalli visitaron al nuncio en París en 1952. De izquierda a derecha: Giovanni, Xaverio, Angelo, Alfredo y Giuseppe.

demasiado superficiales o para esconder su auténtico secreto, su personal valoración de aconteceres y figuras. Porque, por otra parte, parece que fue él también quien señaló, por ejemplo, a un sacerdote bergamasco que estudiaba sociología en la Sorbona los cuadernillos a ciclostilo de Teilhard de Chardin que circulaban a escondidas de mano en mano, y en realidad nunca le intranquilizó su figura al verla tan estimada por el cardenal Saliège, a quien Roncalli tanto estimaba a su vez y tenía por una decisiva autoridad. Sin embargo, el cardenal Suhard tenía miedo al nuncio y salía desconcertado de sus entrevistas con él. Se temía incluso que se hubiera inclinado al integrismo porque recibía muchas visitas de personalidades integristas y llegó a saberse, por la indiscreción de un banco, que de su bolsillo particular mantenía una pequeña revista de este color. Un día, incluso, amonestó

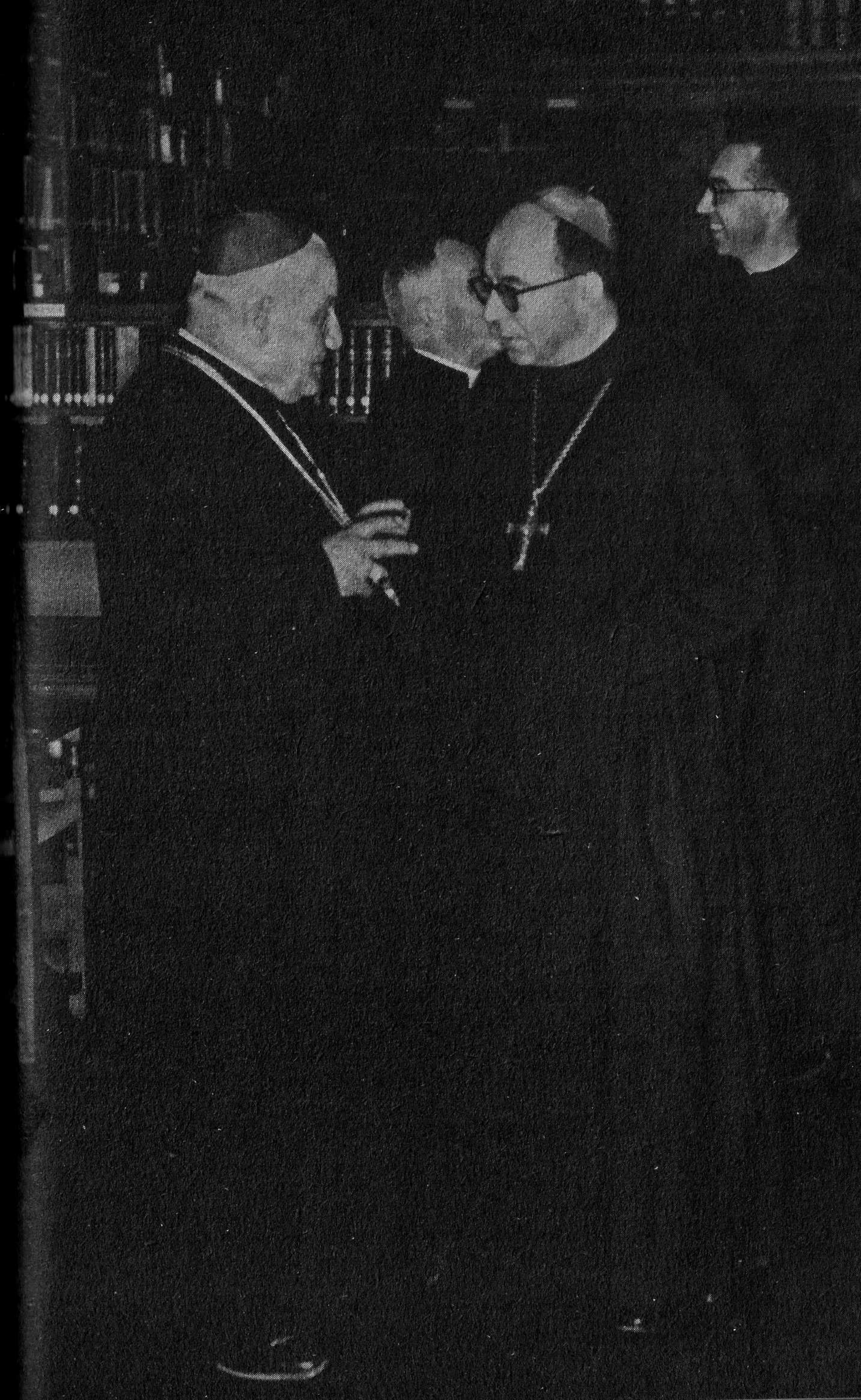
al P. Rouquette porque éste había felicitado al clero de Valence que había suspendido las clases en los entierros; pero cuando el jesuita se defendió y razonó su postura, el nuncio le contestó ingenuamente que, en realidad, él no había pensado demasiado en estas cuestiones.

A Georges Bidault, ministro del gobierno De Gaulle, que le exigió la destitución de unos treinta obispos colaboracionistas con Pétain, le pidió tiempo para pensarlo, alegando la trascendencia de la medida, y cuando el tiempo pasó, las pasiones políticas ya estaban calmadas y fueron tres los obispos obligados a dimitir. Lo mismo hacía con sus visitantes en la nunciatura: hablarles de naderías para evitar tomar posición sobre la cuestión que allí les había llevado, o les mostraba álbumes de Bérgamo o sus ediciones de las obras de San Carlos Borromeo. Pero es que, incluso hablando en público, adoptaba esta actitud, y entonces el auditorio se divertía hasta rayar en pura guasa.

En el congreso de la «Unión de las Obras» de Nancy, por ejemplo, en el que se discutían graves problemas de pastoral, se puso a contar su peregrinación a la tumba de San Benito José de Labre, el santo mendigo y corto de entendederas; y entre el auditorio, los finísimos abates se miraban, preguntándose: «¿Esto es un nuncio?» Y en Reims, durante otra gran ceremonia, habló del vino y los toneles con gran regocijo de los asistentes ante un sermón tan imprevisto; o ante el comité de redacción de la importante revista de los jesuitas, *Études*, mientras se fumaba un buen cigarro, definía así su política de equilibrio: «Como dicen ustedes los franceses: media vuelta a la derecha, media vuelta a la izquierda.» Como si el equilibrio entre una razón y una sinrazón fuese alguna clase de política. Uno se acuerda de aquello de nuestro cínico Fernando VII, cuando decía una cosa parecida: «palo a la burra blanca, palo a la burra negra». Y una frase así era en verdad para dejar estupefacto a cualquiera; pero el equilibrio del nuncio Roncalli era realmente el de la humildad más profundamente vivida que hacía desaparecer su personalidad tan fuerte, su espontaneidad tan poderosa, sus mismos criterios tan firmes en el servicio de la Iglesia, en la aceptación de la voluntad de las instituciones eclesiásticas, aunque él no participase de sus puntos de vista.

Se dice que Pío XII le vigilaba de cerca, como si temiese un día el estallido de aquel volcán; se dice incluso que no le apre-

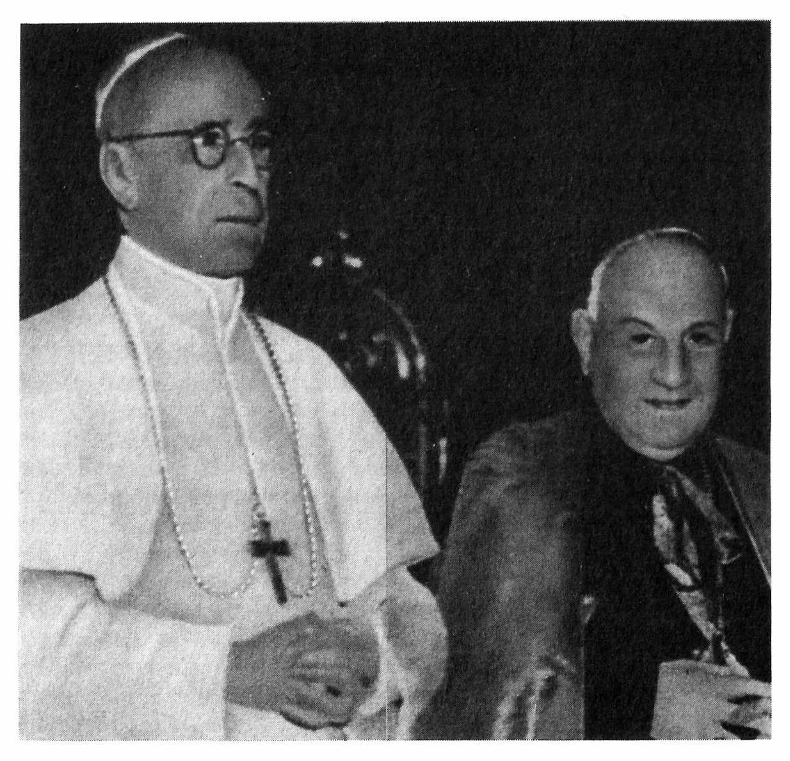
Angelo Roncalli conversando con el abad Escarré durante la visita que el primero realizó al Monasterio de Montserrat. ▶



ciaba demasiado, pero debió de calar mucho mejor que otros en lo que Roncalli llevaba oculto tan disimuladamente en su cabeza y en su corazón. Llegó a prohibirle el pasear a pie por París y entre toda clase de gentes —que era posiblemente lo que el nuncio más amaba en la vida—, y Roncalli se recluyó en la nunciatura. Pero quizás nada muestre mejor hasta qué punto este hombre se humilló con la mayor de las naturalidades hasta hacer invisible su auténtico yo, que aquel gesto de un joven y muy inteligente prelado francés, monseñor Chappoulie, obispo de Angers, que lloró de amargura y decepción el día que supo la elección de Cónclave de 1958 en la persona de monseñor Roncalli para suceder a Pío XII. O las palabras no exentas de cierta ironía que algunos cardenales franceses, que sin embargo estaban muy agradecidos a la defensa que el nuncio Roncalli había hecho alguna vez en Roma de la Iglesia francesa, pronunciaron al salir para el cónclave: «No hay más que una cosa segura: que el papa no será Roncalli.»

El Roncalli que seguramente no había comprendido en su profundidad la cuestión de los curas-obreros y que probablemente tuvo bastante que ver ya con su primera supresión, como escribe el mismo Rouquette con una intuición que las noticias posteriores parecen confirmar. El Roncalli que comprendió aún menos el problema escolar francés y que se extrañaba de que hubiese escuelas del Estado laicas y escuelas confesionales, que tenía ideas de régimen de cristiandad sobre éste como sobre otros extremos. Vista luego su vida a través del esplendor de su pontificado, todo adquiere un significado nuevo y preciso. Pero si Roncalli no hubiese llegado a la Silla de Pedro, los mismos gestos y frases o tomas de postura expresados a lo largo de estos años en Bérgamo, Bulgaria, Turquía y Francia, y luego Venecia, no nos hubieran parecido —en el caso de que algún azar o alguna curiosidad nos lo hubieran hecho examinar— sino la expresión de una espiritualidad muy común de un eclesiástico muy común.

Nadie hubiera dado importancia a que leía las *Cartas de Celestino V*, de Giovanni Papini, con gran regocijo y haciéndose eco de los fallos de la cristiandad allí denunciados, o que un día defendió a la teología francesa: «Dirá usted en Roma —le dijo al P. Rouquette en ocasión en que éste pasó a despedirle en vísperas de un viaje a la capital de la Iglesia y en las circunstancias dramáticas de la crisis de los curas-obreros—, donde se pretende que en Francia la teología de la Redención ha sido abandonada en provecho de la sola teología de la Encarnación, dígales que



El papa Pío XII recibía con frecuencia en audiencia privada a Roncalli, entonces nuncio en París.

no es verdad», lo que era una clara y simpática alusión al teilhardismo. Su mismo *Diario del alma* hubiese pasado quizás por la piadosa agenda de un piadoso cura que no ha superado a la hora de su muerte ni el nivel de sus devociones particulares a santos que, en un orden de valoración humano, pudiéramos llamar muy secundarios y pueblerinos, propios para la devoción ingenua de la santa galería de los fieles comunes y rezadores. Nadie se hubiera ocupado de que en París y en Venecia leyese a Bernanos, Mauriac, Mallarmé y Malraux, o que invitase a esta última ciudad a Igor Stravinski para interpretar un oratorio con texto de San Marcos.

Y no era hombre de libros, desde luego, pero demostró estar al tanto de todo lo esencial acerca de la aventura intelectual humana del siglo XX. Y apresó lo esencial entre el bosque de erudición y conflicto del pensamiento de nuestro tiempo, como sólo

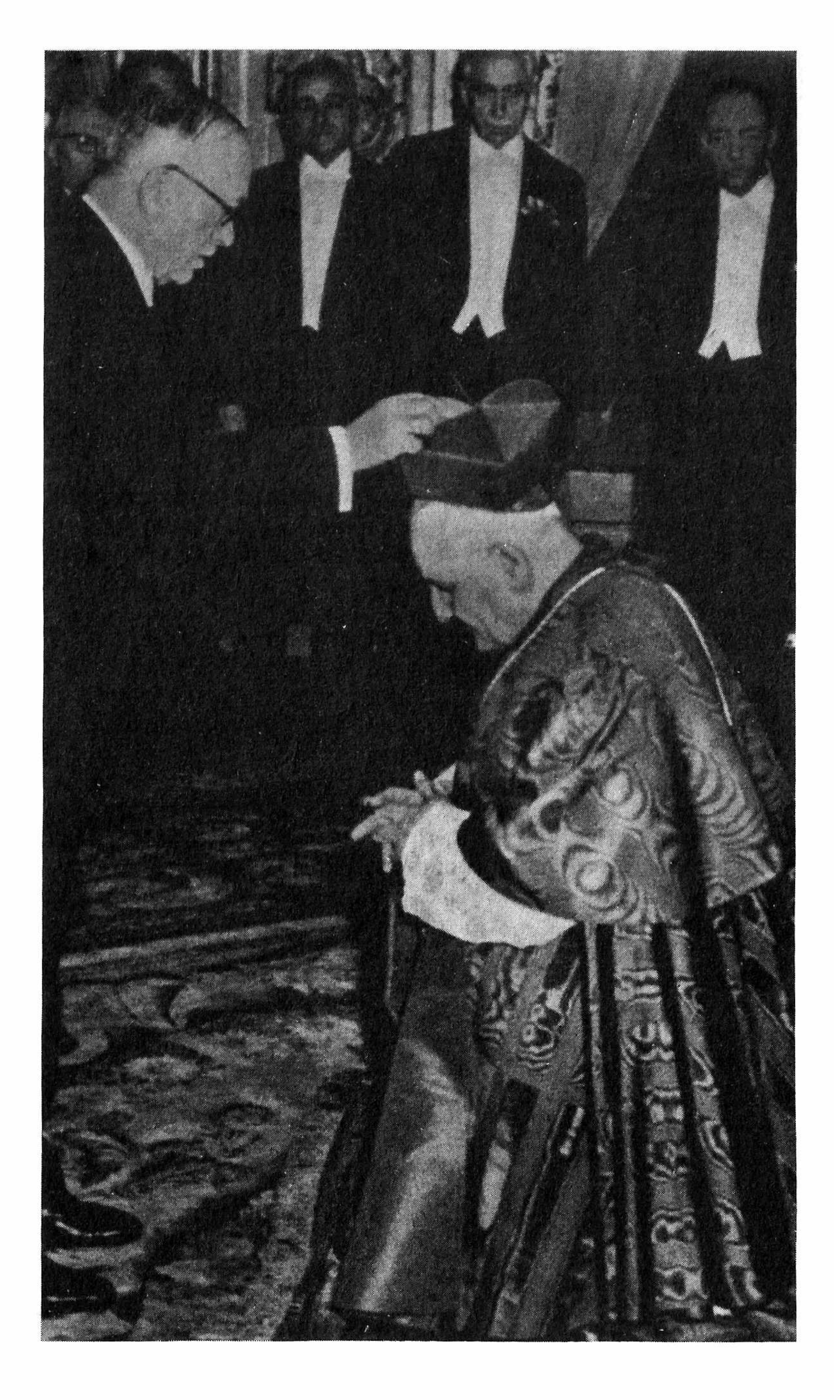
un hombre genial es capaz de hacerlo. Sin pretenderlo, confesaba una tarde este poder de intuición a Jean Guitton, señalándole la cúpula del observatorio de Castelgandolfo: «Mira —le dijo—, estos sabios astrónomos, para guiar a los hombres, se sirven de instrumentos muy complicados. Yo, en cambio, no los conozco. Yo me contento, como Abraham, con avanzar por la noche, paso a paso, a la luz de las estrellas.» Por eso, como Abraham, fue padre de muchos pueblos.

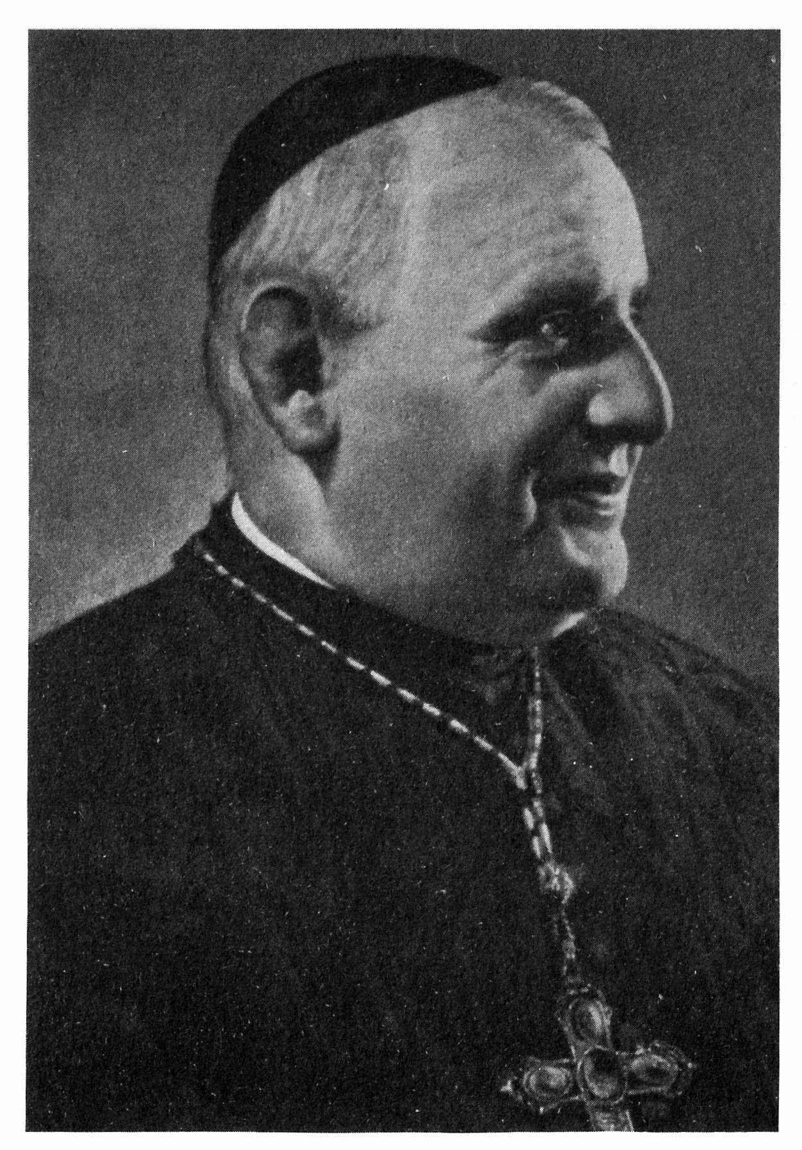
6. Patriarca de Venecia

Pero ahora iba a acabar la misión de Roncalli en Francia y se le concedía la púrpura cardenalicia, como hacía Pío XII con todo ex nuncio. Se le enviaba de arzobispo-patriarca a Venecia. Recibió el capelo de manos del presidente Auriol, y la alegría de esos días tuvo la tremenda contrapartida de un dolor muy íntimo: la agonía de su hermana Ancilla junto a cuyo lecho se trasladó el nuevo cardenal para consolarla y consolarse, días antes de la Navidad de 1952. Ante el dolor humano que roe su propio espíritu se refugia una vez más en el libro tercero del Kempis, y ante la púrpura tenemos un comentario suyo muy significativo, hecho cuando supo que ése sería su destino: «Llegaría entonces cabalmente a los setenta y cuatro años; era la edad que tenía monseñor Fioretti, conocido por sus estudios arqueológicos y, más tarde, secretario del Concilio, cuando fue nombrado cardenal por Clemente XIII en 1759, tras una espera de diez años. A tal edad no necesitaréis ya la púrpura escarlata de Tiro.» Y cuando fue nombrado: «No es un sacramento, ni un sacramental. Pero es una especie de meta y puede ser que la Providencia me prepare al otro lado responsabilidades que resulten después una cuenta difícil de pagar.» ¿Un presentimiento?

Partió de París el 23 de febrero y el 15 de marzo hacía su entrada oficial en Venecia. Algisi escribe que en estos días monseñor Roncalli tuvo continuamente ante sus ojos el espectáculo aterrador de las góndolas venecianas que tradicionalmente transportaban los despojos mortales de los patriarcas a la Isla de los Cipreses. Era ese gusto a ceniza que la Iglesia ha procurado que vaya unido a ciertos honores eclesiásticos para mostrar el envés y la inanidad de las glorias de este mundo; pero monseñor Roncalli era, de todos modos, un habitual meditador del «así pasa la gloria del mundo» de la *Imitación de Cristo* que se dice ante los papas, mientras se quema estopa en su presencia, el día de la coronación.

En Venecia tenía, por lo pronto, las manos más libres, y su



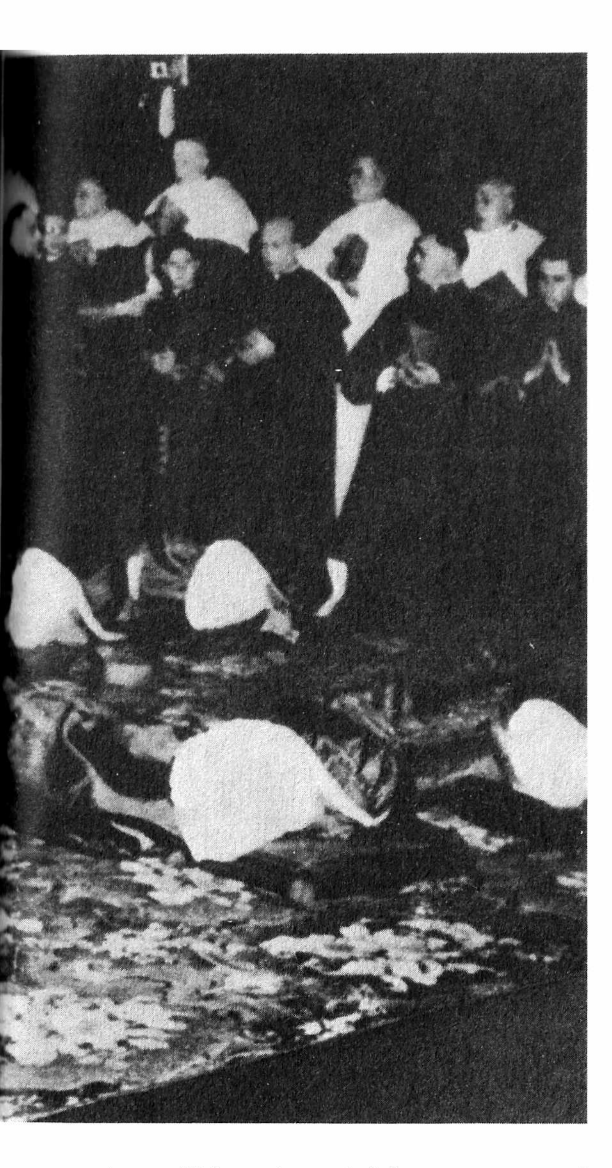


Roncalli, ya convertido en cardenal.

◀ *Roncalli recibiendo la birreta cardenalicia de manos del presidente Auriol, el 15 de enero de 1953.*

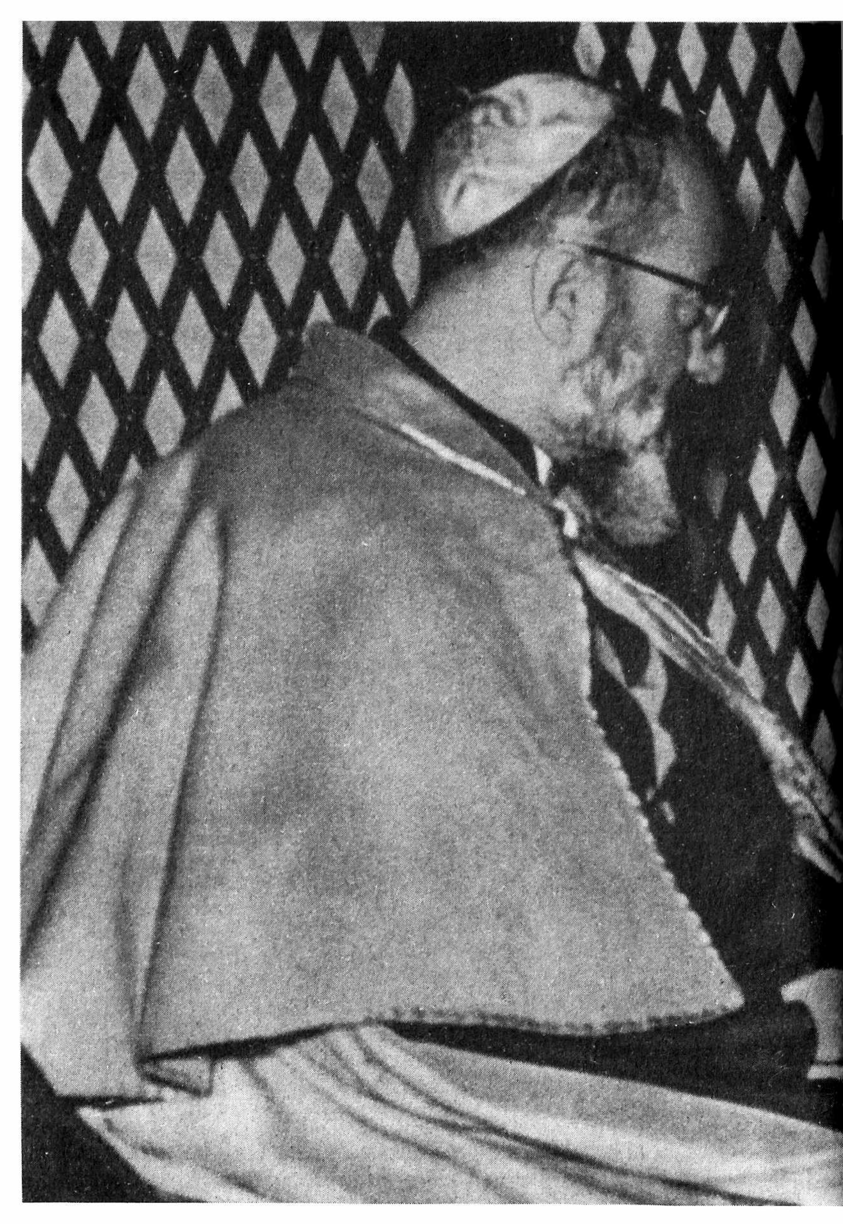


espontaneidad pudo florecer más ampliamente en esa misión pastoral que en los puestos diplomáticos. Apenas llegado, lanzó su programa: «Procederé como un padre, no como un carabinero» o «procuraré ponerme en contacto con vosotros, pero con simplicidad, no de un modo solemne, sino a pasos rápidos y silen-



Aunque el nuncio Roncalli formaba parte del grupo de cardenales nombrados en enero de 1953, no se encontraba presente cuando los nuevos purpurados se postraron ante el altar de la capilla de Santa Petronila.

ciosos. Tal es el papel del pastor: contar las ovejas una a una». Y esto hizo: charlar con la gente en los pórticos de las iglesias; recibir a quien quiera que llamase a la puerta del patriarcado, que con él perdió su viejo empaque; asistir a las regatas del primer domingo de septiembre de cada año; levantar el iconostasio



El legado pontificio Roncalli y el cardenal Agagianian tuvieron ocasión de encontrarse en el Congreso Mariano de Beirut, 1954. Ninguno de los dos



sospechaba entonces que poco después ambos acudirían al Cónclave como candidatos al solio pontificio.

de mármol de la catedral de San Marcos que impedía a los fieles la vista del altar mayor y del presbiterio, dividiéndolos a veces en categorías aun dentro de la misma iglesia; levantar parroquias; predicar el ecumenismo de la caridad con protestantes y ortodoxos; lograr que en la Exposición Bienal de Pintura no se mostrasen obras que no respetasen la dignidad de la carne humana —y monseñor Roncalli no era un puritano, precisamente porque era inocente como un niño y toda la obra del amor y de la carne siempre fue pura y grande a sus ojos—; levantar la prohibición de visitar la exposición a los sacerdotes; pedir también con gracia y cortesía a los participantes del festival de cine de 1958 que no lo convirtiesen en una exhibición de desnudos: «No pido a los turistas —dijo— que vengan a Italia con pieles y vestidos de lana. Pueden vestirse con esa seda americana moderna, fresca y suave, que es un verdadero refrigerador a precio económico. Italia, desde otro punto de vista, no está en el ecuador, y aun en el ecuador ¿no llevan los leones sus melenas y los cocodrilos su preciosa piel?»

Con ocasión del congreso socialista celebrado en la ciudad en 1957 dijo a sus fieles: «Otro congreso de más vastas proporciones, si no de tanta profundidad —se refería el cardenal como término de comparación a la reunión tenida allí por los magistrados italianos en torno a un difícil caso jurídico que levantó revuelos—, tendrá lugar en estos días en Venecia, con representación de todas las regiones de la península, el congreso del Partido Socialista Italiano.

»Os dirijo una palabra respetuosa y serena de buen veneciano que estima en mucho el don de la hospitalidad, cosa que se acomoda muy bien al precepto paulino según el cual el obispo debe mostrarse *hospitalis et benignus*. Por ello comprenderéis la importancia excepcional que doy al acontecimiento que reviste un relieve especial para el inmediato progreso de nuestro país.

»Quiero persuadirme de que está inspirado en el esfuerzo por llegar a un sistema de mutua comprensión en todo lo que más puede contribuir a mejorar las condiciones de vida y de prosperidad social.

»Es siempre doloroso, a veces profundamente doloroso, para un pastor de almas, tener que constatar que muchas hon-

El cardenal Roncalli, como patriarca de Venecia, preside un acto eclesiástico representando todo el esplendor de la Iglesia católica. ▶

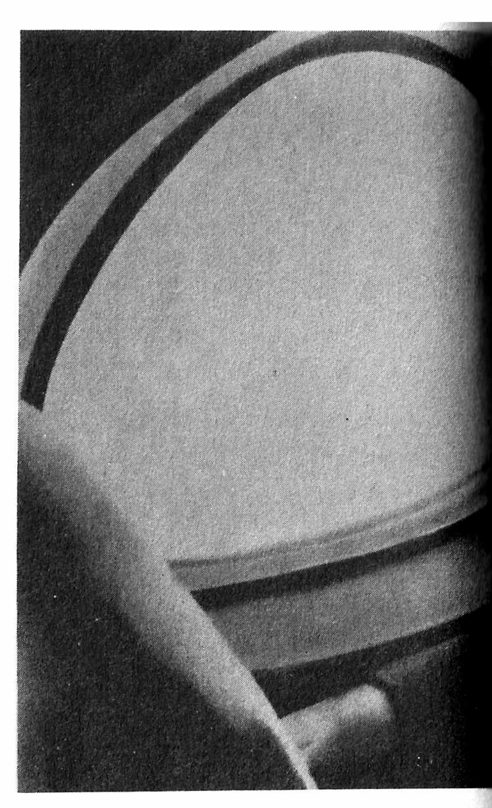




El día que el nuevo patriarca hizo su entrada en Venecia, fue una jornada de fiesta para la ciudad de los canales.

El cardenal Roncalli en su cargo de patriarca de Venecia supo ganarse el respeto y el cariño de la ciudad. ▶

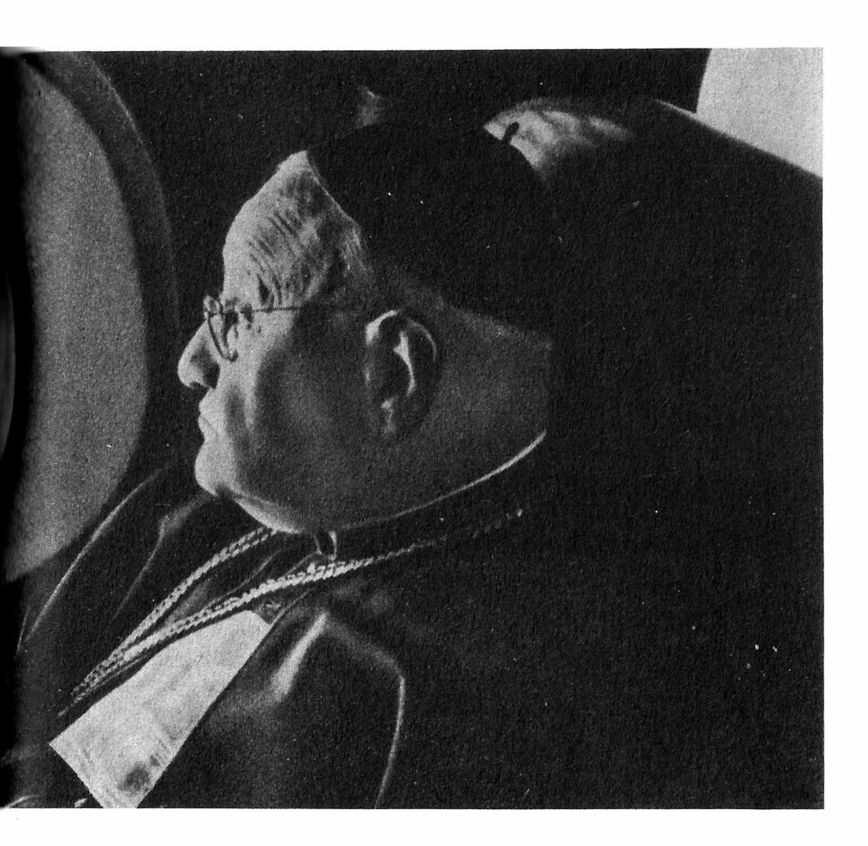




Angelo Roncalli en el avión que le trasladó a Lourdes con motivo de la consagración de la basílica subterránea de este santuario.

radas y selectas inteligencias quedan insensibles y mudas como ante los cielos apagados, ignorando o dando muestras de olvidar los principios básicos de aquel mensaje divino que, a través de las flaquezas de los hombres y de los tiempos, fueron el latir de veinte siglos de historia, de ciencia y de arte para honra de las naciones europeas. Es doloroso ver que se piensa poder lograr la reconstrucción del orden económico, civil y social moderno sobre las bases de otra ideología que no se inspire en el Evangelio de Cristo.

»Pero, dicho esto, con la franqueza que me permite mi posición espiritual, como es costumbre ante almas honradas, queda el deseo en mi corazón de que los hijos de Venecia, tradicionalmente hospitalarios y amables, contribuyan a hacer provechosa la reunión de tantos hermanos de todas las regiones de Italia para una común elevación hacia los ideales de la verdad, del bien, de la justicia y de la paz.»



Era éste un gesto de cortesía cristiana, pero al director del periódico católico local le pareció que el patriarca se excedía y quizás resbalaba. «Buena sal echáis vosotros», le había dicho Roncalli en otra ocasión.

Y no es sal sobre las heridas de los hombres lo que un cristiano debe echar, sino bálsamo de dulzura y entendimiento, que es lo que había hecho años atrás el patriarca al evocar la figura de Mussolini, por ejemplo, con ocasión de la conmemoración de los Pactos de Letrán. «Aquí tenéis al hombre que la Providencia puso delante de Pío XI... —dijo— y que se ha convertido más tarde en motivo de tristeza para el pueblo italiano.

»Pero es humano y es cristiano no negarle al menos este título de honor que en su inmensa desgracia le corresponde: su válida y decidida cooperación al estudio y a la conclusión de los Pactos Lateranenses; y confiar su alma humillada al misterio de la misericordia del Señor, que en la realización de sus designios



La nueva basílica de Lourdes durante su consagración por el enviado del papa, el cardenal Roncalli.

suele escoger los vasos más acomodados a cada necesidad y, cumplida la obra, los rompe como si no hubieran sido preparados más que para esto.

»Hijos y hermanos míos: sé que vosotros leéis en mi corazón. Respetemos también los trozos de este vaso roto y hagamos útiles en nosotros mismos las enseñanzas que de este hecho se derivan.»

Se disponía a salir el patriarca para Iesolo en una de sus visitas pastorales en octubre de 1958, cuando le llegó la noticia de la grave enfermedad del papa Pío XII y, en seguida, la de la muerte, el día 9. Monseñor Roncalli hizo el elogio más filial y sincero del fallecido pontífice y partió para el Cónclave, fijado para el día 25 de ese mes. Al obispo de Bérgamo le escribía: «El alma se tranquiliza con la confianza de un nuevo Pentecostés que podrá dar a la Santa Iglesia, con el renovamiento de su cabeza y la reconstitución del organismo eclesiástico, un nuevo vigor hacia la victoria de la verdad, del bien y de la paz.» Eran las mismas fechas en que un arzobispo francés, interrogado sobre quién sería elegido, respondía con cierto desdén un tanto melancólico: «¡Un Roncalli cualquiera!»

7. El papa Juan

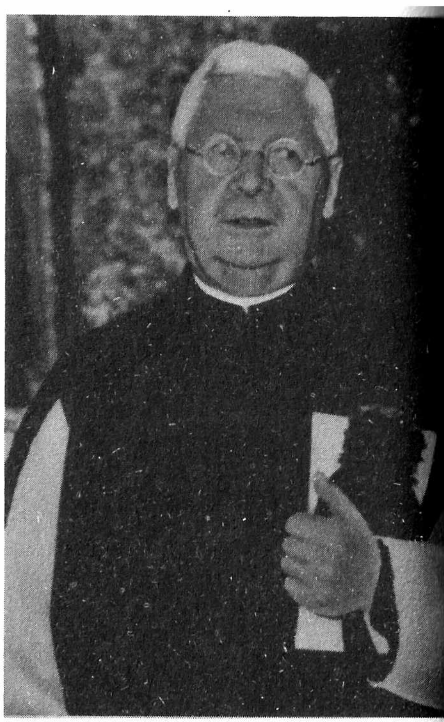
¿Quién era, en efecto, este monseñor Roncalli? ¿Qué pasó en el Cónclave para que fuese elegido? ¿Quiénes pensaron en él seriamente cuando se encerraron en sus celdas? ¿Cómo se desarrollaron el avance de candidatos y la votación? ¿Pensaron los cardenales de Curia, al ver destacarse el nombre de Roncalli, en el dócil intrumento que siempre había sido en sus manos y soñaron lógicamente que sería un nuevo Pío X, bueno como el pan, ligado a la más pequeña de las tradiciones y manejable como un crío? ¿Pensaron los cardenales franceses que al fin y al cabo les había defendido y sacado de apuros? ¿Pensó la mayoría del sacro colegio —o fue pensándolo poco a poco y resignándose a ello— en que este hombre bueno, del que todo el mundo guardaba buen recuerdo, sería un «impasse», un respiro de unos pocos años para la Iglesia? ¿A quién votaría monseñor Roncalli? ¿Tenía, al ser elegido, una idea realmente clara, un planteamiento riguroso de los problemas concretos que se ventilaban en aquel momento de la Iglesia?

Todo parece indicar que no. Juan es un profeta. Siempre se ha dejado llevar por la voluntad de Dios, como Habacuc fue transportado por el ángel por los cabellos. Había soñado en ser cura rural y se le había arrebatado esta ilusión que le traicionaría constantemente: un cuerpo obeso y pesado, unas manos grandes de campesino, unos brazos con el movimiento típico del labrador que los tiene ocupados constantemente y no acierta a componerlos con su figura; unos grandes ojos pardos, maravillosos como los de un crío; una sonrisa de hombre bueno y simple, una seriedad infinita cuando reza y en sus horas amargas. Era un gran amador de la vida: le gusta el queso con pasión —los fuertes quesos franceses, y concretamente el roquefort— y el buen vino de Borgoña, los grandes cigarros. Y confesaba con fruición que dormía perfectamente, a pierna suelta, como el buen trabajador que ha hecho bien su jornada. Pero tenía sus insomnios como todo «padre de familia» —y la suya era inmensa y compli-



El cardenal Canali pronuncia la frase Habemus papam *desde el balcón central de la basílica vaticana. Era el año 1958.*





A la izquierda, quiniela sobre las elecciones pontificias de 1958. A la derecha, monseñor Di Jorio, nombrado cardenal por el recién elegido papa Juan XXIII.

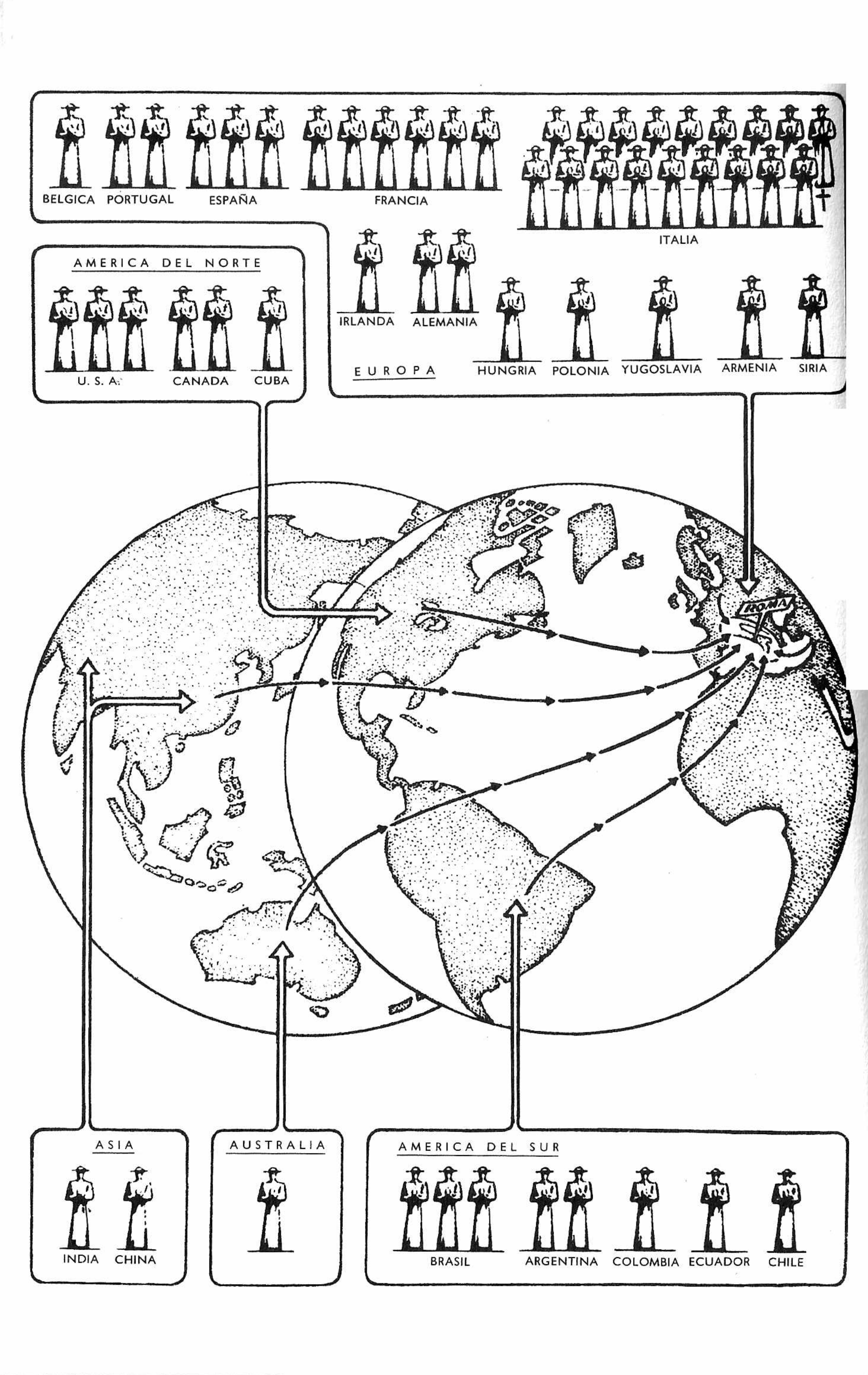
La juventud de Sotto il Monte celebra la elección de Roncalli como papa. ▶

cada—, y entonces, como él mismo nos lo contaba refiriéndose a la noche de la fecha en que anunció la idea de un concilio, daba vueltas en la cama y se decía: «¿Por qué no duermes, Juan? ¿Eres tú quien gobierna a la Iglesia o es el Espíritu Santo? Es el Espíritu Santo, ¿verdad? Pues bien, Juan: duerme tranquilo.»

Tenía una fuerte naturaleza, que lo mantuvo en pie constantemente hasta muy pocos días antes de su atroz muerte, y ésta todavía hubo de luchar para vencerle en una larga agonía. Una naturaleza que le ayudó siempre a sobrenadar en los dramáticos instantes que le tocó vivir, sin resentirse apenas y permitiendo así aquella robustez y serenidad del pensar y del decidir. Un temperamento eufórico, vital, rebelde a toda ascesis, cuyo fracaso ya pudo comprobar en los años de seminario —como



W IL PAPA
RONCALLI



BELGICA
PORTUGAL
ESPAÑA
FRANCIA
ITALIA
AMERICA DEL NORTE
U. S. A.
CANADA
CUBA
IRLANDA
ALEMANIA
EUROPA
HUNGRIA
POLONIA
YUGOSLAVIA
ARMENIA
SIRIA
ROMA
ASIA
INDIA
CHINA
AUSTRALIA
AMERICA DEL SUR
BRASIL
ARGENTINA
COLOMBIA
ECUADOR
CHILE

El mariscal del Cónclave, príncipe Chigi, fue el encargado de que la elección del nuevo pontífice transcurriera sin incidencias.





Sellos con los que fue precintada la puerta de la Capilla Sixtina durante el Cónclave de 1958.

◀ *Esquema de la distribución por nacionalidades de los cardenales que participaron en la elección papal de 1958.*



El nuevo papa Juan XXIII imparte por primera vez su bendición urbi et orbe *desde uno de los balcones que dan a la plaza de San Pedro.*

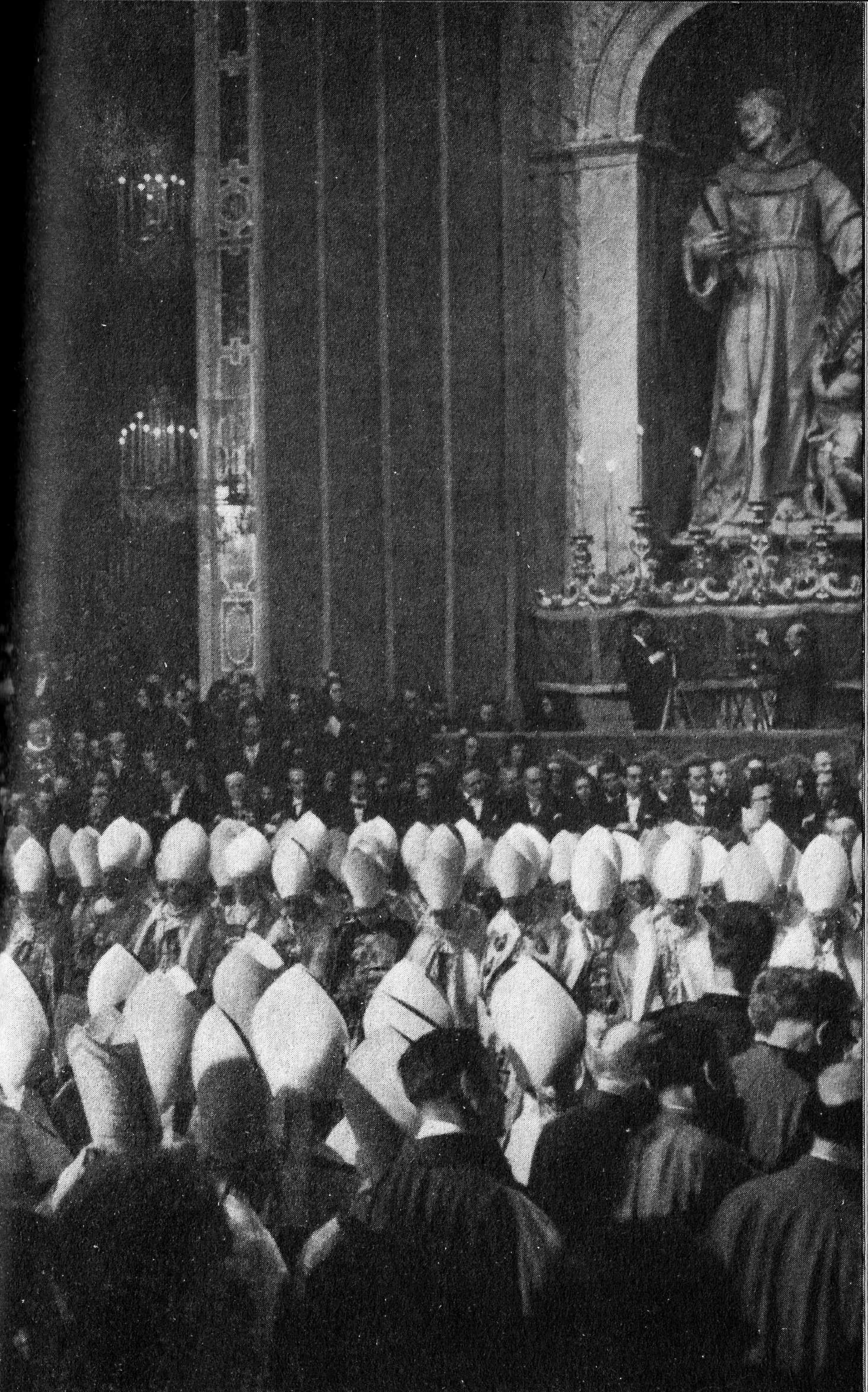
Uno de los solemnes momentos del acto de coronación en el que cardenales, arzobispos, obispos y abades hacen voto de obediencia al papa. ►





El papa Juan XXIII es llevado a través de la nave de la iglesia de San Pedro sobre el mismo trono utilizado por Carlomagno.

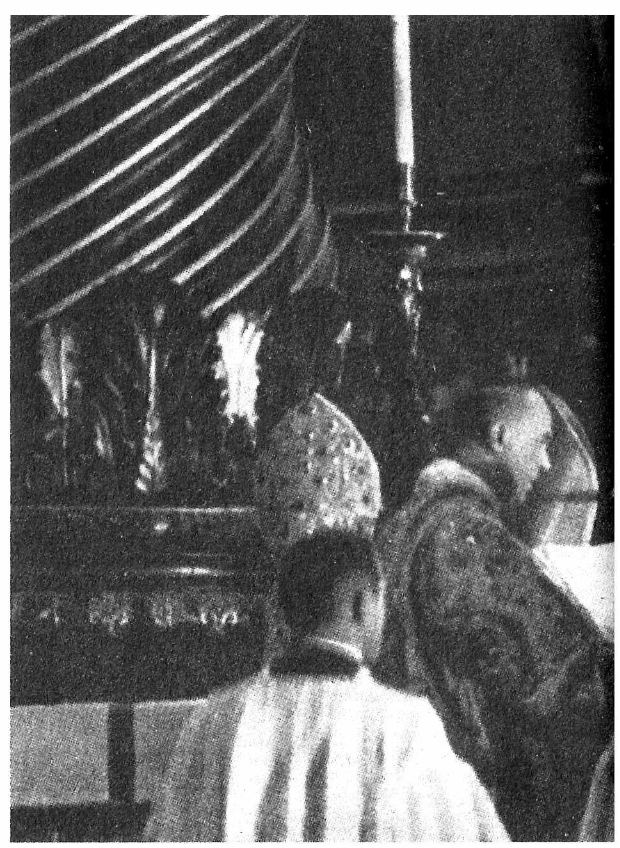
Los príncipes de la Iglesia, formados en varias filas, rinden homenaje al sucesor del Apóstol Pedro. ▶







Un momento solemne y culminante de la misa de coronación.



◀ *Doble página anterior: Juan XXIII es coronado con la tiara papal, a la vista de la multitud que espera en la plaza de San Pedro. La triple corona es de oro y pesa tres kilogramos.*

queda dicho arriba—, imposible de tocar por el romanticismo o el idealismo. Por eso conmueve tanto su piedad de niño, su ternura, su infinita delicadeza, incapaz de matar una hormiga en el sentido literal, y atento constantemente a no herir a nadie.

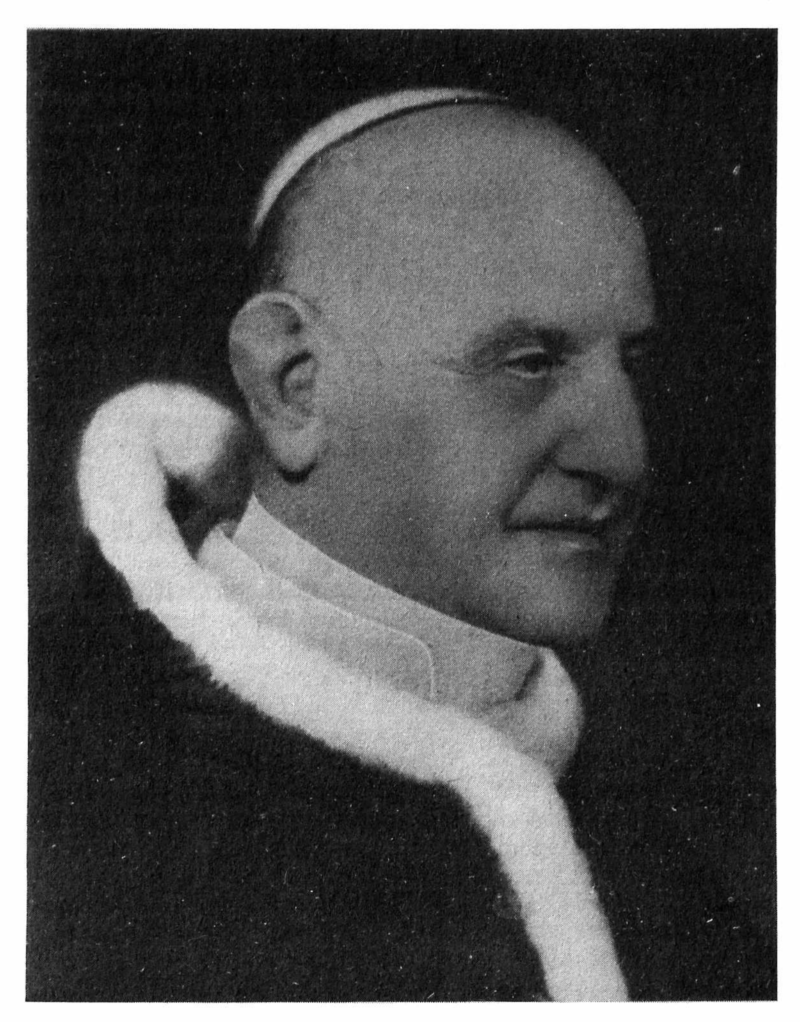
El cardenal Stephan Wyzynski, de Polonia, ha escrito de él: «Era extraordinariamente sensible a la vida humana..., y la contemplaba con el ojo del historiador, relacionando todos los fenómenos particulares, impresiones y acontecimientos en una vasta síntesis general... Su manera de pensar era verdaderamente cristiana, impregnada de una gracia que coronaba el orden natural... Pero no solamente pensaba de esta manera, sino que actuaba de esta manera. Emanaban de él bondad y sabiduría.»

Hombre de talento genial, era poco inclinado a los libros. Nada intelectual. Nada teólogo. Poco preparado para discernir



técnicamente muchas cuestiones y para hacerse cargo de ciertas problemáticas modernas, las aferraba intuitivamente en su entraña, que es lo distintivo del genio. Le gustaban las gentes, la charla, los chistes un tanto convencionales, inoportunos quizás según las reglas del juego del *esprit mondain*. No sé si muy deliberadamente no se propuso ser el «cura-zapatones» que fue su modelo: el cardenal Baronio. Aficionado a los papeles viejos y a la historia, centró su atención sobre la figura de San Carlos Borromeo y la contrarreforma barroca de su diócesis como un tributo a su tierra natal, de la que siempre tuvo gran nostalgia. Pero, no faltándole ni agudeza crítica, ni espíritu de síntesis, ni visión penetrante, ni estilo fluido y sensible a la belleza formal y profunda, esa su obra monumental y que resulta muy útil no tiene nada de brillante, ni de intelectualmente inquietadora.





Una de las primeras fotografías del papa Juan XXIII.

◀ *El papa sentado en el trono blanco, junto al altar mayor, durante uno de los momentos de la misa de coronación en la iglesia de San Pedro.*

Era naturalmente humilde en todas las posibles acepciones de esta palabra y pensó siempre que se le había concedido por el cielo el mejor medio familiar posible, incluso como clase social. Gozaba contando con sencillez y malignidad cómo sus hermanos campesinos no habían sido capaces de hacerse la corbata cuando fueron a visitarle a París, y se rió de la mejor gana con el engolado funcionario vaticano que, como era de rigor, le preguntó, recién elegido, qué clase de títulos de nobleza iba a dar a esos sus hermanos: «¿Se imagina usted a mis hermanos con frac y condecoraciones? —le respondió—. Además, ya están próximos a convertirse en *conti* (condes), puesto que ya son *contadini* (campesinos).»

Juan XXIII, desde luego, está ante todo en estos gestos de humor auténticos o aun apócrifos. Son algo más que pura simpatía humana o bondad de abuelo. Son toda una profunda teología, un don del Espíritu de Dios; el más profundo de los dones humanos. Y un papa que comienza tomándose en broma a sí mismo es un polvorín; después lo hemos sabido.

Pío XII había vivido hasta el paroxismo un cristianismo de tensión, una fe llena de carga intelectual y dramática, una ascesis jesuítica. Hay mucho en él seguramente de Agustín de Tagaste y de Pascal; encarna una religiosidad de Getsemaní o de Calvario, de Redención. Tiene un sentido que pudiéramos llamar trágico de la carga pontifical, agudizado por las terribles circunstancias que le tocaron vivir y en las que hubo de hacer las más difíciles opciones cristianas. Se mostró constantemente muy preocupado por asentar jurídica y políticamente el Reino de Dios en el reino de este mundo, y por las exigencias más arriesgadas de la encarnación histórica de la Iglesia en un mundo que cambiaba profundamente de rumbo y de dirección histórica. Era muy consciente de ello y le gustaba repetir que él sería el último papa que lo conservaría «todo»; esto es, toda una herencia de siglos que ya abrumaba sus hombros.

Juan XXIII, por el contrario, es hombre de fe sencilla, popular, sin complicaciones intelectuales, sin dramatismo alguno. Hay en él mucho de la espiritualidad de Francisco de Asís: optimista, espontánea, humilde, obediente. Una espiritualidad de la Encarnación, de Belén y de Resurrección. Vive un pontificado

Cuatro de los hermanos del papa, que asistieron junto a algunos de sus parientes a la misa de coronación de su hermano Angelo en la iglesia de San Pedro (abajo). ▶







El padre Alvareda muestra a Su Santidad Juan XXIII uno de los ficheros de la biblioteca regentada por él.

◀ *Gabinete de trabajo del pontífice en su modesta casa de Sotto il Monte.*



Su elevación a Sumo Pontífice no cambió en nada el modo de ser de Angelo Roncalli. Cuando se dejaba ver por las calles de Roma, su afabilidad y jovialidad eran las mismas de siempre.

como viviría siendo párroco de aldea, sin contorsiones, como si no fueran con él las cosas, sin dejarse robar ninguna de las cualidades humanas por cierto hieratismo sagrado, y se preocupa sobre todo de que la Iglesia sea un fermento en un mundo hostil a quien tiende sus brazos. Para ello no dudará en sacudir dorados y hasta sacralizados posos de polvo seculares, depositados a tra-

vés de la historia. Con esa facilidad que él tenía para sustraerse a todo lo mítico humano: los grandes momentos, los grandes gestos, los lirismos, las expresiones dramáticas o trágicas de la realidad. Como la criadita —él fue realmente el siervo de los siervos de Dios— que golpea sin mayores preocupaciones los viejos famosos cuadros un poco amarillentos y descorre las viejas históricas cortinas, abriendo las ventanas de par en par, como él mismo dijera a un visitante, para que entrase un poco de aire en la Iglesia. El Viento del Espíritu de Dios, pero también una cierta brisa mundana, porque él no consideraba que el mundo fuese la ciudad maldita de la visión agustiniana.

Juan XXIII ama a los hombres y los mide sin idealismos y sin desprecio, con su vieja sabiduría campesina y con esa lucidez que él encuentra en la Sagrada Escritura para juzgar la historia humana. Es curioso que este asiduo lector de la *Imitación de Cristo*, en la que Tomás de Kempis ha estampado con frecuencia el pesimismo mundanal más atroz, sea un tan profundo amador de los hombres y tenga tanta confianza en ellos, aun conservando a la vez un conocimiento lúcido y casi despiadado de su lado débil y oscuro —que Juan estimaba más visible que trágico— ante el que toma precauciones muy realistas, como nos indica un adagio que él gustaba de contraponer a los viejos gestos heroicos: «Nuestros viejos tiempos de lucha —le decía a un amigo ya en 1921—, de los cuales yo escuché todavía los últimos ecos, tenían por lema el *Frangar, non flectar*. Yo, en cambio, prefiero el mote a la inversa: *Flectar, non frangar* ("Me quebraré, pero no cederé. Cederé, pero no me quebraré"), sobre todo cuando se trata del orden práctico, y creo que tengo a mi favor toda la tradición de la Iglesia».

Y porque siempre se inclinó ante cada hombre, ante cada circunstancia, ante cada problema o familia espiritual de nuestro tiempo, es por lo que el mundo se sintió a gusto con él y bebió con avidez cada uno de sus gestos y palabras; este mundo que parecía ya sordo y ciego, desde hacía decenas de años, a todo lo que ocurriera en esa vieja Iglesia católica a la que se le había diagnosticado esclerosis irrecuperable y mortal de necesidad o, cuando mucho, una pura supervivencia de museo o de momia. Pero, de repente, el Espíritu de Dios sopló sobre lo que estaba rígido y volvió a correr el calor y la flexibilidad de la vida; a través de su profeta Juan. Un hombre, ante todo un hombre solamente, y de los que van por las aceras al trabajo, sin conciencia alguna de su importancia. De modo que, desde el primer día, desmitificó el papado.



No toleraba el comer solo, como quería la etiqueta; dijo que su primera impresión, al verse revestido de las ropas pontificales, había sido la de estar metido en una camiseta o un saco, porque en su abundosa humanidad parece que tampoco había pensado el sastre conclavista y, a todas luces, no se había preparado una sotana para él; al cardenal Cushing, de Boston, le confesó también de la vida palaciega vaticana: «Estoy aquí metido en un saco», y dio razón a su hermano Giuseppe, que le decía que era un prisionero del lujo. El día de su elección y el de su coronación anotó que su recuerdo más profundo había sido para sus padres, como cada hombre recuerda a los suyos el día de algún triunfo o gozo humano: con los ojos humedecidos y una nostalgia infinita. No dijo que tuviera más «altos» y «sobrenaturales» artificiosos pensamientos. Salía del Vaticano sin previo aviso y se escapó una madrugada a pasear por los jardines vaticanos porque no tenía sueño y le apetecía un paseo. A diario dio su medida de hombre común entre los hombres.

Si se sentía conmovido, no ahogaba sus emociones humanas, según las reglas del autodominio de los grandes de este mundo, que destrozan su corazón antes de dar a entender que pertenecen al barro común de los hombres. Así, por ejemplo, en la cárcel romana de Regina Coeli besó emocionado a un preso para devolverle la paz y la confianza en sí mismo; a un homicida que se encontraba tan miserable ante la presencia y las palabras del papa, que creía que para él no podía contar la piedad de Dios. Y casi siempre que se asomó a la ventana de su despacho para hablar a los fieles reunidos en la plaza de San Pedro, se perdió en una especie de oratoria muy curiosa en la que el corazón lo era todo y el rigor de las ideas poco contaba. La tarde de la inauguración del Vaticano II se fijó en la espléndida luna que lucía sobre Roma y se acordó de los niños que esperarían la vuelta de los mayores que allí estaban reunidos: «Al volver a casa —dijo— encontraréis a los niños; hacedles una caricia y decidles: "Esta es la caricia del papa."»

Como cualquier mortal de nuestro tiempo, estuvo un día a punto de ser atropellado por un coche durante un paseo, y Dios le hizo desposar a esta humanidad del siglo XX de tal manera, que hasta murió del mal cuyo nombre nos resulta impronunciable y siega inmisericorde tantas vidas humanas diariamente: un

◀ *El papa Juan XXIII impartiendo su bendición.*

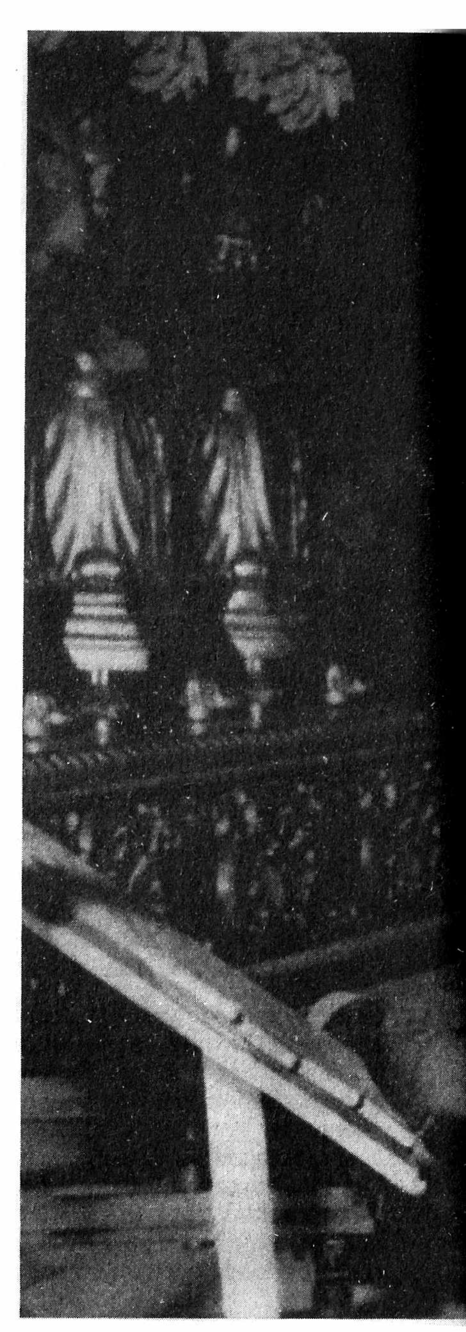


Su Santidad el papa acompañado de algunos cardenales: Urbani, de Venecia; Montini, de Milán, que en 1963 accedería al trono papal con el nombre de Pablo VI, y Lercaro, de Bolonia.

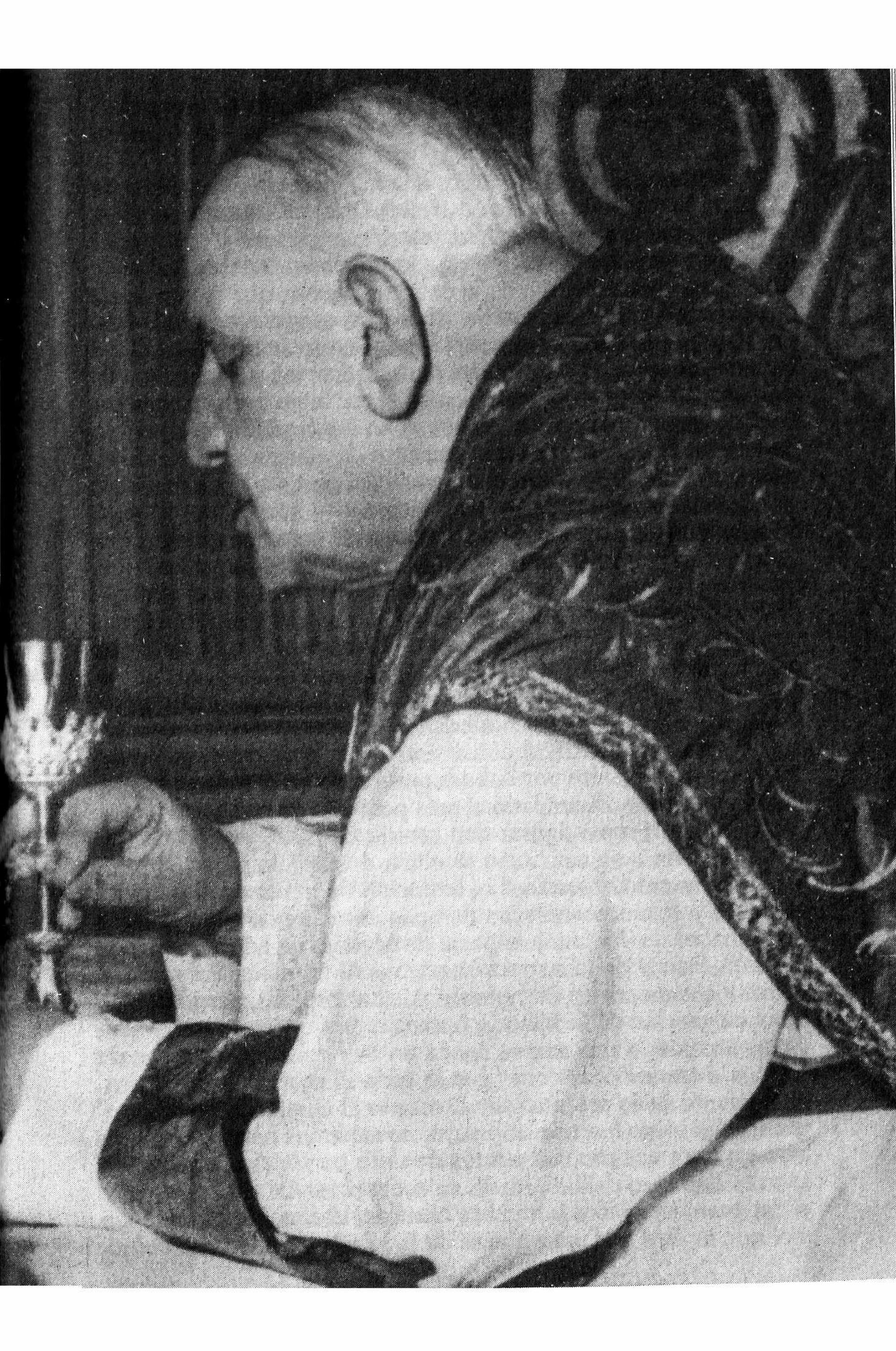
cáncer de estómago. Sus golpes de genio e ingenio, llenos de candor, eran sin embargo «corrosivos», como corrosivo es el humor del Evangelio o corrosivas eran las piruetas y locuras del señor San Francisco cuando hacía el bufón por los caminos o cuando inventó los «nacimientos» o «belenes», terribles reproches al egoísmo, la riqueza y la insolidaridad de los que se llamaban cristianos. Juan XXIII decía tranquilamente de una de las estatuas de la plaza de San Pedro que parece señalar con su mano hacia el exterior de la misma —y para frenar la demasiada inclinación tan vaticana a multiplicar leyes y mandatos canónicos—, que que-



ría decir que lo que se preceptuaba en la Iglesia se practicaba allá fuera. Otro día se presentó de improviso en la pequeña iglesia romana de San Agustín, en la que se venera una imagen de Nuestra Señora del Buen Parto, a pedirle por el difícil alumbramiento del Vaticano II, cuyo ambiente empezaba a encresparse, a su sabor por cierto, como cualquier mujer del pueblo confía allí a la Madonna la promesa del nuevo ser que lleva en su vientre y cuyo rostro trata de adivinar con ternura. Y todavía, en otra ocasión, un alto prelado de la Curia le encontró armado de una regla graduada e inclinado sobre un esquema conciliar prepara-



El papa Juan celebró una misa rezada en la capilla privada del Vaticano en las primeras horas de la mañana del día 28 de noviembre de 1958, fecha de su setenta y siete cumpleaños.



do por los teólogos curiales y que había excitado su curiosidad: «Mire, en este esquema ¡hay treinta centímetros de condenaciones!»

La misma idea del Concilio, que fue fruto de una rápida inspiración, la anunció riéndose con cierto estilo de travesura, y hay que imaginar a aquel fabuloso rostro de grandes y apicarados ojos, bajo pesados párpados que le prestaban interés, mirando de reojo y como divirtiéndose con la sorpresa que iba a causar esa noticia que él sabía era un verdadero terremoto para la Iglesia. Hay que volverle a contemplar hundiendo ambos brazos bajo las suntuosas ropas pontificales para alzarse los pantalones o introducir la mano en el bolsillo para sacar el ya archicélebre pañuelo y enjugar su rostro sudoroso en las grandes ceremonias. Monseñor Dante, el entonces maestro de ceremonias, debía indicarle tímidamente la inconveniencia del gesto, y era estupendo —y corrosivo para el hieratismo vaticano— sorprender al papa golpear con su mano la de su maestro de ceremonias para que le dejase en paz. Y el pañuelo de Juan se izaba triunfante de nuevo en su mano. Era como el nuevo báculo pastoral: el símbolo de que la Iglesia volvía a ser casera y humanísima, el símbolo del consuelo de las lágrimas del mundo, la bandera blanca de la paz para las viejas divisiones religiosas, políticas e ideológicas; un estandarte humilde, pero victorioso, contra las viejas incomprensiones, la ruina del angelismo cristiano.

Pero si Juan XXIII significa, ante todo, la desmitificación del papado precisamente por haber conservado en él toda su humanidad y no haber disimulado el más pequeño de sus gestos, conviene que su propia figura, que tanto nos ha sugestionado, no sea mitificada a su vez. Juan significa demasiado para la Iglesia y para el mundo, y era fácil la tentación de hacer de él un hiato absoluto y solemne entre los tiempos anteriores y posteriores a él; de hacer de Juan una especie de Mesías, de héroe mítico de lo evangélico y de lo extraordinariamente humano. En realidad se trata solamente de un hombre dócil al Espíritu, pero también a las exigencias de la historia humana, que opera la transición, efectivamente, a una nueva época en vez de limitarse a ser un papa «de transición», como pensó todo el mundo y como probablemente se lo propuso ser él mismo al comienzo de su pontificado. Si luego fue transformado, no sabemos hasta qué punto lo fue contra sus propios puntos de vista personales, aunque en todo lo que hizo dejó marcado su estilo personal más profundo: el del Juan evangélico y hombre humilde, vitalmente espontáneo y al que la vida en las fronteras de la Iglesia y de la cristiandad,

donde ciertas formulaciones y ciertos modos eclesiásticos no tienen demasiado sentido, han dado una singular manera de ver las cosas más esencialmente, por encima de todo juridicismo o formulismo intelectual, más amplia y católicamente que desde el *ghetto* intelectual de un sistema de convicciones y un juego ya automático de reacciones y contrarreacciones, de tics nerviosos incluso, frente a lo simplemente diferente, que esteriliza toda posibilidad de contacto. Juan es así el hombre exactamente providencial, preparado providencialmente desde la estrechez mental y espiritual del horizonte provinciano en el que se educó hasta esta amplitud de horizonte en que ahora se sitúa. En Juan se sienten reconocidos todos los cristianos conscientes de su encierro y en lucha por salir de él vanamente durante algunos siglos. Juan es el hombre que da con la fórmula para escapar de ese *ghetto* católico, el que abre la puerta y por ella se precipita un torrente de vida que estaba ahí, pero detenido por muchos miedos, por tentativas erradas o infructuosas y circunstancias adversas.

Este hombre no es un eclesiástico «romano», encerrado hasta la autocomplacencia en su convicción de ser el centro del universo en aquella plaza barroca de San Pedro, cuya grandiosidad y fortaleza la predisponen a ser el centro del mundo, efectivamente. Conoce bien el mundo que existe fuera de la columnata de Bernini y su primera preocupación será por ese mundo, por entenderse con él. Toda una serie de desgarros y murallas le separan de la cristiandad, y esta misma cristiandad está dividida y desgarrada. Y ese mismo mundo sufre mil desgarros que oponen unos a otros a los hombres hasta el punto de que el viejo obsceno fantasma de la guerra, que Juan ha vivido y conoce de cerca, amenaza de nuevo a la humanidad. Su tarea será la de encontrar un lenguaje común e inteligible para ese mundo; tratar de cerrar las supurantes llagas de las iglesias separadas de Roma; sentar las bases objetivas, estructurales y psicológicas de la paz, que son la libertad política, la justicia social y el respeto a la dignidad humana, la valoración preeminente del hombre sobre las ideas. Pero es también el primero en darse cuenta de que hay muchas cosas en la Iglesia que oscurecen su rostro verdadero ante ese mundo, que impiden que su voz sea comprendida, y es testigo dolorido de cómo muchas categorías medievales del pensar o el sentir o muchas estructuras jurídicas de esa Iglesia chirrían con el estridente ruido del anacronismo, cada vez que se trata de hacer camino hacia el corazón del hombre del siglo XX.

Pero también sabía que el Evangelio, cuando se le conserva su prístina frescura, sigue siendo tan fecunda levadura como el

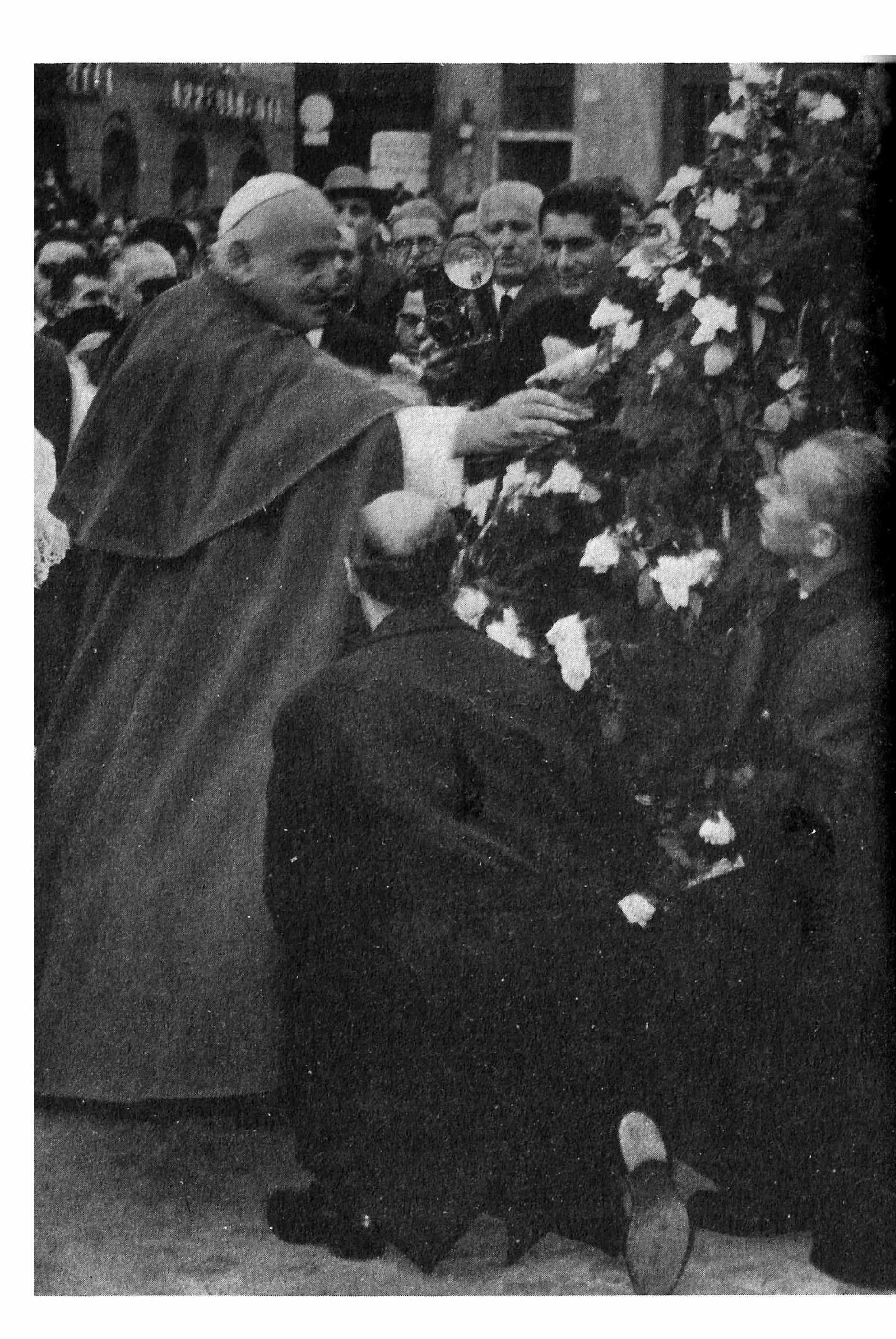
primer día en que fue dicho. Y de este hontanar de preocupaciones saldrá la idea del Concilio, espontánea e improvisadamente, como una inspiración de lo Alto, como una respuesta a esos problemas, y cuando la simple idea de un concilio pensada lógicamente parecía descartada en el orden práctico por la eclesiología, oficial al menos, que tras el Vaticano I consideraba caducada y quizás peligrosa —viejos terrores de conciliarismos y galicanismos y aun de espontánea expresión de la opinión en la Iglesia— la misma posibilidad de una asamblea del cuerpo episcopal.

8. Los signos de los tiempos: ecumenismo, socialización, paz

De todas formas, mucho antes de que naciera en el papa la idea de un concilio, desde los primeros días de su pontificado, Juan XXIII recibe a gentes extrañas y pronuncia frases no menos extrañas. Hay incluso alguno amigos personales del pontífice que justifican con largueza las conclusiones de aquel chiste atribuido a François Mauriac y según el cual, al ser preguntado éste sobre su preferencia de ir al cielo o al infierno, contestó: «Al cielo por el confort, pero por los amigos...»; porque, efectivamente, los amigos de Juan XXIII, los miles de hombres que por primera vez aman a un papa en él, estaban casi todos en las listas negras oficiales que muchos pasarían al príncipe del infierno para su inmediato cumplimiento.

¿Adónde va, pues, este hombre? Son muchos los que empiezan a inquietarse cuando Juan XXIII comienza a saltarse algunas teologías muy «seguras». Probablemente era consciente de su fama de hombre de poca teología, que a tantos había tranquilizado el día de su elección, y un día dio públicamente un inquietante sesgo e interpretación a esa su fama. Refiriéndose a los problemas dogmáticos que dividen a los cristianos, dijo a un observador anglicano en el Concilio: «Son los teólogos los que nos han metido en estos apuros; ahora nos toca a los cristianos ordinarios, como usted y como yo, salir de ellos.»

Pero, dos años antes, había recibido en el mismo ostensible espíritu al primado anglicano de Inglaterra, doctor John Fisher; y así dos Juanes, llenos ante todo de buen humor cristiano, harían que dos iglesias que llevaban sin saludarse, y desconociéndose por lo tanto mutuamente, quinientos años, se abrazasen y reconociesen bajo el mismo amor de Cristo. Lord Halifax, el ilustre prócer inglés, preocupado por el ecumenismo en una hora de primicias ecuménicas, cuando los coloquios de Malinas de 1922, en que todavía subsistían con mucha fuerza malentendidos y odios, había soñado siempre en un encuentro como éste entre el arzobispo anglicano de Canterbury y el papa católico de Roma,



y había ofrecido su vida por que se realizase algún día. Ahora se realizaba plenamente. Y Juan XXIII recibiría aún otras muchas visitas significativas de este espíritu, aun antes del Concilio: al presidente de la Iglesia episcopal de los Estados Unidos, obispo Arthur Lichtenberg, y al presidente de la convención nacional bautista del mismo país, doctor J. H. Jackson. En 1962, al doctor A. C. Craig, moderador de la Asamblea general de Escocia; al profesor Schlink, de la Universidad de Heidelberg y de la Iglesia evangélica alemana, y en ese mismo año es el propio papa el que envía una comisión pontificia a monseñor Athenágoras para informarle del Concilio Vaticano II que va a celebrarse.

Se cuenta que, siendo nuncio en París, monseñor Roncalli había preguntado a un protestante:

—¿Por qué no nos unimos?

—Tenemos ideas diferentes —había contestado aquél.

—¡Bah! ¡Ideas, ideas! —respondió a su vez Roncalli—. ¡Las ideas son tan poca cosa entre amigos!

Y ahora se comprobaba que, verdadero o falso, el chistecito tomaba cierto cuerpo. Más tarde se corporeizaría aún más seriamente: presencia de protestantes y ortodoxos en el Concilio Vaticano II y bajo la cúpula de San Pedro y Decreto sobre el ecumenismo, en fin. Cuando Pío XI publicó su encíclica *Mortalium animos* que frenaba el incipiente movimiento ecuménico por parte de los católicos, el rechoncho y alegre legado pontificio en Rumania comentaba: «De todos modos nos reuniremos todos en un solo rebaño, porque Dios lo quiere.» Así que ahora que él era el pastor supremo de la grey católica, apenas se encontró con un hombre como él, en seguida cardenal, Agustín Bea, que también llevaba esa espina de la separación de los cristianos en la cabeza y en el corazón, debió de sentirse feliz. Creó una nueva Congregación Romana para él, por lo pronto: el Secretariado para la Unión de los Cristianos, cuyas ideas y sensibilidad eran muy otras que las tradicionales en los medios curiales y donde los problemas se plantearían desde el primer momento en franca superación del espíritu contrarreformista, clausurado así para siempre.

Bea era un erudito, estudioso de la Sagrada Escritura. Poseía una teología viva, alimentada por aquélla, una enorme capacidad de trabajo a pesar de sus muchos años, una gran cultura,

◀ *Juan XXIII acude a la basílica de Santa María la Mayor con motivo de la fiesta de la Inmaculada Concepción.*

un manejo perfecto de las lenguas más importantes, una gran facilidad para moverse en ambientes mundanos y, sobre todo, inmejorables amistades entre los protestantes, ortodoxos, judíos, budistas, etc. Sus ideas eran claras y sencillas y coincidían plenamente con las del papa Juan, de modo que el pontífice le concedió toda su confianza para que hablara y actuara.

El papa Juan había dicho a los cristianos no católicos: «No queráis hacer un proceso histórico, no queráis saber quién tenía razón y quién no la tenía. La culpa es de todos. Os decimos: unámonos y dejémonos de querellas.» Y Bea: «Nuestras propias proposiciones teológicas no siempre expresan la total profundidad de la doctrina revelada», y, desde luego, dejó muy claro que la Iglesia católica no consideraba «herejes» ni «cismáticos» a los absolutamente inocentes cristianos no católicos que estaban en sus creencias con la misma buena fe que nosotros.

En realidad, el papa Juan debió creer siempre que las diferencias teológicas habían sido, más que nada, pretextos para la separación, cuando ya esa separación estaba consumada en el corazón y rota la caridad. Y que era el amor cristiano el que había que reconstruir sobre todo y ante todo: amarse y charlar juntos más bien que «parlamentar» teológicamente. Eso es lo que él había hecho siempre y le había dado espléndidos resultados cristianos: «Un día, hoy ya lejano —dijo a los observadores no católicos en el Concilio—, entregué a un venerable anciano, prelado de una Iglesia oriental, no en comunión con Roma, una medalla del pontificado de Pío XI. El gesto quería ser, y lo fue, un simple acto de afectuosa cortesía. Algún tiempo después, el anciano, en el momento de cerrar los ojos a la luz de este mundo, quiso que en su muerte la medalla fuese puesta sobre su corazón. Lo vi con mis propios ojos y el recuerdo aún me enternece. Hago alusión a este episodio intencionadamente. En su conmovedora sencillez es como una flor campestre: a la vuelta de la nueva estación se puede escoger de nuevo y ofrecer.»

Tuvo, sin embargo, que luchar denodadamente con viejas mentalidades y sensibilidades cerradas, y fue tan comprensivo y respetuoso, que este mismo amor le tornaba en ocasiones impotente. Cuando Bea, por ejemplo, pensó en enviar delegados católicos al congreso pancristiano de Nueva Delhi en otoño de 1961, el Santo Oficio dijo rotundamente que no, y Bea acudió al papa: ¿Cómo pedir que vinieran observadores no católicos al futuro Concilio, si la Iglesia católica no enviaba a los suyos a Nueva Delhi? El papa contestó: «Yo soy solamente el papa», con una cierta melancolía y como hacía con frecuencia. Pero los observadores

fueron a Nueva Delhi y, en octubre de 1962, llegarían a Roma protestantes y ortodoxos, incluidos el arcipreste Vitaly Borovy, profesor de la facultad teológica de Leningrado, y el archimandrita Vladimir Kotlyarof, presidente de la misión ortodoxa rusa en Jerusalén. Monseñor Willebrands, un colaborador del cardenal Bea, había partido para Moscú unas horas antes del comienzo del Concilio y había convencido al patriarcado ruso de lo bien recibidos que serían allí sus representantes. De manera que asistimos así a ese otro no pequeño milagro de que un patriarca oriental, y particularmente el patriarca ruso, volviera a dar crédito a las palabras de un papa de Roma. Parecía mentira todo lo que estaba sucediendo, y no es extraño que, como contó luego el observador metodista en el Concilio, doctor Outler, con cierto humor y cierta malignidad, algunos de los observadores creyeran durante mucho tiempo que se les iba a retirar sus salvoconductos y la fiesta iba a acabar en un auto de fe, del que serían protagonistas, en la plaza del Santo Oficio.

Pero sucedió una cosa muy distinta. Ante ellos, por el contrario, la Iglesia católica iba a hacer su propia autocrítica y a realizar su *aggiornamento*, que, en gran parte, no sería otra cosa que una humilde confesión de pasados yerros históricos y una enmienda de ellos en espíritu de penitencia, como iba a decir, más tarde, el cardenal Beran, arzobispo de Praga, cuando habló de la libertad religiosa y de los pecados cometidos contra ella por los católicos; pecados de los que con frecuencia habían sido las víctimas los antecesores de aquellos hermanos cristianos que ahora se sentaban en San Pedro: eran tratados con deferencia por la guardia suiza, charlaban en el bar con obispos y peritos conciliares, tenían tensa la atención durante las discusiones en el aula y rezaban calladamente. Habían quedado hipnotizados sobre todo por la singular personalidad del pontífice, que, con sus gestos, les había revelado las más profundas exigencias de su mismo entendimiento del cristianismo. A su muerte, el doctor Westphal, presidente de la Federación Protestante de Francia, escribía: «Por primera vez, los protestantes lloran a un papa.» Y el teólogo luterano doctor Richard Baumann, de Tubinga, ha explicado la razón profunda de este llanto. Hablando en Roma, en una conferencia de prensa, el doctor Baumann recordó las palabras pronunciadas por Lutero en Leipzig, en 1519, durante una polémica con el doctor Eck. En esas palabras Lutero pedía a Eck que se uniese a él en una oración a Cristo para pedir que el papa y los demás obispos fuesen buenos pastores de sus ovejas. Y así se hizo. Lutero añadió :«No hay ninguna duda de que el mundo



entero acogerá con alegría y abundantes lágrimas al hombre que desee actuar según los términos de esta plegaria.» Y el doctor Baumann comentó: «Este hombre era Juan XXIII.» Son palabras que van muy lejos.

Para el papa Juan, sin embargo, el precepto del amor cristiano y su visión ecuménica se extendía más allá de las fronteras cristianas hasta desposar todas las preocupaciones y esperanzas humanas y, en su «gordura de corazón» que dice la Biblia, no podía dejar de estar clavada otra espina dolorosa, una obsesión trágica por el destino amargo del pueblo judío.

A muchos judíos había tendido monseñor Roncalli su mano de ayuda y consuelo en las horas dramáticas de la II Guerra Mundial y durante su estancia en Grecia-Turquía. Pero sabía bien que el antisemitismo secular de los cristianos era una injusticia histórica intolerable que además negaba en redondo la fidelidad bautismal, la historia entera de la salvación humana que comenzó un día en Ur de Caldea, cuando Yahvé, Dios, el Padre de Nuestro Señor Jesús, puso a Abraham por padre de los creyentes y depósito de su alianza con los hombres. Y ese antisemitismo se estaba alimentando hasta de la Sagrada Escritura y la liturgia, tratando de cargar sobre el pueblo judío la responsabilidad de pecado de «deicidio» o muerte de Cristo. Apenas llegado a la Silla de Pedro, Juan XXIII trató de desmontar las «razones cristianas» de ese antisemitismo y ordenó borrar, de la liturgia por ejemplo, alusiones como la de «pérfidos judíos» en las oraciones del Viernes Santo, o cubrir los murales ferozmente antijudíos de la iglesia de Deckendorf, en Alemania. Pero para borrar llagas más profundas causadas por ese sentimiento antisemita había incluso de desautorizar solemnemente las falsas y homicidas ideas que decían nutrirse del Evangelio y la tradición cristiana, y Juan XXIII encargó al cardenal Bea que estudiase la cuestión y preparase una declaración especial para ser proclamada por el Concilio. Declaración que por cierto iba a correr dramática suerte en lucha con los restos de un antisemitismo religioso, explotado además políticamente, y que fue en gran medida la autoridad moral de Juan XXIII, ya desde su tumba, invocada por el cardenal Bea, al pedir un voto afirmativo a los padres conciliares, la que hizo que al fin triunfase, aunque con ciertas modificaciones de escasa entidad pero un tanto cicateras, que, desde luego, no reflejan el espíritu roncalliano.

◀ *Su Santidad Juan XXIII rodeado por la multitud en la plaza de San Pedro de Roma.*



El papa dirigiéndose a los fieles. Una de las características de su reinado fue la lucha por la paz mundial.



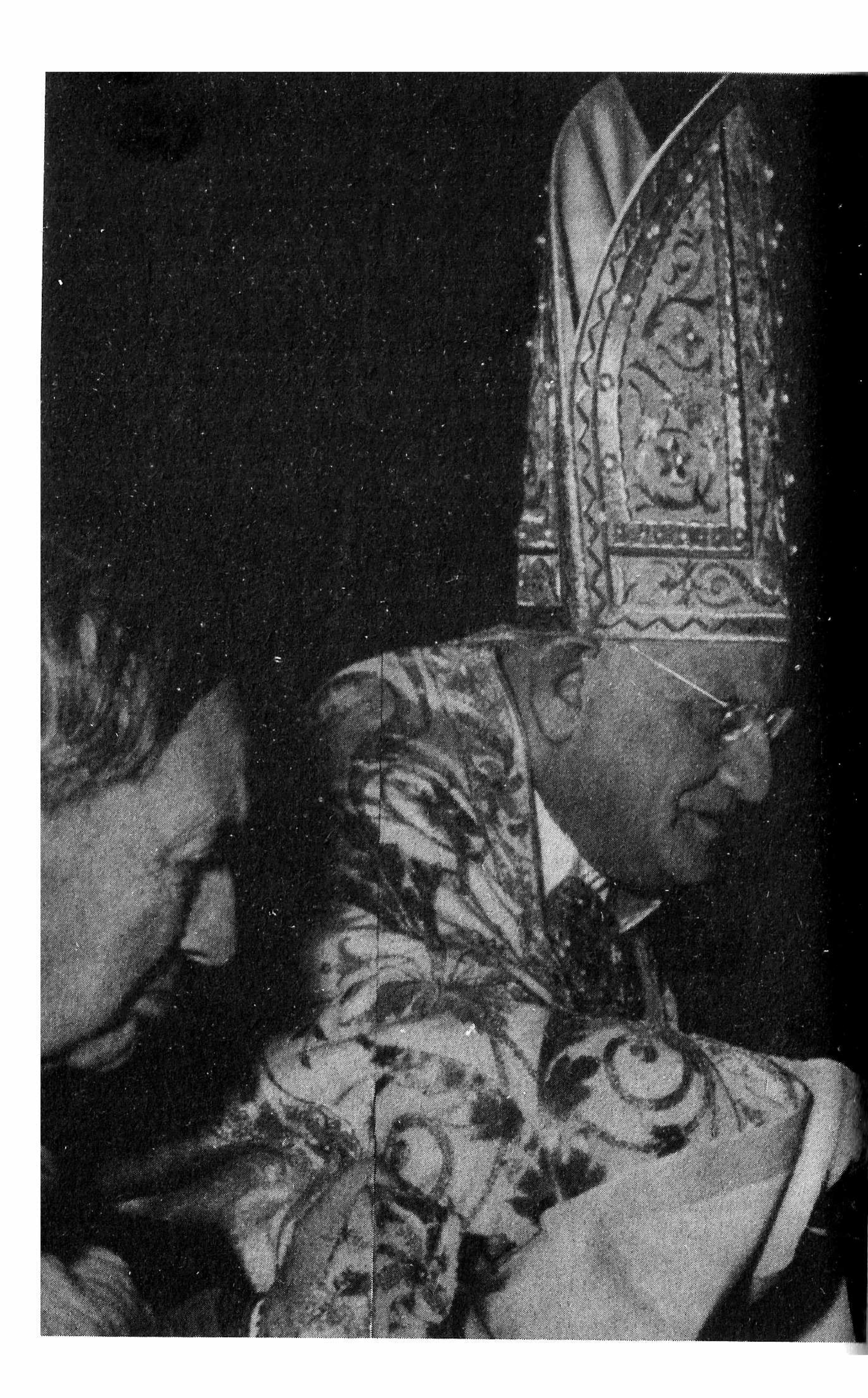
Este espíritu que nuestro mundo ha comprendido tan profundamente y que le ha hecho respirar hondo y animado a seguir levantando la historia con un poco más de confianza: diálogo, apertura, primacía del hombre. La tarea mundana del papa Juan XXIII fue en la base la remoción de los obstáculos puestos por la historia entre los hombres: tradiciones inhumanas e injustificadas, estructuras envejecidas e injustas, psicologías de separación y oposición. Para conmemorar el aniversario de la *Rerum Novarum* de León XIII y para mostrar, desde luego, que la Iglesia no había quedado parada en aquel muy tímido gesto, publicó

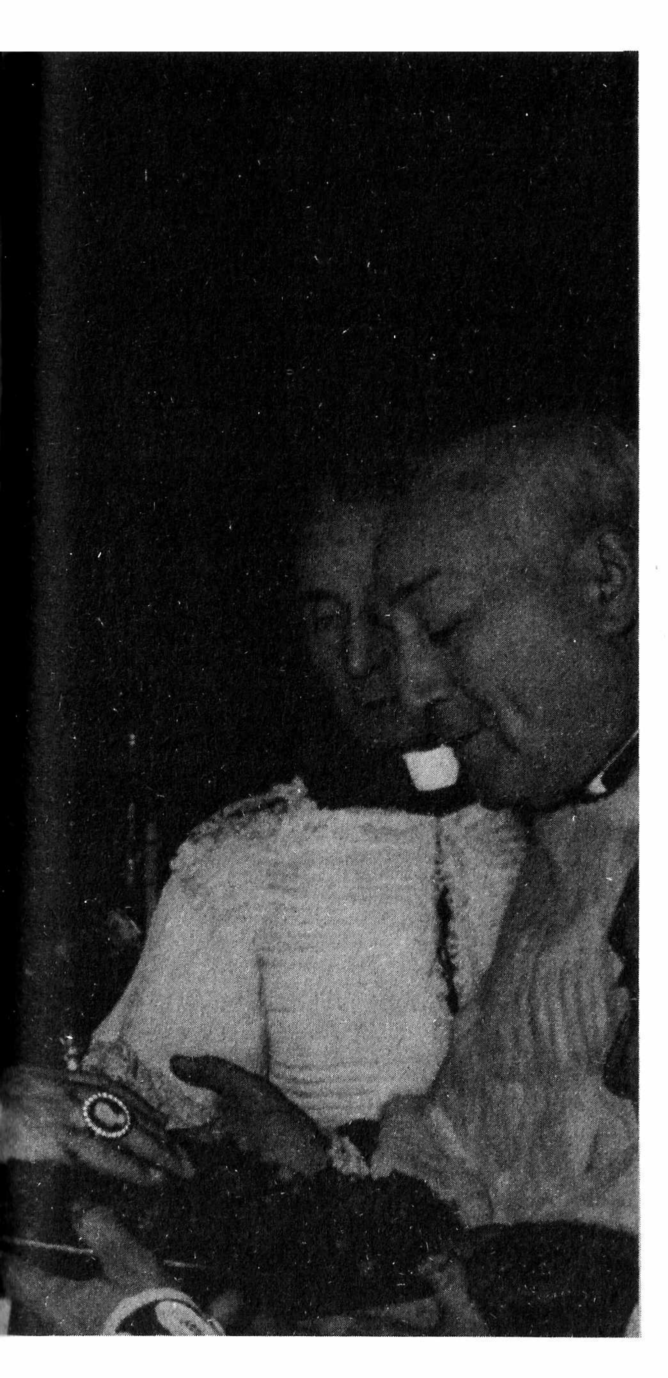
El papa toma solemne posesión de la iglesia archiepiscopal de San Juan de Letrán. Durante la ceremonia, dijo: «El glorioso recuerdo de Pío XII estará siempre presente en nuestra memoria.»



una encíclica sobre cuestiones sociales, *Mater et Magistra*, en que explicitó las bases de un orden económico centrado en el sobrevalor del hombre y en una economía de necesidades. Hablaba en ella claramente de la «socialización», un concepto y un vocablo que sonaban todavía a satánicos en ambientes eclesiásticos y católicos en general, pero vaticanos muy en particular, y dejaba la puerta abierta a la capacidad cristiana de invención de nuevas estructuras socio-económicas cada vez más justas. Por primera vez, además, un papa hablaba allí largamente de cuestiones agrarias que le eran tan amadas. Tras el telón de acero, a excepción de Polonia, donde el documento fue recibido con interés, la encíclica fue virulentamente criticada como reaccionaria; mas el señor Kruschev había advertido a los comentaristas:







La llave de la basílica de Letrán fue entregada al papa, envuelta en flores, por el cardenal Masella.

«¡Cuidado! No podemos tomarnos esto a risa», refiriéndose sobre todo a esa parte relacionada a la socialización y que se sabía había sido asunto personal del pontífice. Como personalmente insistió en una redacción de la encíclica más sencilla y sin el empaque técnico que presentaba la primitiva redacción: «¡Eso es demasiado complicado! —dijo el papa—. Mis fieles saben perfectamente que yo no sé todo eso. Vuelvan a hacerme un texto más corto, menos técnico y, sobre todo, de carácter más concreto.» Por esta razón la anunciada encíclica tardó algunas semanas más en salir.

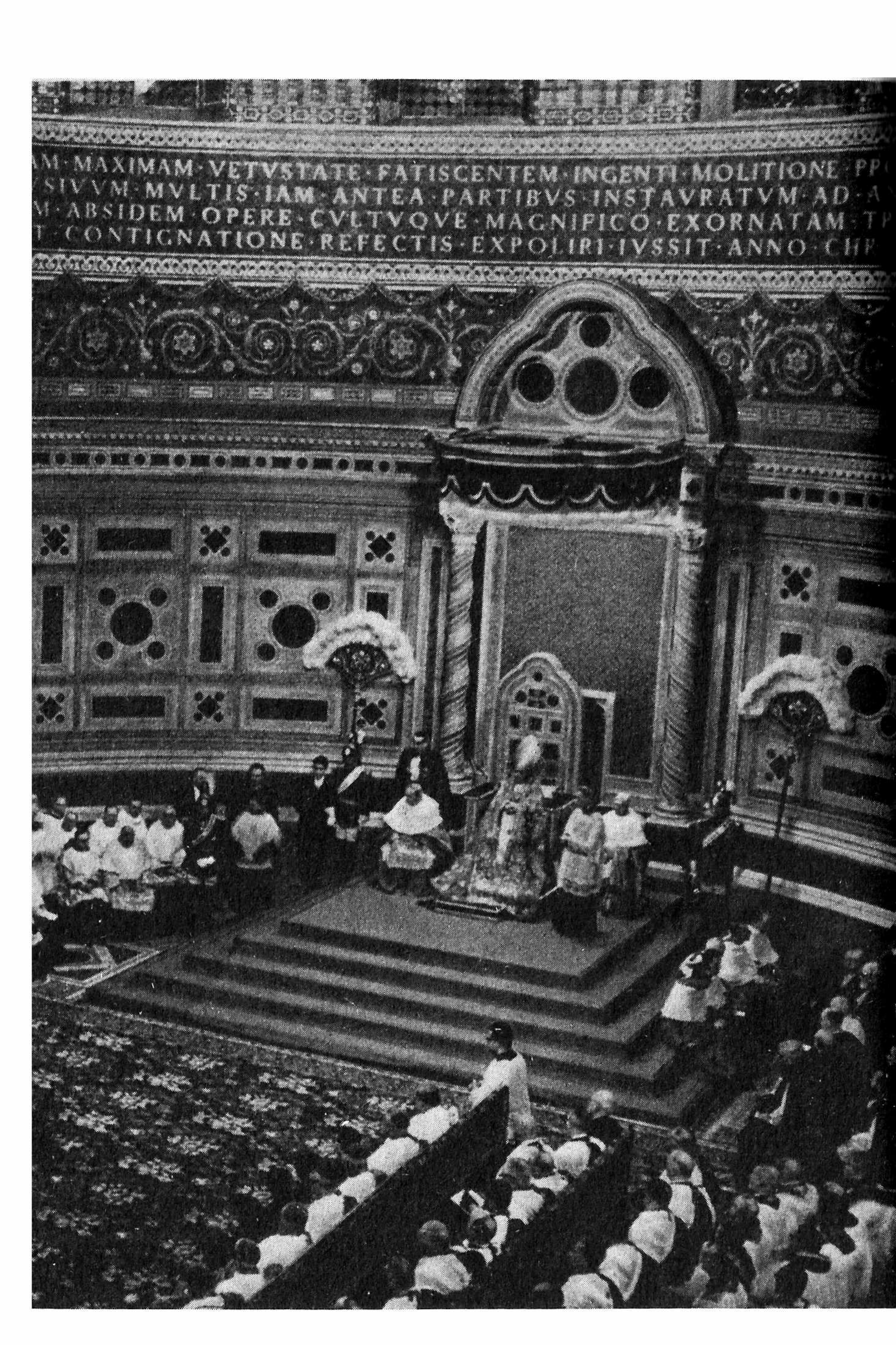
Porque sabía bien en el tono en que había que hablar a los hombres y los gestos que había que realizar para hacerse entender de ellos sin equívoco y que descubriesen el sentido exacto de la Iglesia, tan cegado y confundido en apriorismos políticos, económicos, sociales y filosóficos o religiosos, todavía en nuestros días. Juan XXIII tenía una muy aguda conciencia del tiempo nuevo, de los signos de los tiempos, como él decía, y se propuso hacer entrar en ellos a la cristiandad, a toda la historia humana. Y en el plano de lo temporal y lo político, la lección debía comenzar por casa, por Italia.

El Estado Vaticano había estado a veces tan condicionado por lo que ocurría en derredor suyo en la vida política italiana, que los funcionarios vaticanos habían adquirido ya la inveterada costumbre de interferir en aquélla. El clericalismo era, por otra parte, un tan viejo y extendido vicio y se apoyaba en tan respetables pretextos, que, desde luego, parece que pocos eran los que sentían mala conciencia al practicarlo, mientras que del anticlericalismo de reacción que provocaba, se le pasaba en seguida la cuenta al demonio, a la perversidad del mundo o al «ismo» de turno. Con Juan XXIII estos puntos de vista iban a variar radicalmente.

Cuando el presidente Gronchi anunció a primeros de enero de 1960 que iba a ir a Moscú, el cardenal Ottaviani le salió al paso con un sermón pronunciado en la bella basílica de Santa María la Mayor en el que hablaba de que «todavía algunos tienden sus manos al nuevo Anticristo y hasta se precipitan para ser los primeros en estrechar su mano y cambiar con él dulces sonrisas». El cardenal se preguntaba incluso si era posible pensar en reducir la tensión entre Oriente y Occidente, «cuando, una vez más, el rostro de Cristo ha sido escupido, cuando ha vuelto a

El papa es llevado a hombros en silla gestatoria por el exterior de la iglesia de San Juan de Letrán. ▶



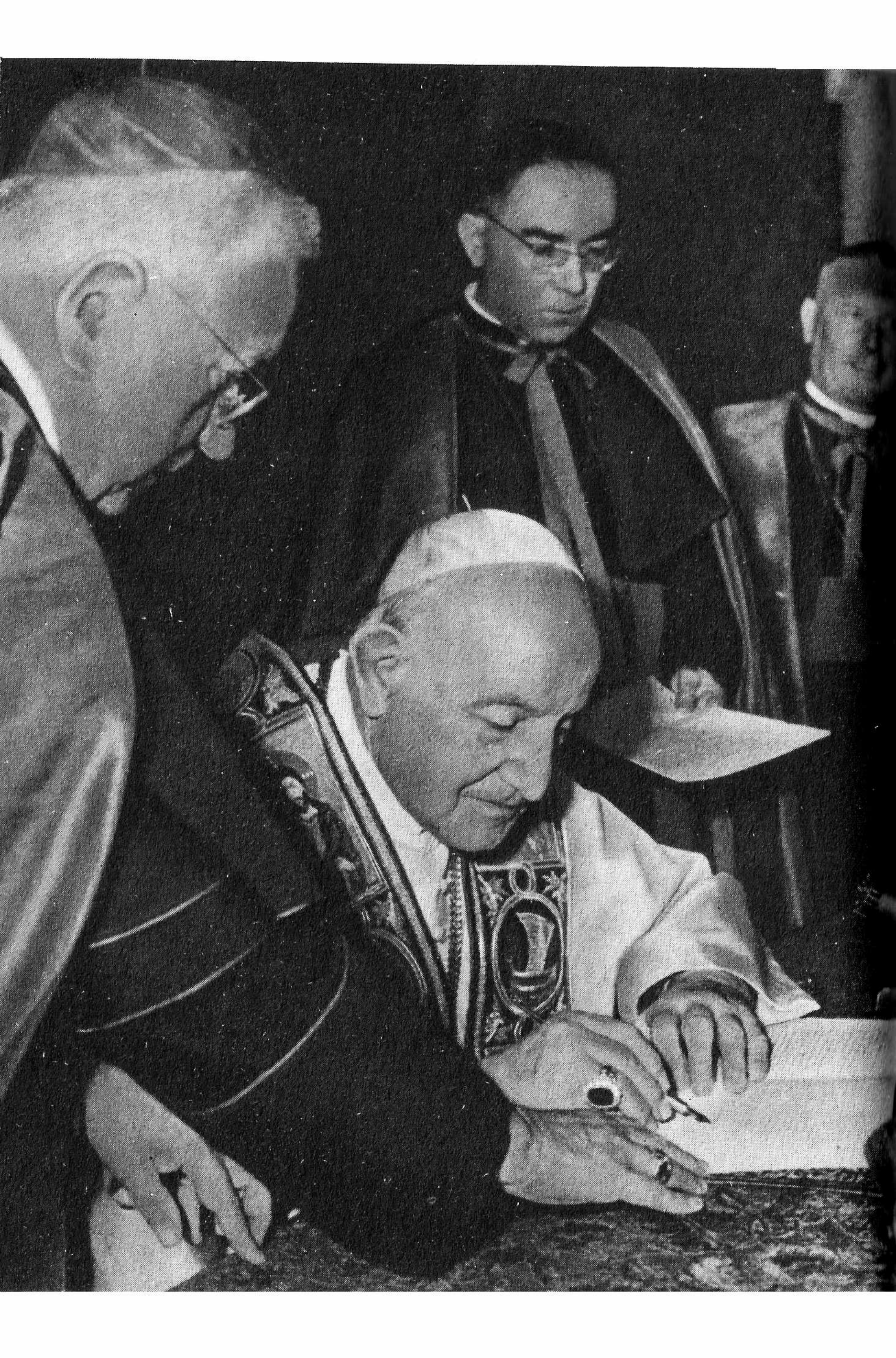

MAXIMAM·VETVSTATE·FATISCENTEM·INGENTI·MOLITIONE
MVLTIS·IAM·ANTEA·PARTIBVS·INSTAVRATVM·AD
ABSIDEM·OPERE·CVLTVQVE·MAGNIFICO·EXORNATAM
CONTIGNATIONE·REFECTIS·EXPOLIRI·IVSSIT·ANNO

ser coronado de espinas y azotado». El presidente Gronchi aseguró entonces que se hallaba indispuesto y no fue a Moscú; pero el 17 de ese mismo mes de enero el cardenal Ottaviani hacía unas extrañas declaraciones a la prensa, explicando que todo lo que había dicho en Santa María la Mayor tenía solamente un valor teológico y religioso y que, por lo tanto, los que habían dado a su discurso un carácter político estaban equivocados. El 5 de febrero Gronchi iba a Moscú. ¿Qué había sucedido?

Juan XXIII había intervenido en el asunto sencillamente. Como intervendría también para evitar ciertos tradicionales consejos del episcopado italiano que, ante cada campaña electoral, venía indicando por quiénes deberían votar los católicos. Como intervendría en otro sentido para apaciguar la crisis Cuba-Estados Unidos a comienzos del otoño de 1962, para forzar el entendimiento incluso, constituyéndose en auténtico mediador entre los dos bloques políticos en que se halla dividido el mundo. Era algo inaudito.

Y tocamos aquí, en efecto, uno de los problemas más delicados de la visión que Juan XXIII tenía del mundo histórico de nuestros días. Y es preciso explicarla, porque hasta el mismo día de la clausura del Vaticano II una abundante literatura panfletaria y resentida estuvo haciendo constantes insinuaciones acusatorias contra el papa Roncalli. Pero Juan XXIII hizo solamente esto: por una parte pensó que los cristianos laicos deben ser absolutamente libres en sus opciones políticas, en sus gestiones mundanas, una vez guardadas la ley natural y evangélica. Sabía también que la sociedad tradicional tiene contados sus días, por largos que éstos puedan ser aún, y no veía la razón de obstaculizar en nombre del Evangelio el nacimiento de unas nuevas relaciones sociales. Por otra parte, rompió las alianzas o apariencias de alianza con uno de los bloques políticos mundiales, y las alianzas o las apariencias de alianza con las viejas estructuras político-sociales. Porque así, y solamente así, podía proclamar como lo hizo: ésta es la Iglesia, no está contra nadie, no está comprometida o anexionada con nadie; no va a interferir en los asuntos puramente temporales; ella tiene un mensaje de salvación para todos los hombres, incluso para los que la rechazan y persiguen; no tiene enemigos, no está comprometida con ninguna civilización, ni ningún régimen político o social, pasado, presente o futuro: su esposo es Cristo solamente. Ella busca la paz y, para ha-

◀ *El 24 de enero de 1960, Juan XXIII abrió solemnemente el sínodo diocesano de Roma en la basílica de San Juan de Letrán.*





El papa orando en la iglesia de San Pedro.

◀ *Juan XXIII firma la encíclica* Pacem in terris, *que ha sido llamada por algunos la «Suma teológica de la paz».*

cer la paz, sabe que hay que disminuir las tensiones, tener paciencia, saber esperar y confiar, hablar, reunirse, no condenar aunque se tengan razones para hacerlo, no herir a nadie. Esto es todo. Y en esta perspectiva totalmente religiosa y profundamente humana es en la que hay que situarse si se quiere entender la «política» del papa Juan.

Desde que, siendo muy joven, recogió de los agonizantes labios de su obispo, monseñor Radini-Tedeschi, la íntima preocupación por la paz del mundo, ésta no había dejado de inquietarle y no le abandonaría hasta la hora misma de su muerte. Y se propuso hablar a los hombres de nuestros días de este problema en una nueva encíclica: la *Pacem in terris*. En la Navidad de 1961, el Papa Juan ya había llamado la atención de los poderosos de este mundo, de los políticos y los periodistas, responsabilizándolos de los conflictos bélicos, a causa de muchas de sus posturas, y señalando como causas de los mismos a las situaciones objetivas de ausencia de libertad, de falta de respeto a las minorías étnicas y a la injusticia económica. Como se quejó del tono de acritud y falta de sinceridad y alegría que tenían las relaciones internacionales.

El 11 de abril de 1963, festividad del Jueves Santo, fue la significativa fecha de esa *Pacem in terris*. El Padre Santo quiso unirla a ese preciso instante del ciclo litúrgico para señalar seguramente que esa visión de paz y de libertad y convivencia ciudadana e internacional, que en ella se delineaba, quedaba vinculada para un cristianismo y para todos los hombres como una expresión del amor que Cristo manifestó por el género humano en su última cena terrenal. La *Pacem in terris*, por otra parte, significa en la historia de la Iglesia una revolución copernicana en la cosmovisión cristiana de los problemas temporales, pero no porque sea una ruptura con la tradición eclesiástica —toda ella está esmaltada de textos clásicos y de los pontificados anteriores, particularmente de Pío XII, sobre estas cuestiones socio-políticas— sino porque es una total revolución en el planteamiento de estos problemas. Juan acepta y bautiza sencillamente, después de exorcizar sus demonios, la herencia de la Revolución francesa y la democracia moderna, y hace de la dignidad humana el centro de todo derecho, de toda política, de toda dinámica social o económica. Consagra todas las libertades humanas y la necesidad de colaboración de todos los hombres, cualquiera que sea su ideología, para la construcción del mundo. Porque incluso con los hombres, cuya cosmovisión el cristianismo no puede compartir, puede y debe cooperar para las empresas justas de

este mundo, porque «se ha de distinguir también cuidadosamente entre las teorías filosóficas sobre la naturaleza, el origen, el fin del mundo y del hombre, y las iniciativas de orden económico, social, cultural o político, por más que tales iniciativas hayan sido originadas e inspiradas en tales teorías filosóficas; porque las doctrinas, una vez elaboradas y definidas, ya no cambian, mientras que tales iniciativas, encontrándose en situaciones históricas continuamente variables, están forzosamente sujetas a los mismos cambios. Además, ¿quién puede negar que, en la medida en que estas iniciativas sean conformes a los dictados de la recta razón e intérpretes de las justas aspiraciones del hombre, pueden tener elementos buenos y merecedores de aprobación?». Y también: o los hombres aceptan esta exigencia del diálogo y la convivencia o volverán a matarse. Por eso el decisivo apoyo papal a la ONU, adonde el cardenal Suenens llevaría la *Pacem in terris*

El presidente Segni hace entrega a Juan XXIII del premio Balzan de la paz.



como enviado personal del pontífice, desgraciadamente vista hasta entonces con muchas reticencias por parte de muchos ambientes católicos, todavía presos del íncubo del nacionalismo, que es un demonio fabricador de odios y orgullos y de guerra, por lo tanto. Juan XXIII estaba obsesionado por el fantasma sangriento de ésta, mientras redactaba el documento: «Nunca podré olvidar los gritos de un soldado austríaco cuyo pecho había sido desgarrado por las bayonetas durante la guerra —anotaba—, y que fue trasladado al hospital de Caporetto en el que yo era enfermero. Esta imagen se ha hecho más viva en mí mientras trabajaba en la encíclica *Pacem in terris*.

»¡Qué resonancia la de esta *Pacem in terris*! En ese documento he puesto de mí mismo, sobre todo, el humilde ejemplo que he tratado de dar durante toda mi pobre vida: *De bono homine pacifico*. (*Imitación de Cristo*, II, 2.)

»El mundo ha despertado. Poco a poco la más pura doctrina del Evangelio hallará el camino de las conciencias.»

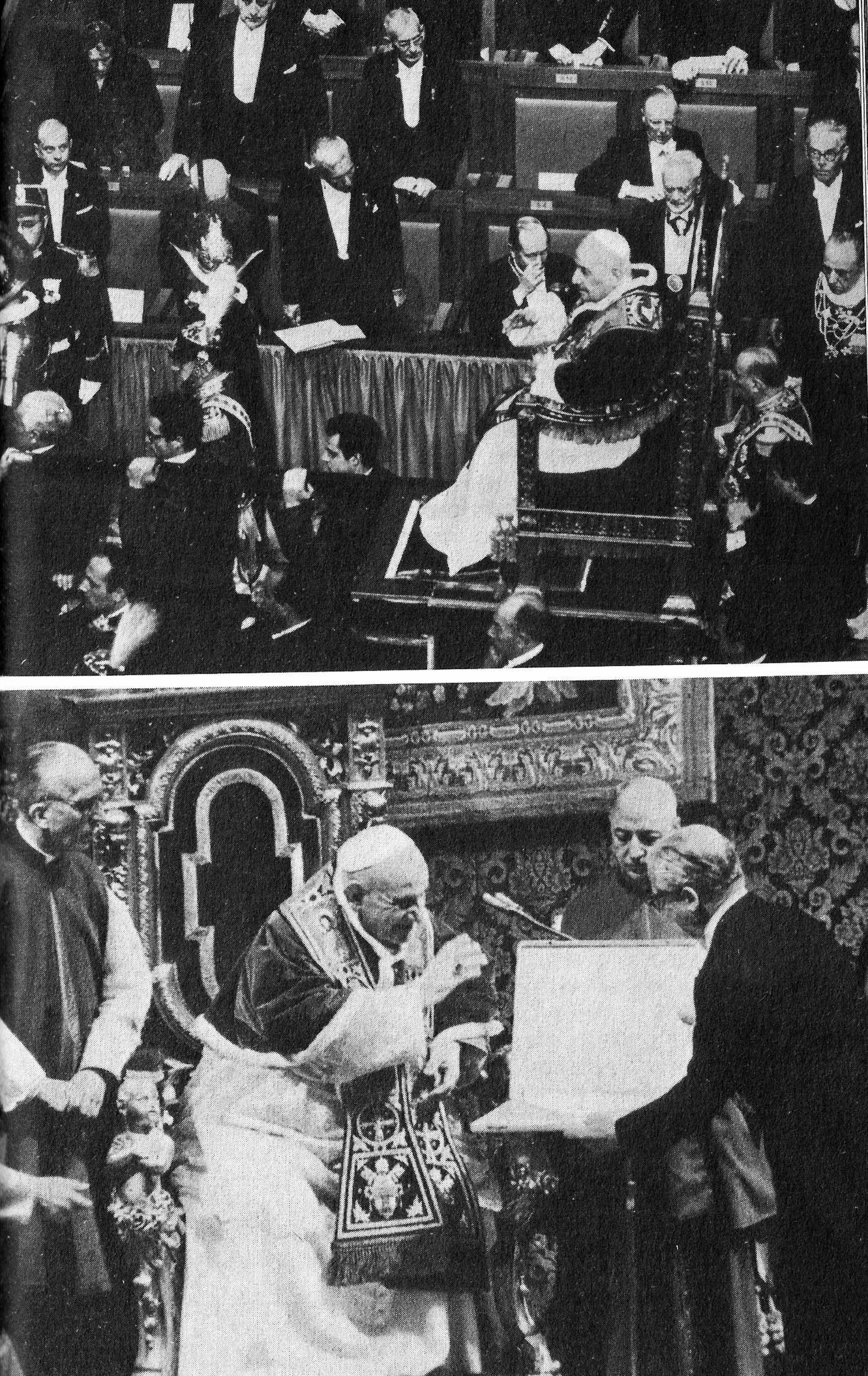
Para ayudarlas en ese descubrimiento no ahorró gesto alguno por comprometido y fácil a las peores interpretaciones que fuese. La *Pacem in terris* es la primera encíclica papal que se dirige «a todos los hombres de buena voluntad», sean o no cristianos, y no es simplemente una fórmula vacía o retórica. Para demostrarlo, Juan XXIII va a recibir un día con toda sencillez evangélica al señor Adjubei, director del periódico soviético *Izvestia*, y a su esposa, hija del primer ministro ruso, Nikita Kruschev. Y el papa conmueve a aquella pareja. Sabe que en esos minutos puede penetrarse la barrera de quienes se consideraban enemigos de la Iglesia —porque «la Iglesia no tiene enemigos», diría él— y quiere mostrarles su corazón de hombre. Les pregunta cómo se llaman sus hijos:

—Nikita, Alexis e Iván —responde ella.

—Son tres bonitos nombres —exclama el papa, que hace notar que Iván es su propio nombre en ruso—. Cuando volváis a vuestra casa, acariciad a vuestros hijos, y especialmente a Iván, de mi parte: los otros no se mostrarán celosos.

Luego, hablando con Adjubei, le cita los primeros versos de la Escritura, las primeras palabras del Génesis: «La primera época fue la de la luz. *Fiat lux*. Nosotros nos hallamos en la primera época, la de la luz, la luz de mis ojos se ha encontrado con la de

Dos instantáneas de la entrega a Juan XXIII del premio Eugenio Balzan de la paz en la Basílica de San Pedro, 1963. ▶



los vuestros. Que el Señor ayude el camino de la bondad, si le place, y que así sea.»

Por ese camino de la bondad se adentraba Juan en miles de corazones, enemigos de todo lo que significase Iglesia, quizás un poco o un mucho porque se creían y se sentían desamados.

Otro día descubre en la televisión a un personaje búlgaro, que ha ido a Roma con una delegación deportiva de su país para los Juegos Olímpicos, y le hace llamar. Charlan de Bulgaria: eso es todo. Pero esa charla hace también la luz y en esos países obispos y sacerdotes comienzan a salir de las cárceles, la Iglesia comienza a mirarse de otra manera. Para muchos será, en adelante, una esperanza que desconocían. Y es por lo que Juan acepta también en 1963 el premio Eugenio Balzan de la paz, con el consentimiento o quizás la indicación soviética. El pontífice no hace cálculos políticos, se limita a sonreír y a amar evangélicamente, y el telón de acero, más fuerte que las murallas de Jericó, se siente herido por este amor al descubierto. Era vital para la civilización y para la Iglesia que aquella parcela de la humanidad sintiese el aliento cristiano. Si luego esta actitud plenamente religiosa ha querido politizarse y se ha politizado desgraciadamente, no es culpa de Juan XXIII: la historia explicará un día en su profundidad el alcance de estos gestos.

9. El «aggiornamento» de la Iglesia

No menos alejado se encontraba desde siglos el mundo científico de la Iglesia, y el ridículo y triste proceso de Galileo era todavía el signo de esa incomprensión y enemistad, cuando Juan iba a dar otro giro igualmente copernicano a esa situación abriendo sencillamente la ventana de su estudio para rezar el *Angelus* con los fieles reunidos en la plaza de San Pedro el 12 de agosto de 1962 y explicar el íntimo significado del primer astronauta que recorría el espacio sideral en aquellos instantes: «Queridos hijos, pertenecientes a todas las naciones —dijo el papa Juan—, estáis aquí reunidos como buenos hermanos, mientras el piloto está experimentando, de modo casi decisivo y ciertamente determinante, las capacidades intelectuales, morales y físicas del hombre y continúa esa exploración de lo creado que la Sagrada Escritura promueve en sus primeras páginas: "Creced y multiplicaos y llenad la tierra..." Estos históricos acontecimientos, así como serán señalados en los anales del conocimiento científico del Cosmos, ojalá puedan llegar a ser expresiones de verdadero y pacífico progreso, un sólido fundamento de la humana fraternidad.»

Hacía mucho tiempo que los profetas de este mundo habían decretado la muerte de Dios, como Nietzsche, o le habían vuelto la espalda como una hipótesis no solamente no necesaria para la explicación inmanente del mundo, sino incluso perturbadora. Hombres de ciencia, además, como sir Julian Huxley, anunciaban ahora notarialmente el retroceso de las religiones tradicionales y la aparición de una sola posible religión positivista, basada en la ciencia. Se decía incluso, y parecía ser cierto para un observador superficial al menos, que la Iglesia era algo muerto, sin porvenir espiritual alguno, encerrada en un estéril dogmatismo. Era, pues, natural que los cristianos se preguntasen por estos problemas. Pero no todos lo hacían, desde luego. Era más fácil condenar o lanzarse por las ensoñaciones triunfalistas, aunque también había cristianos que se planteaban esas preguntas con toda rigurosidad y audacia: «Un cierto pesimismo —escribía Teil-



hard de Chardin— sigue repitiendo que nuestro mundo se hunde en el ateísmo, pero ¿no sería mejor decir que sufre a causa de un teísmo insatisfactorio?» Y también: «Dado el desarrollo de la ciencia, ciertas representaciones de Dios y ciertas formas de la adoración se encuentran excluidas, porque no resultan homogéneas con las dimensiones espirituales del Universo.»

Juan XXIII, sin formularse seguramente esta problemática intelectual, era absolutamente consciente de ella. Veía a este



El papa presidiendo la reunión de cardenales preparatoria del Concilio Ecuménico Vaticano II.

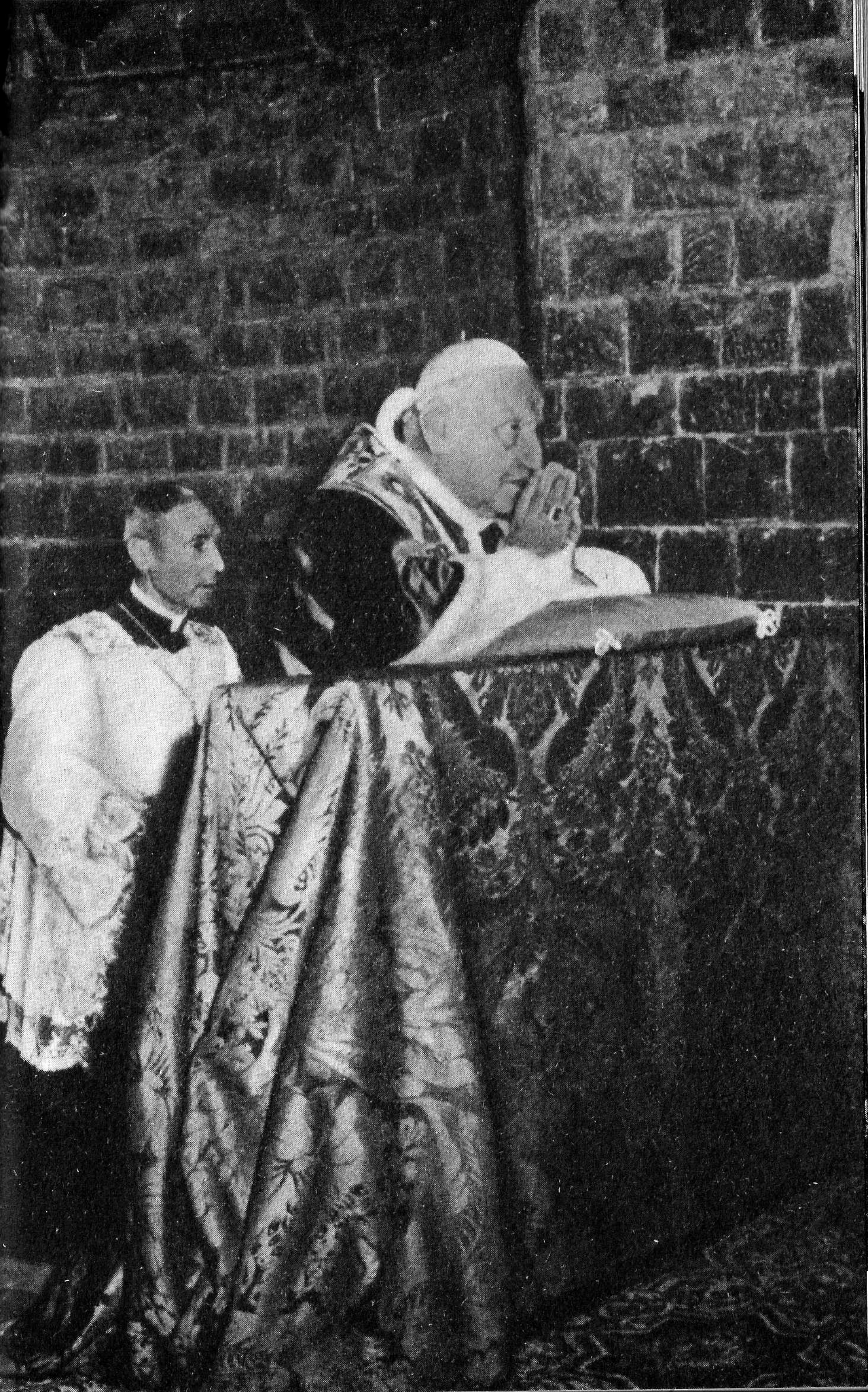
mundo tan distante e incomunicado con la Iglesia, que se alejaba a velocidades interplanetarias del cristianismo, pero conocía la eterna juventud de aquélla, la perennidad del mensaje cristiano, y sabía que toda la tarea estaba en volver a hacer inteligible este mensaje, mostrar el verdadero rostro de Cristo, y la misión exacta de la Iglesia, cosas todas que aparecían tan oscurecidas y, por lo tanto, inaceptables para muchos. Y no había que renunciar a nada esencial, por supuesto, sino, por el contrario, afirmar todo

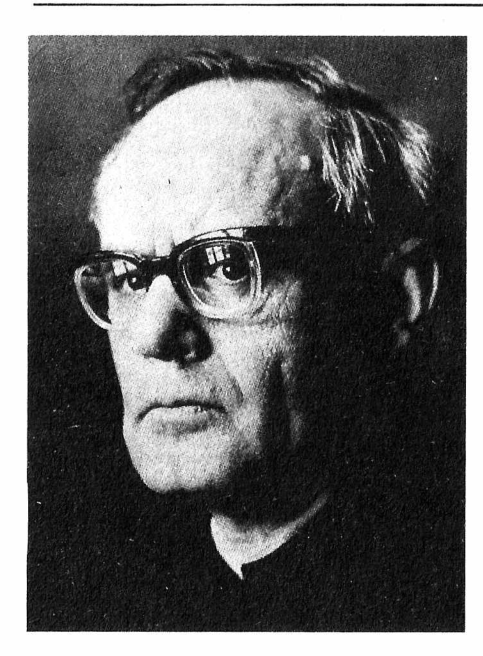
lo esencial de manera enfática, pero despojándolo de muchos ropajes de lenguaje e incluso de ideologías y sensibilidades a que se hallaba asociado y que expresaban esa realidad sobrenatural de manera inteligible y aceptable a los hombres de otro tiempo, pero no para los hombres de hoy.

El papa Juan debió de pensar entonces en aquel primer Concilio, el de Jerusalén, en que la situación eclesial se presentó de modo muy similar. Era el año 45 después del nacimiento de Cristo, y los apóstoles se reunían bajo la presidencia de Pedro para plantearse esta cuestión: el cristianismo, la revelación que trajo Cristo al mundo, ¿había de seguir ceñida necesariamente a las condiciones intelectuales del universo religioso y cultural en que se había manifestado, esto es, al judaísmo? Había sido Pablo el que había convocado la Asamblea y sería él también el que plantease crudamente la necesidad de la catolicidad, de prescindir del mundo religioso de la sinagoga, de la circuncisión y las prescripciones rituales sobre la comida, de muchos otros conceptos semíticos, en fin, para hacer a Cristo accesible a los paganos. Pedro se resistió un tanto a esta auténtica revolución, pero al fin, «iluminado de lo Alto» y asistido por Pablo, llevaría a cabo esa ruptura con el universo semítico a fuerza de gran coraje y contra la opinión de su mismo pueblo y de algunos pastores más timoratos, más aferrados al pasado, menos conscientes que ellos de lo que el mensaje de salvación se jugaba frente a un mundo nuevo, o más faltos de espíritu profético para adivinarlo.

El mensaje cristiano había podido llegar así al mundo helenizado de la época, y hombres como Ireneo, Clemente de Alejandría u Orígenes lo pensaron y lo vivieron a través de las categorías griegas, como más tarde había de romanizarse y expresarse con el lenguaje y con los intrumentos culturales romanos, e incluso podemos lamentar hoy que ese mensaje cristiano se latinizase y occidentalizase demasiado, planteando graves problemas a la Iglesia desde el mismo instante en que la evangelización comenzó a hacerse fuera de esa área occidental. Ahora la visión genial de Juan XXIII, como antaño la de Pablo, era haberse percatado de que la esencial transformación del mundo en que vivíamos había sido cultural y que era en ese lenguaje cultural moderno y en sus categorías como había que presentar a Cristo y a la Iglesia. Asumiendo a la vez todo el dolor y la esperanza humanos de hoy.

Juan XXIII rezando por el Concilio y por la paz entre los pueblos ante la tumba de San Francisco de Asís. ▶

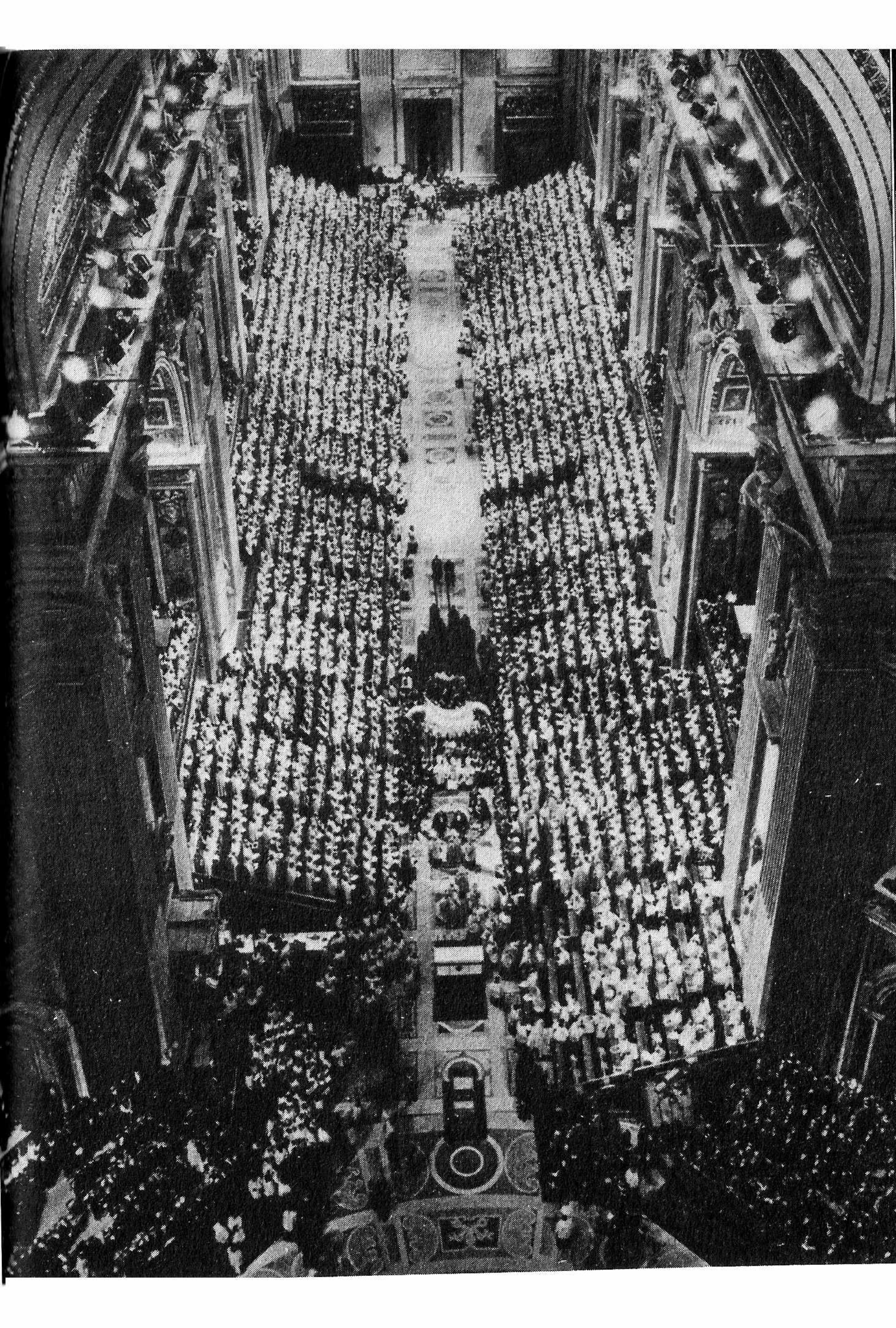


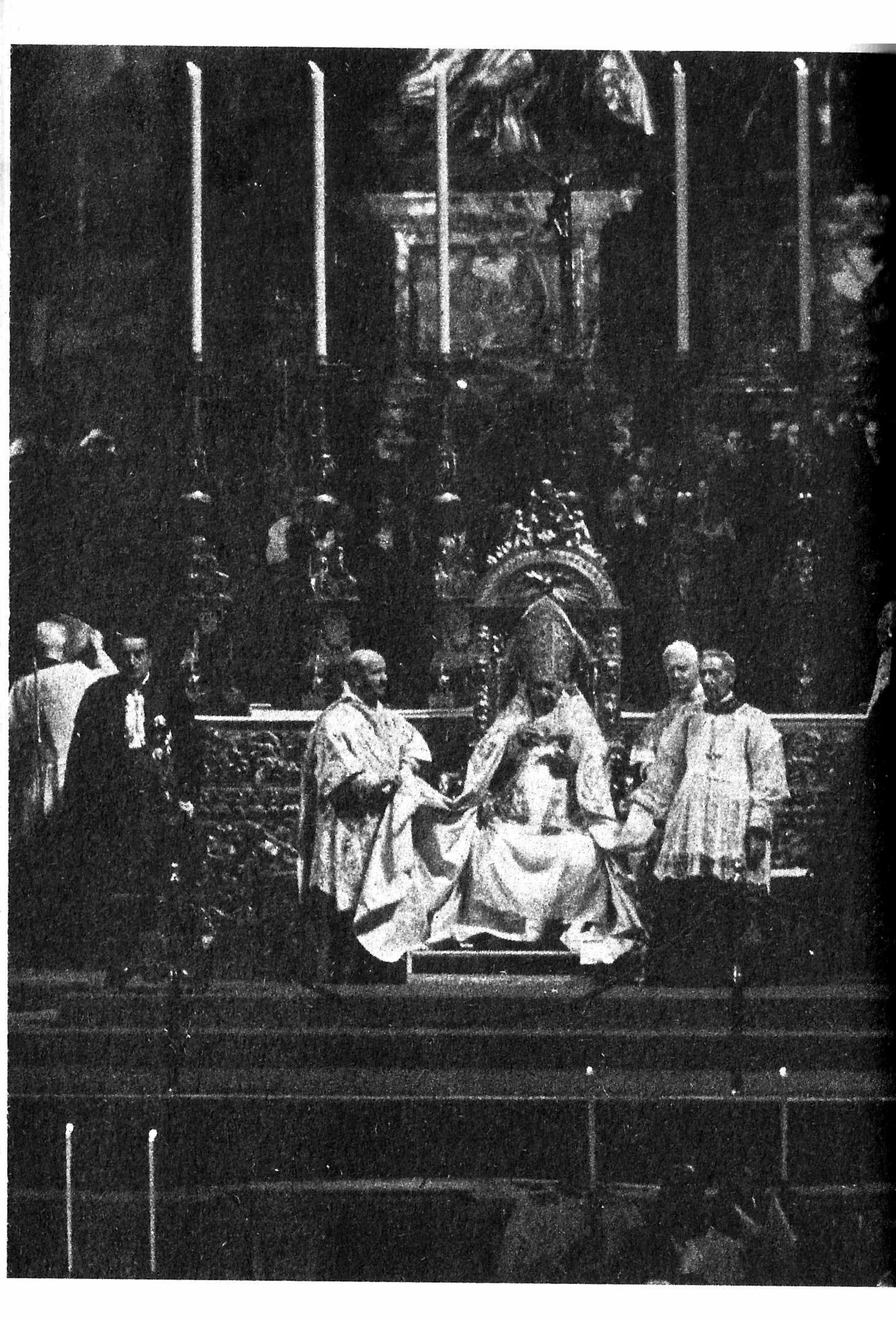


Juan XXIII nombró al teólogo jesuita Karl Rahner (1904-1984) experto del Concilio, en contra de la opinión de la comisión preparatoria. Rahner desempeñó un importante papel en el Vaticano II, sobre todo en la redacción de la constitución pastoral «La iglesia en el mundo de hoy».

Panorámica del aula conciliar de San Pedro durante la celebración del Concilio Ecuménico. ▶

De manera que éste iba a ser su famoso *aggiornamento* o puesta al día de la Iglesia que ya para siempre irá unido al nombre de Juan XXIII. Un teólogo jesuita, el P. Karl Rahner, a quien Juan llevaría al Concilio pese a todos los obstáculos que se le habían puesto por parte de la Curia Romana, había especificado muy bien mucho antes del Vaticano II el alcance de esta transformación: «Durante los últimos doscientos años —escribía— han tenido lugar cambios en el plano de la historia intelectual, que, en profundidad, en amplitud y en poder para transformar a los hombres, son, por lo menos, comparables con aquellos que hicieron su aparición en el período comprendido entre San Agustín y la alta Escolástica. Si éste fuera el caso, podríamos esperar que la teología dogmática de nuestros días se distinguiese tanto de la de 1750 como la *Summa* difiere de San Agustín. Sin embargo, la generalidad de los manuales dogmáticos en vigencia no difieren en nada de aquellos que datan de hace doscientos años.» Y «necesitamos una teología de los misterios de Cristo. Del mundo físico. Del tiempo y las relaciones temporales. De la historia. Del pecado. Del hombre. Del nacimiento. De los alimentos y la bebida. Del trabajo. De la vista, del oído, del lenguaje, de las lágrimas y de la risa. De la música, y de la danza. De la cultura.







El papa preside la primera reunión conciliar en la basílica de San Pedro.

Doble página siguiente: Masiva manifestación nocturna con antorchas en la plaza de San Pedro el 11 de octubre de 1962, fecha de apertura del XXI Concilio Ecuménico. ▶









De la televisión. Del matrimonio y de la familia. De los grupos étnicos y del Estado, de la humanidad». Toda una nueva antropología cristiana, en fin, homogénea con la visión científica de hoy y una visión del misterio de Cristo accesible al mundo cultural moderno. Una reforma de la Iglesia, también reforma de posturas y gestos, y de las mismas estructuras, un replanteamiento de su propia institucionalización: desde la posición del episcopado hasta la de los laicos y una revisión del gobierno central de la Iglesia, tal y como se venía ejerciendo, sobre todo por parte de una congregación de nombre infaustamente evocador: el Santo Oficio, que venía siendo criticado insistentemente y a fondo desde algunos años atrás.

Para todo esto iba a convocar el papa Roncalli el Concilio, y no se le ocultaba que era una tarea de titanes, ni desconocía la resistencia y obstáculos con que iba a tropezar. El mismo iba a escribir que, en cuanto comenzase el Concilio, su tarea sería la de sufrir. Pero también era consciente de toda la oculta pero ardiente y explosiva vitalidad del pensamiento y la acción cristianos que había en la Iglesia, y confiaba, al fin, en que también él con sus obispos serían iluminados desde lo Alto, como Pedro lo fue. Se decidió, pues, a esperar y a luchar con optimismo. Y con habilidad. Para cumplir la justicia, no personales puntos de vista.

No era justo, por ejemplo, que figuras teológicas de primer orden no hubiesen sido llamadas como peritos conciliares —los padres Rahner, De Lubac, Congar, Daniélou o John Courtney, Murray, por ejemplo—, y Juan los llamó a él. Pero a la vez nombró a otros de conocidas tendencias conservadoras. Nombró cardenales a eclesiásticos cuya visión de los problemas era contraria a su *aggiornamento* y, desde luego, la tendencia mayoritaria del Concilio, que era francamente abierta, no tuvo el mismo reflejo numérico en el Colegio de Cardenales, como cabía esperar. Nombró cardenales incluso a personas que jamás le habían mostrado demasiada simpatía, pero así hizo justicia a muchos servidores realmente meritísimos de la Iglesia y colmó muchas ilusiones humanas, harto comprensibles. Hasta reformó el invariable canon de la misa, introduciendo en él el nombre de San José simplemente porque lo pidió monseñor Peter Cule, de Mostar (Yugoslavia), un piadoso obispo devoto del santo que había sufrido demasiado en las cárceles comunistas y cuya gran ilusión en este

◀ *Doble página anterior: Otra vista del aula conciliar de San Pedro durante la celebración del Concilio Vaticano II.*

mundo era la de la inclusión en la misa de ese nombre. Solamente cuando ciertas calumnias y ciertas maledicencias, desgraciadamente muy bien acogidas todavía en algunos ambientes católicos y aun eclesiásticos, se cebaron en su secretario particular, monseñor Loris Cappovilla, o cuando ciertas maniobras curiales trataron de lanzar sospechas de herejía sobre ciertos teólogos del pontificio Instituto Bíblico que querían inutilizar, mostró Juan severamente que él era el papa y que no se jugaba con su bondad.

Pero manifestó una infinita paciencia y la pidió a los cardenales y obispos cansados del centralismo romano y de su omnímodo poder que temían inutilizasen el Concilio. El propio papa resultaba en verdad un misterio una vez más. Había presidido un sínodo para su diócesis de Roma y sus decisiones —más tradicionales que la misma tradición, por cierto— habían sido tomadas a golpe de báculo sin consultar a nadie. ¿Ocurriría esto también en el Concilio? Juan XXIII seguía desconcertando.

10. El mensaje de Juan XXIII

Cuando el Santo Oficio publicó, en el verano de 1962, un *monitum* o advertencia contra la lectura de Teilhard de Chardin en las casas de estudios eclesiásticos, Juan mostró públicamente su desacuerdo, y las palabras que pronunció en Asís y Loreto, en las vísperas mismas del Vaticano II, llegaron a escandalizar a *L'Osservatore Romano,* que creyó prudente enmendarlas. Tanta era la espontaneidad del pontífice y su alegría, a medida que se acercaba ese gran acontecimiento. Pero nadie podía imaginarse aquel discurso de apertura del 11 de octubre de 1962 que realmente abría una nueva época en la Iglesia: aquella queja contra los profetas de desgracias, aquella valoración positiva del mundo moderno, aquel programa de nueva formulación del dogma y de reformas estructurales en la Iglesia.

«En el ejercicio cotidiano de nuestro ministerio pastoral —dijo— llegan a nuestros oídos ciertas insinuaciones procedentes de hombres, ciertamente ardientes de celo, pero faltos de amplitud de espíritu, de discreción y de medida.

»En los tiempos modernos estas gentes no ven más que prevaricación y ruinas; llegan a decir que nuestro mundo, en relación con el de antaño, ha empeorado mucho; se comportan como si no hubiesen aprendido nada de la historia, que es maestra de la vida, y como si en el tiempo de los concilios ecuménicos precedentes triunfasen plenamente el pensamiento y la vida cristiana, así como la justa libertad religiosa.

»Nos parece verdaderamente necesario decir nuestro desacuerdo con estos profetas de desgracias, que anuncian siempre catástrofes, casi la inminencia del fin del mundo.

»En el estado presente de cosas, la Providencia nos conduce hacia un nuevo orden de las relaciones humanas, las cuales, a través de los hombres y frecuentemente fuera de su atención, se orientan hacia el cumplimiento de sus designios supremos e inesperados, y todo, incluso la diversidad humana, concurre para el mejor bien de la Iglesia.» Esta esperanza cristiana contagió a



Juan XXIII durante su visita al santuario de Loreto, realizada en octubre de 1962.



El papa en Loreto durante la ceremonia de coronación de la Virgen y el Niño.

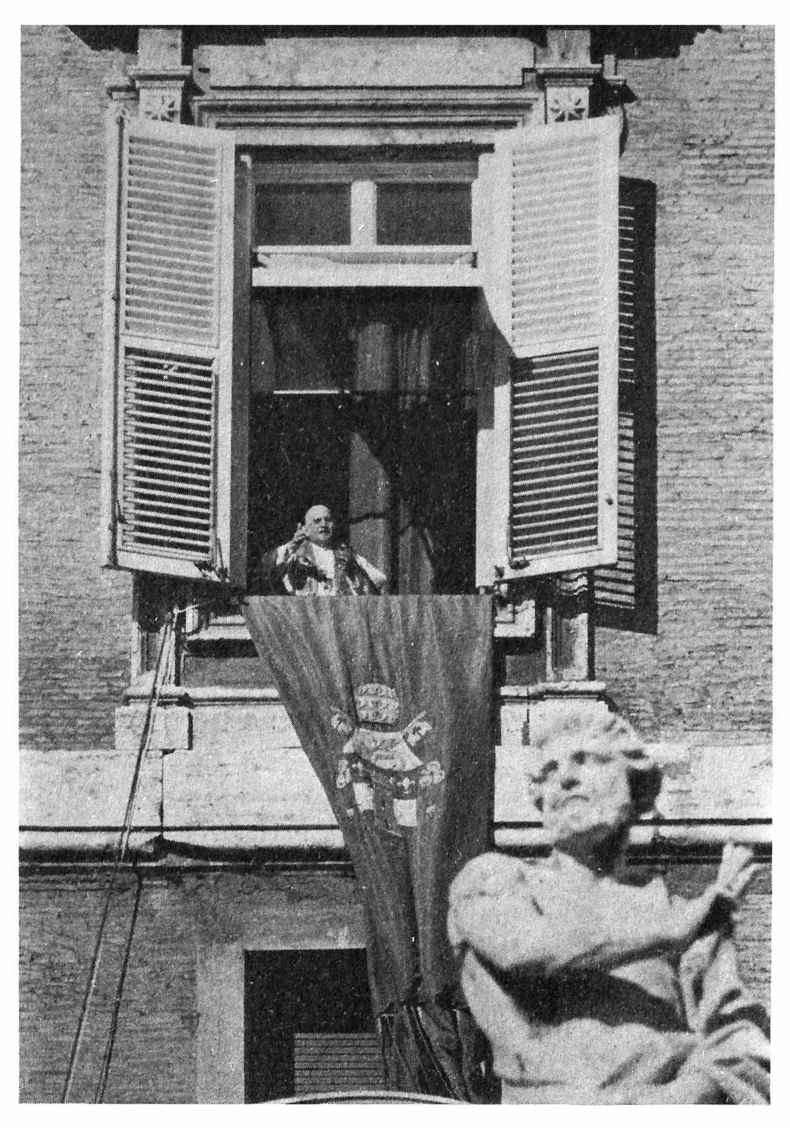
los padres, y éstos comenzaron a «inventar el Concilio», según expresión del propio pontífice.

Pero éste no bajó nunca a la sala conciliar para no entorpecer la libertad de los obispos, aunque siguió apasionadamente los debates desde su apartamento por una televisión en circuito cerrado, y hubiera querido que, al menos por radio, todos hubieran podido seguirlos. Gustaba de decir que la Iglesia no tenía secretos, pero él era solamente el papa y no podía liquidar herencias de siglos en un día, ni quería imponer su voluntad de modo imperativo. Cuando insinuó la conveniencia de dimitir a ciertos altos y ancianos eclesiásticos, y al comprobar que éstos no se daban por enterados, comentó ingenuamente: «¡Rehusaron! ¡Rehusaron! Nunca pensé que alguien pudiera negarse a una petición del papa.» Pero no presionó.

Pronto comenzaron las discusiones en el aula conciliar y no disimuló su regocijo por ello: «¿Creéis que os he hecho venir —dijo a los obispos canadienses venidos a Roma para el Concilio— para que todos cantéis el mismo salmo como los monjes?» Le invadía solamente una tristeza: esa seguridad que se fue afianzando en él, a través de esos meses, de que tampoco le sería dado ver concluido el Concilio. Aunque con su eterna sonrisa en la boca, a la vez que decía todo lo que amaba al reino de este mundo y soñaba con volver un día a Sotto il Monte a labrar la tierra con sus hermanos cuando acabase el Vaticano II, aseguraba que tenía prontas sus maletas para el viaje del más allá.

Pero, como consciente de esa prisa, se abría cada día al mundo entero, se convertía en «la fuente pública», que él decía debía ser un obispo de la Iglesia católica, adonde todos fueran a beber. Enriquecía al mundo con su sola presencia y su sonrisa. Por eso, cuando, antes de la Navidad de 1962, comenzó a hablarse de que su salud se deterioraba, el mundo se inquietó, y cuando supo que iba a morir se conmovió como jamás se ha conmovido. Tuvo realmente una muerte ecuménica e hizo hasta orar a los ateos, como uno de ellos le escribía, en la profunda medida en que un ateo puede rezar y que constituye todo un milagro o signo bíblico en la historia de nuestro tiempo.

Sin embargo, apenas podemos medir todavía lo que este «hombre enviado de Dios que se llamaba Juan» ha significado para la Iglesia y para el mundo. Su confesor, monseñor Alfredo Cavagna, que estaba presente en su dolorosa agonía, notó que, al pronunciar el cardenal Traglia las palabras del último Evangelio *Fuit homo missus a Deo cuius nomen erat Johannes* en la misa que se celebraba en la plaza de San Pedro ante una inmen-



Después de una leve enfermedad, Juan XXIII apareció de nuevo bendiciendo a la multitud el 2 de diciembre de 1962.

Uno de los últimos paseos del ya anciano papa Juan. ▶





sa multitud que esperaba contra toda esperanza la salud del Pontífice, Juan XXIII expiraba. Sus últimas palabras, profundo suspiro, fueron para decir: *Mater mea, fiducia mea* (Madre mía, confianza mía). Eran las 19,49 del día 3 de junio de 1963.
En su humilde y fea tumba provisional en las grutas vaticanas hay un cierto desorden y mal gusto de cementerio popular, pero quien esto escribe ha visto depositar allí, con lágrimas en los ojos, sencillos ramos de violetas y claveles atados con una simple cuerda y traídos por toda clase de gentes corrientes; y ramos de novia: esas flores que solamente se llevan a la tumba de los padres que no alcanzaron a ver la promesa del amor de sus hijos y la continuación de la vida en sus nietos, pero como la mejor prenda de esa perpetuación.

La gigantesca figura de este hombre simple y bueno logró ya para siempre, y pase lo que pase, que este nuestro mundo sea ya diferente. Nos introdujo en una nueva época histórica en la que el hombre se sentirá confortado y esperanzado con su solo recuerdo. Juan XXIII ya está entronizado en el corazón de los hombres, no sólo como uno de los logros más nobles de la especie humana que la hace sentirse segura y confiada en sí misma después de tantas decepciones, sino como testigo del amor de Cristo a la humanidad en esta hora tan crucial y oscura del siglo XX.

En el billete del avión que llevó a monseñor Roncalli de Ankara a Roma, vía El Cairo y Nápoles, el 28 de diciembre de 1944, para hacerse cargo en seguida de la nunciatura en Francia, bajo el epígrafe que se refiere a la seguridad personal: «En caso de emergencia avisen a...», el nuevo nuncio escribió: «Monseñor Montini, Vaticano.» Y para sucederle en la Silla de Pedro, el Cónclave eligió precisamente al cardenal Montini, papa Pablo VI, el 21 de julio de 1963.

El cardenal había declarado, días antes, sin ambages, que la herencia del papa Juan no podía quedar encerrada en su ataúd. En verdad él la colocó sobre sus hombros. Y no fue precisamente un peso fácil de soportar.

◀ *Los restos mortales de Juan XXIII son portados a hombros ante una multitud congregada en la plaza de San Pedro.*



Colosal estatua del papa Juan XXIII en el santuario de Imbersago.

Cronología

1881 25 de noviembre: nace Angelo Giuseppe Roncalli, tercer hijo de Giambattista Roncalli y Marianna Mazzola, en Sotto il Monte. Es bautizado el mismo día por el párroco Francesco Rebuzzini en la iglesia de Santa Maria.

1888 Primera comunión en Sotto il Monte.

1889 Confirmación, en la localidad de Cervico, de manos del obispo de Bérgamo, monseñor Guindani.

1892 Inicia su educación en el seminario menor de Bérgamo.

1895 Comienza a estudiar en el seminario mayor de Bérgamo, donde permanece hasta el segundo curso de Teología. Traslado a Roma.

1901 Ingresa como alumno en el seminario mayor de San Apollinaire, en Roma. 30 de noviembre: comienza el servicio militar.

1902 Es ascendido a cabo y más tarde a sargento. Regreso al seminario romano.

1903 20 de julio: muere el papa León XIII. 10 de agosto: Pío X es elegido nuevo pontífice. 18 de diciembre: el seminarista Roncalli es ordenado diácono por el cardenal Respighi.

1904 10 de julio: Roncalli se gradúa como doctor en Teología. 10 de agosto: es ordenado sacerdote en Santa Maria in Monte por monseñor Ceppetelli, patriarca titular de Estambul. Al día siguiente es recibido en una audiencia por Pío X y el día 15 celebra su primera misa entre los suyos. En noviembre, vuelve al seminario San Apollinaire de Roma.

1905 29 de enero: monseñor Radini Tedeschi es consagrado como obispo de Bérgamo por Pío X. Angelo Roncalli, a quien ha nombrado secretario, actúa como capellán en la ceremonia. 9 de abril: Roncalli se traslada a Bérgamo con el obispo. Entre abril y mayo viaja por primera vez a Lourdes y visita Lyon, Paray-le-Monial, Ars y Montpellier.

1906 Comienza a enseñar historia de la Iglesia, y más tarde, apologética y patrística, en el seminario de la diócesis. Inicia su amistad con el cardenal Ferrari, arzobispo de Milán.

1907 4 de diciembre: pronuncia una conferencia sobre «El cardenal Cesare Baronio, en el tercer centenario de su muerte».

1908 Comienza su obra histórica *Las actas de la visita apostólica de San Carlos Borromeo a Bérgamo*. Conoce al prefecto de la Biblioteca Ambrosiana, monseñor Aquiles Ratti, futuro papa Pío XI.

1910 Al reorganizarse la Acción Católica Diocesana se le nombra presidente de la V Sección.

1911 Roncalli viaja a Einsiedelu (Suiza) y visita Ginebra, Friburgo y Annecy.

1912 Peregrinación a Mariazell y luego a Viena para el Congreso Eucarístico. 21 de noviembre: aparece la carta colectiva de los obispos lombardos sobre «El XVI centenario del edicto de Milán y la libertad de religión en las escuelas», redactada por Roncalli.

1914 20 de agosto: muere el papa Pío X. 22 de agosto: muere monseñor Radini Tedeschi.

1915 Roncalli es llamado a filas.

1916 Es nombrado capellán del hospital militar de reserva de Bérgamo. 22 de agosto: aparece su libro *En memoria de monseñor Giacomo Maria Tedeschi, obispo de Bérgamo*.

1918 Concluye su estancia en el ejército.

1920 En el Congreso Eucarístico Nacional de Bérgamo, presenta una potencia sobre «La eucaristía y la Virgen, amores del cristiano».

1921 Enero: es nombrado presidente del consejo central para Italia de las Obras Misionales Pontificias, en Roma. Diciembre: viaja por Francia, Bélgica, Holanda y Alemania.

1924 Es nombrado profesor del pontificio Ateneo Lateranense, donde imparte la asignatura de patrística.

1925 Se le nombra visitador apostólico de Bulgaria. 19 de marzo: es consagrado obispo con el título arzobispal de Areópolis por el cardenal Tani. En abril comienza su tarea en Sofía, y algunos meses más tarde visita al Santo Sínodo búlgaro de la Iglesia ortodoxa y al metropolitano Esteban Gheorghiev.

1926 Asiste en Roma a la consagración episcopal de su secretario, monseñor Kurteff, como exarca apostólico de los católicos búlgaros de rito bizantino.

1929 Viaja a Polonia, donde visita el santuario de Czestochova.

1931 Es nombrado primer delegado apostólico de Bulgaria.

1934 Recibe los cargos de delegado apostólico de Turquía y Grecia y administrador apostólico de Estambul.

1935	Enero: abandona Bulgaria y se establece en Estambul. Mayo: realiza su primer viaje a Grecia. 28 de julio: muere su padre en Sotto il Monte.
1936	Abril: se publica el primer volumen de *Las actas de la visita apostólica de San Carlos Borromeo a Bérgamo.*
1939	20 de febrero: muere su madre en Sotto il Monte. Junio: visita Palestina. Julio: publica un libro sobre *Los comienzos del seminario de Bérgamo y San Carlos Borromeo. Notas históricas con una introducción sobre el Concilio de Trento y la fundación de los primeros seminarios.*
1941	Encuentro con el metropolitano Esteban y el arzobispo ortodoxo de Atenas, monseñor Damaskinos. Visita Grecia, asolada por la guerra.
1944	6 de diciembre: se le comunica privadamente que ha sido nombrado nuncio en París. 22 de diciembre: comunicación oficial del nombramiento. 29 de diciembre: es recibido por Pío XII.
1945	1 de enero: presenta sus cartas credenciales al general De Gaulle y le felicita el nuevo año en nombre del cuerpo diplomático.
1950	Febrero: viaja a Bélgica y a Holanda. Septiembre: viaja a España con el fin de visitar algunos santuarios.
1952	10 de noviembre: el papa Pío XII le pide que acepte la sede de Venecia debido a la grave enfermedad de su patriarca. 29 de noviembre: se comunica oficialmente su elevación al cardenalato. 28 de diciembre: muere el patriarca de Venecia, cardenal Agostini.
1953	15 de enero: Roncalli recibe la birreta cardenalicia de manos del presidente de la República Francesa, Vicent Auriol. 15 de marzo: hace su entrada oficial en Venecia. Septiembre: en el Congreso Eucarístico Nacional de Turín, pronuncia un discurso sobre «La eucaristía, fundamento de la solidaridad y la paz social». 29 de octubre: recibe el capelo cardenalicio en Castelgandolfo.
1954	Realiza un viaje a España y algunos meses más tarde llega a Líbano como legado pontificio para asistir al Congreso Nacional Mariano de Beirut.
1956	En el Congreso Eucarístico de Lecce habla sobre «La santa eucaristía y la vida social». Peregrinación a Fátima. Septiembre: clausura los actos celebrados con ocasión del quinto centenario de la muerte de San Lorenzo Justiniano.
1958	9 de octubre: muere Pío XII. 28 de octubre: el cardenal Roncalli es elegido papa, tomando como nombre Juan XXIII. 4 de noviembre: ceremonia de coronación. 15 de diciembre: Juan XXIII celebra su primer consistorio en el que son nombrados veintitrés cardenales.
1959	25 de enero: el papa anuncia en San Pedro la celebración de un sínodo para la diócesis de Roma, de un concilio para la Iglesia universal y la reforma del Derecho canónico. 21 de junio: encíclica *Ad Petri cathedram*, definiendo el programa de su pontificado. 1 de agosto: encíclica

Sacerdotii nostri. 26 de septiembre: encíclica *Grata recordatio*. 28 de noviembre: encíclica *Princeps pastorum*. 14 de diciembre: segundo consistorio en el que son nombrados ocho cardenales.

1960 28 de marzo: tercer consistorio en el que son nombrados siete nuevos cardenales, con lo que el sacro colegio queda constituido por ochenta y cinco miembros. Entre ellos figura el primer cardenal negro, monseñor Laureano Rugambwa. 5 de junio: creación del Secretariado para la unión de los cristianos. 30 de junio: carta apostólica *Inde a primis*. 29 de septiembre: carta apostólica *Il religioso convegno*.

1961 16 de enero: cuarto consistorio. Nombra cuatro nuevos cardenales. 15 de mayo: encíclica *Mater et magistra* sobre cuestiones sociales, en el sexagésimo aniversario de la *Rerum novarum* de León XIII. 11 de noviembre: encíclica *Aeterna Dei*. 25 de diciembre: carta apostólica *Humanae salutis*, convocando para 1962 el Concilio Vaticano II.

1962 2 de febrero: se fija la fecha del 11 de octubre de este año para la inauguración del Vaticano II. 10 de marzo: quinto consistorio, con el nombramiento de diez nuevos cardenales. 15 de abril: mediante el *motu proprio Cum gravissima*, el papa decide que en adelante todos los cardenales serán obispos. 19 de abril: él mismo confiere el episcopado a los doce cardenales diáconos que no tenían la plenitud del sacerdocio. 1 de julio: encíclica *Paenitentiam agere*. 6 de septiembre: mediante el *motu proprio Appropinquate Concilio*, promulga el reglamento del Vaticano II. 4 de octubre: peregrinación a Loreto y a Asís. 11 de octubre: ceremonia de inauguración del Vaticano II. 25 de octubre: el papa envía un mensaje a los gobernantes con una angustiosa llamada a la paz. 25 de noviembre: Juan XXIII recibe un telegrama de felicitación de Kruschev por su ochenta y un cumpleaños. 8 de diciembre: clausura de la primera sesión del Vaticano II.

1963 1 de marzo: se concede a Juan XXIII el premio Eugenio Balzan de la paz. 31 de marzo: anuncia su encíclica *Pacem in terris*, que aparece el día 9 de abril. 10 de mayo: entrega del premio Eugenio Balzan, en San Pedro. 31 de mayo: el papa recibe los últimos Sacramentos. 3 de junio: muere Juan XXIII a las 19:49 horas. 6 de junio: es sepultado en las grutas vaticanas. 21 de julio: es elegido papa, con el nombre de Pablo VI, su amigo personal el cardenal arzobispo de Milán, monseñor Giambattista Montini.

Testimonios

Juan Pablo II

El papa Juan ha sido *un gran don de Dios a la Iglesia.* No sólo porque —y bastaría esto para hacer su recuerdo imperecedero— vinculó su nombre al acontecimiento más grande y transformador de nuestro siglo: la convocatoria del Concilio Ecuménico Vaticano II, intuido por él —así lo confesó— como por una misteriosa e irresistible inspiración del Espíritu Santo; no sólo porque celebró el Sínodo Romano y quiso comenzar la revisión del Código del Derecho Canónico. Ha sido un gran don de Dios porque *ha hecho sentir viva la Iglesia al hombre de hoy.* Fue, como el Bautista [...] Esa voz sacudió al mundo. Por su sencillez y por lo directa que era, por su humildad y discreción, por su valentía y su fuerza. Por medio de esa voz se oyó netamente la Palabra de Cristo: en su llamada a la verdad, a la justicia, al amor y a la libertad...
(*Enseñanzas al pueblo de Dios,* 1981)

Lucio Lombardo Radice

Ha sido la primera vez que un partido comunista, con un grupo dirigente profundamente marxista, ha afirmado que en la religión puede haber una carga revolucionaria, aun en la presente época histórica. No ha sido el resultado de elucubraciones intelectuales, sino la desembocadura teórica de la elaboración científica, sin dogmas ni tabúes, de una gran experiencia histórica. Ha sido una conclusión galileana: si fue correcto afirmar que la religión era un inalterable e inmutable instrumento de dominio de las clases dominantes en un cierto momento histórico, ya no es lícito seguir hablando así cuando en ella se descubren alteraciones que hemos visto, en el breve arco de una vida, en una frase sola: *hemos visto la participación masiva de hombres y mujeres religiosos, con una motivación religiosa*, en la Resistencia, en la lucha contra el colonialismo y contra las discriminaciones sociales, en la construcción del socialismo, en el movimiento por la paz, en la lucha por la abolición de los privilegios económicos, de la propiedad privada de los medios de producción, de la explotación del hombre por el hombre, en la lucha por el socialismo. Finalmente, hemos visto el breve y fulgurante pontificado de Juan XXIII; hemos visto aquellos sentimientos simples, escuetos, encarnarse en un simple y escueto hombre del pueblo convertido en Romano Pontífice.
(Referencia a la tesis del X Congreso del PCI, en *Il dialogo alla prova,* Florencia, 1964)

Gilbert Cesbron

—Finalmente, ¿qué piensa de Juan XXIII?
(Gilbert Cesbron sonríe como si le hubieran desenterrado un recuerdo querido, hace que me aproxime a su mesa de trabajo y abre un cajón. En él, a primera

vista, hay una fotografía de un Cristo de Rouault, debajo una estampa del papa Juan XXIII).
—Es mi padre.
(Entrevista realizada por José Antonio Gabriel y Galán, 1965)

Monseñor Haubtmann

Juan XXIII no era un hombre especulativo; era un intuitivo y un «pastor» que sentía el divorcio entre la Iglesia y el mundo moderno, que sufría por él y que quería que la Iglesia se situara en relación con este mundo en forma pastoral: mostrando a los hombres de nuestro tiempo que la Iglesia los comprendía, que los amaba y que tenía un mensaje de salvación que respondía a la mejor de sus aspiraciones y que por ello permanecía adaptada a ellos.
(*Lectures pour tous*, 1966)

Cardenal Leo J. Suennens

El papa Juan XXIII, ese hombre que era «naturalmente sobrenatural y sobrenaturalmente natural», ¿no mostró en el desempeño de sus funciones de pastor supremo su interés con respecto a todas las causas humanas y no conquistó así la simpatía de todos los «mundos» que constituyen el Universo? El ha sido de manera resplandeciente el símbolo de este universalismo y de esta humanidad de la Iglesia.
(*¿Humanismo o evangelización?*)

José Luis L. Aranguren

Tras el final, más bien lamentable, del pontificado de Pío XII, fue elegido papa, como solución de compromiso, y sin poner en su proclamación especial esperanza de reforma radical, el cardenal Roncalli, que adoptó el nombre de Juan XXIII. El, y diríase que solo él en la Curia Romana, fue quien por sí mismo adoptó la decisión de *aggiornamento*, o puesta al día de la Iglesia. Y justamente para ello convocó el Concilio Ecuménico.
(*La crisis del catolicismo*)

Pier Paolo Pasolini

A la querida y gozosa memoria de Juan XXIII.
(Dedicatoria de su película *El Evangelio según Mateo*)

Joaquín Ruiz-Giménez

Más bien diría que fueron el contacto con Su Santidad Juan XXIII, primero, y la vivencia del Concilio, después, los que dieron a mi fe religiosa el sentido y rumbo actual. Fe de un hombre que ya dejó atrás el mayor trecho de su camino en la vida y que ha experimentado el gozo inmenso de sentir revivir con lozanía una fe, que en algunas etapas de su propia vida pudo ser herencia, contagio, impulso desde fuera, y que ahora es algo profundamente entrañable y personal.
(En *100 españoles y Dios*)

José María González Ruiz

Sin embargo, la ocasión llegó cuando menos se esperaba. El viejo papa Juan XXIII asombró al mundo (sobre todo a la Curia Romana) convocando para octubre de 1962 nada menos que un Concilio Ecuménico. En un primer momento,

muchos seguimos creyendo que se trataría solamente de un bellísimo ballet de mitras bajo las bóvedas miguelangelescas de San Pedro y que después las aguas volverían a su cauce. Pero la sorpresa fue mayúscula cuando ya en noviembre del mismo año 1962 los obispos convocados tomaron conciencia de su personalidad, superaron el viejo complejo de Edipo que los infantilizaba e hicieron del aula conciliar un verdadero parlamento donde se actuó con un grado de democracia inimaginable según los rígidos cánones de la Iglesia Romana.
(«La Religión», en *La cultura española bajo el franquismo*)

Joseph Lortz

La forma de expresarse de Juan XIII era en extremo sencilla y atractiva. Las teorías abstractas pasaban a un plano muy secundario. Lo que predominaba era lo que inmediatamente surgía del corazón creyente, expresado con una profunda humanidad. El tono sorprendentemente optimista y amable da a las frases directas una enorme emoción. Sin haber hecho hasta ahora una formulación teórica, las categorías de lo carismático y lo profético adquieren un nuevo significado [...] Lo que quería Juan XXIII con el Concilio era esto: una Iglesia con una pastoral de servicio, no con una pastoral basada en ninguna forma de imposición o dominio.
(*Historia de la Iglesia,* II)

Roger Aubert

A su paso [Juan XXIII] había dejado por todas partes la impresión de ser un buen hombre, suscitando al mismo tiempo la gran simpatía y el leve matiz de menosprecio que encarna tal expresión [...] Convencido de que la sencillez evangélica es más valiosa que las sutilezas bizantinas, monseñor Roncalli había querido siempre «simplificar las cosas complicadas» —lo que hacía se le tildase de ingenuo en algunos círculos del Vaticano—, pero también sabía, mejor que muchos intelectuales, que la realidad es muy compleja, y esto fue lo que inspiró su forma de gobernar, tan distinta de la que había adoptado su predecesor.
(*Nueva historia de la Iglesia*, 1977)

Bibliografía

Algunas obras y textos pastorales de Juan XXIII en castellano

Cartas a sus familiares: Juan XXIII. Madrid, Ed. Paulinas, 1978.
El evangelio del papa Juan. Bilbao, Desclée de Brouwer, 1971.
Sacerdotti nostri primordia. Salamanca, Sígueme, 1965.
Diario del alma. Huesca, Cristiandad, 1964.
Juan XXIII. Mensaje espiritual. Madrid, Ed. Católica, 1979.
Textos esenciales. Barcelona, Nova Terra, 1969.
Pacem in terris. La Coruña, SEPT, 1968.

Obras sobre Juan XXIII

AMBROGIANI, P.: *Juan XXIII, párroco del mundo*. Bilbao, Mensajero, 1974.
BOSCO, T.: *El papa bueno. Juan XXIII* . Madrid, Ed. Paulinas, 1979.
ELLIOTT, L.: *Juan XXIII*. Santander, Sal Terrae, 1980.
HALES, E. E. Y.: *La revolución del papa Juan*. Madrid, Península, 1967.
KERDREUX, M. de: *Por el mismo sendero. Ensayo sobre la fisonomía espiritual de Juan XXIII*. Madrid, Studium, 1967.
LONGO, G.: *Juan XXIII. El papa del Concilio Ecuménico Vaticano II*. Barcelona, Labor, 1967.
PRADOS PAREJO, M.: *El papa Juan XXIII y las controversias sobre la visión beatífica*. Madrid, Facultad de Teología, 1959.
SANCHEZ, J.: *Juan XXIII*. Madrid, Ed. Paulinas, 1960.

BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS

1. **Napoleón,** por André Maurois. Prólogo de Carmen Llorca.
2. **Miguel Angel,** por Heinrich Koch. Prólogo de José Manuel Cruz Valdovinos.
3. **Einstein,** por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge.
3. **Bolívar,** por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila. (2.ª serie.)
4. **Gandhi,** por Heimo Rau. Prólogo de Ramiro A. Calle.
5. **Darwin,** por Julian Huxley y H. B. D. Kettlewell. Prólogo de Faustino Cordón.
6. **Lawrence de Arabia,** por Richard Perceval Graves. Prólogo de Manuel Díez Alegría.
7. **Marx,** por Werner Blumenberg. Prólogo de Santos Juliá Díaz.
8. **Churchill,** por Alan Moorehead. Prólogo de José M.ª de Areilza.
9. **Hemingway,** por Anthony Burgess. Prólogo de Josep M.ª Castellet.
10. **Shakespeare,** por F. E. Halliday. Prólogo de Lluís Pasqual.
11. **M. Curie,** por Robert Reid. Prólogo de José Luis L. Aranguren.
12. **Freud (1),** por Ernest Jones. Prólogo de C. Castilla del Pino.
13. **Freud (2),** por Ernest Jones.
14. **Dickens,** por J. B. Priestley. Prólogo de Juan Luis Cebrián.
15. **Dante,** por Kurt Leonhard. Prólogo de Angel Crespo.
16. **Nietzsche,** por Ivo Frenzel. Prólogo de Miguel Morey.
17. **Velázquez,** por Juan A. Gaya Nuño. Prólogo de José Luis Morales Marín.
18. **Pasteur (1),** por René J. Dubos. Prólogo de Pedro Laín Entralgo.
19. **Pasteur (2),** por René J. Dubos.
20. **Luis XIV,** por Ragnhild Hatton. Prólogo de Víctor L. Tapié.
21. **Bolívar,** por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila.
21. **Einstein,** por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge. (2.ª serie.)
22. **Russell,** por Ronald Clark. Prólogo de Jesús Mosterín.

23. **Rembrandt,** por Christopher White. Prólogo de Josep Guinovart.
24. **Julio César,** por Hans Oppermann. Prólogo de Agustín García Calvo.
25. **García Lorca,** por José Luis Cano.
26. **Edison,** por Fritz Vögtle. Prólogo de Manuel Toharia.
27. **Verdi,** por Charles Osborne. Prólogo de José Luis Téllez.
28. **Chaplin,** por Wolfram Tichy. Prólogo de Carlos Barbáchano.
29. **Dostoyevski (1),** por Henri Troyat. Prólogo de Joaquín Marco.
30. **Dostoyevski (2),** por Henri Troyat.
31. **Falla,** por Manuel Orozco.
32. **Van Gogh,** por Herbert Frank.
33. **Sartre,** por Walter Biemel.
34. **Buda,** por Maurice Percheron. Prólogo de Alfredo Fierro.
35. **Byron,** por Derek Parker. Prólogo de Pere Gimferrer.
36. **Juan XXIII,** por José Jiménez Lozano.
37. **Casals,** por Josep M. Corredor. Prólogo de Enric Casals.



JUAN XXIII

Ya durante su vida, la figura de Juan XXIII fue objeto de controvertidas polémicas. Su actuación –a caballo entre los defensores de una ortodoxia inmovilista y quienes reclamaban una necesaria innovación– ha sido interpretada desde muy diversas perspectivas, algunas incluso tendenciosas. Precisamente por la importancia de los cambios que Juan XXIII introdujo en la Iglesia Católica, con frecuencia se ha intentado desfigurar su personalidad confinándola en el estrecho marco de un recuerdo lírico y piadoso. De ahí que Jiménez Lozano al escribir esta biografía no haya pretendido ofrecernos una historia científica –para la que hubiera sido necesario reunir mucha documentación todavía dispersa–, ni realizar un análisis psicológico de la personalidad del papa Juan, sino darnos una visión, subjetiva pero sincera, del «misterio Roncalli».

